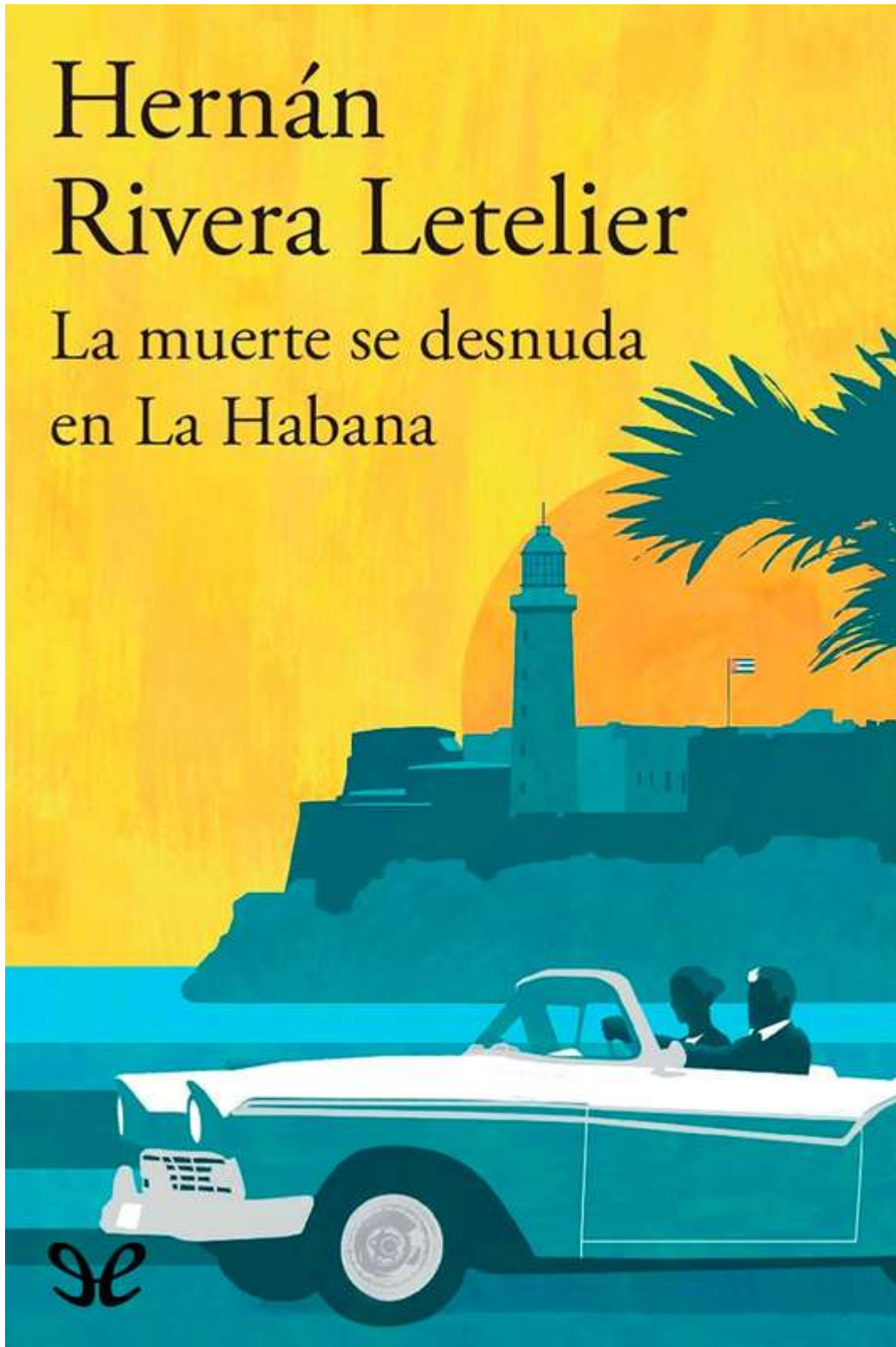


# Hernán Rivera Letelier

La muerte se desnuda  
en La Habana



El hijo de un acaudalado empresario de Antofagasta desaparece en La Habana sin dejar rastro, tras ser acusado de asesinato. Ante la imposibilidad de la policía cubana para encontrarlo, el padre contrata, a través de una enigmática pelirroja, a los más afamados detectives de la ciudad del norte de Chile: deben encontrar al joven vivo o muerto. El Tira Gutiérrez y su asistente, la hermana Tegalda, parten a Cuba donde las investigaciones los llevarán a internarse en el mundo de los clubes nocturnos habaneros.

En *La muerte se desnuda en La Habana*, Hernán Rivera Letelier combina la sensualidad desbordante de las calles de la capital cubana con la cadencia de su prosa inconfundible. En esta aventura la acción se mezcla con el pegajoso ritmo del reguetón, la horrenda práctica de la antropofagia y la fuerza irresistible del deseo entre el detective pampino y la bella hermana evangélica.



Hernán Rivera Letelier

**La muerte se desnuda en La Habana**

Trilogía del Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda - 3

ePub r1.0

Titivillus 11.09.18

Título original: *La muerte se desnuda en La Habana*

Hernán Rivera Letelier, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Estoy cansado del suspenso. De la lectura en el-borde-de-la-silla, y actualmente prefiero con mucho la lectura acostado-en-un-sofá-cómodo-con-pipa. Agregue un trago frío si puede permitírselo. Sea como sea, ya me saqué el libro (la trilogía) de encima, y al diablo con él (con ella). ¡Qué enorme vacío hay alrededor del feroz pequeño fuego de la creación!*

RAYMOND CHANDLER,

Carta a Jamie Hamilton

## **Primera parte**

# 1

—¡No he visto mujeres más rápidas para desvestirse que las cubanas!

Aeropuerto de Tocumen, Ciudad de Panamá, lunes 18 de agosto de 2014. Arrimados al mesón de un Starbucks, el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda esperan su trasbordo hacia Cuba. Han volado toda la noche. Ella bebe su café con crema; él, su taza de té negro con tostadas. Un hombre junto a ellos —camisa tropical, sombrero Panamá— les oye hablar y pregunta si son chilenos, de qué ciudad del norte son, pues tienen cara de nortinos, y hacia dónde se dirigen. Y sin esperar respuesta, se presenta como Fernando Troncoso, oriundo de Concepción, y a mucha honra, compatriotas. Acto seguido, sin solución de continuidad, zampándose un muffin remojado con tragos de Coca-Cola, se pone a contar a toda boca, tratando de imitar el acento caribeño, lo que hizo, no hizo y hubiese querido hacer en sus veinticinco días de vacaciones en La Habana, sin dejar de repetir lo que de un tiempo a esta parte se viene repitiendo en todos lados y en todos los acentos: que hacen muy bien en visitarla justo ahora, coño, pues a Cuba hay que ir antes de que muera Fidel y vuelvan los gringos, y todo se llene de letreros de Coca-Cola y de McDonald's, y comiencen a echar abajo los palacetes antiguos y cambien por autos de último modelo a esos simpáticos *almendrones* de los años cuarenta, que son la pinga, chico, te lo digo yo, pues les dan color a las calles y hacen pensar que en un abrir y cerrar de la puerta del avión se ha atravesado una grieta del tiempo y se ha aterrizado en la fabulosa década de los sesenta.

—Ya tú lo vas a ver, papi —dice el hombre de nariz encorvada, grandes mostachos cerdosos y cuerpo de boxeador de peso pesado.

Cuando la hermana Tegualda, harta de la verborrea del compatriota, toma su cartera y va en busca de un baño, el tipo —sonrisita de gato de cómic y palmoreo incluido— le lanza al Tira ese otro lugar común, ya manoseado hasta el asco, de que ir con la señora a Cuba, chico, es como llevar ron.

—Es mi hermana —dice el Tira.

—Ah, bueno, cuñado, entonces ambos la van a pasar bien. ¿O van en plan de trabajo?

—Vacaciones —dice el Tira.

El hombre, con un vozarrón y un desparpajo inaudito, tratando de mostrarse como una especie de macho cabrío, o semental de cine porno, baja un poco la voz y pasa a narrarle con lujo de detalles algunas de sus peripecias amorosas en la isla (la aventura del condón que no era

condón, hace reír de buena gana al Tira) para rematar con la frasecita, dicha en voz baja, pues ya se acercaba la hermana, sobre la belleza de la mujer cubana y su pasmosa rapidez para desvestirse.

Cuando el hombre oye que están llamando a embarcarse a los pasajeros de su vuelo a Santiago de Chile, el compatriota le da su tarjeta de presentación y comienza a despedirse. Antes de que se vaya, el Tira Gutiérrez le pide que le dé algunos datos de los lugares donde se pasa bien en La Habana.

—Usted sabe: música, ron, mulatas.

El tipo, ampliando a su máxima expresión la sonrisa de gato de dibujo animado, dice que el orden de los factores debiera de ser a la inversa, o sea: mulatas, ron y música. ¿Tú me entiendes, coño? Y enseguida comienza a recitar nombres:

—Por supuesto, El Tropicana, lo mejor que he visto en mi vida. Luego está el Salón Rojo, el Tocaroro, Las...

—Aguante un poco, amigazo —dice el Tira Gutiérrez y ordena a la hermana Tegualda que anote. Ella, con el ceño fruncido, abre la cartera, saca su libretita y una lapicera Bic.

—Ahora sí, dele —dice el Tira.

—Las Dos Gardenias, El Gato Tuerto, La Casa de la Música, Don Cangrejo, El Johnny, El Bolabana, La Maison... Bueno, esos son los que recuerdo. Pero hay más, muchos más.

—No se preocupe —dice el Tira—, para empezar está bien.

El hombre dice que, como le cayeron bien los hermanitos, les va a hacer una paleteada. Y le pide la tarjeta que acaba de pasarle y en el reverso escribe un nombre y un teléfono.

—Este es el nombre y el teléfono de un taxista que conocí en La Habana. Él sabe cuadrar todas la jugadas, como se dice en Cuba. Yo le puse el Rey Midas de La Habana: todo lo que toca lo convierte en placer y diversión. Conoce al revés y al derecho la noche y los bajos fondos habaneros. Nos hicimos muy amigos.

—Parece que todo el mundo se hace amigo de los taxistas cubanos —dijo el Tira recordando lo que había dicho la abogada del hombre que los contrató.

Antes de despedirse definitivamente, el tipo quiere sacarse una selfie con ellos, se da cuenta de que su teléfono se ha descargado y le pide a la hermana que, por favor, la saque con el suyo y luego se la envíe. Que en la tarjeta están sus datos, ya tú sabes, mami.



Cuando el sujeto por fin los deja para dirigirse a su puerta de embarque —no sin antes volver la cabeza y gritar que si no van por un mojito a La Bodeguita del Medio no han estado en La Habana—, la hermana Tegualda suspira, guarda su libreta, se cambia de hombro la moña y dice, categórica:

—Los chilenos y su majadería.

—Hay que asumirlo, hermana —dice el Tira—. Es nuestra carta de presentación en el extranjero.

—Oiga, caballero, espero que esos antros de perdición que anoté, los haya pedido por asuntos profesionales y no con otras intenciones.

—Por supuesto, hermanita, vamos tras la pista de un hombre joven, buenmozo, bueno para el carrete. ¿Por dónde cree usted que debemos empezar la investigación? ¿Por parroquias y casas de reposo? Está poco escurrida, hermana.

Ella se cambia la moña de hombro.

—Y vaya encomendándose a su Señor —remata el Tira—, pues tendrá que acompañarme a todos esos «antros de perdición», que imagino, comparados con los de Antofagasta, deben de ser el doble de concupiscentes.

Se bebe el último sorbo de té, le pregunta la hora a la hermana (son las nueve y media), toma su mochila y dice que para ellos también ha llegado la hora de embarcar.

—Ya tú sabes, mami, el avión sale a las diez —sonríe el Tira Gutiérrez tratando de copiar la mala imitación caribeña del compatriota.

Ella toma su cartera, lo mira de reojo y mueve la cabeza.

—Eso parece más acento chilote, oiga.

El Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda habían acordado, tras una discusión que no duró cinco minutos (en la que ella llevó la voz cantante y cortante), que en la oficina, por las mañanas, él podría escuchar tranquilamente las canciones de Cuco Sánchez en su computador, y ella, en cambio, tendría toda la tarde para sintonizar la emisora evangélica y oír los himnos y alabanzas al Señor hasta que le diera hipo.

Así lo dijo: «Hasta que me dé hipo».

De modo que esa mañana de agosto, cuando llamaron a la puerta de la oficina, la hermana, repatingada en uno de los sillones de terciopelo verde, repasaba los datos de la abuelita que los contrató para hallar a su pekinés, mientras el Tira Gutiérrez, caído en éxtasis —ojos cerrados, pies sobre el escritorio—, escuchaba un bolero del cantante mexicano, tan soporífero que hasta John y Yoko parecían adormecerse acurrucados en el pretil del balcón.

A veces, cuando a ella le daba por rezongar que ya casi se sabía de memoria esas lloronas canciones del tal Cuco, él contraatacaba con que las letras de sus himnos, con tantos ríos de agua viva y pecados lavados con la sangre del cordero, ya lo tenían convencido de no sabía qué.

Había pasado casi un mes desde que resolvieran el misterio del túnel de la cárcel vieja y el desaparecimiento del teniente de Ejército, y en ese intertanto no habían tenido otro encargo de importancia. Excepto lo del perro pekinés, importante en cuanto a la cifra que ofreció la anciana si lo recuperaban (se lo habían robado en la calle a su paseadora), pues era su única compañía en la vida. Y la única que le apetecía.

—La compañía humana no vale la pena —dijo con un mohín desdeñoso la anciana.

Como buscar una mascota no revestía ningún peligro, y este era el tercer perro que le encargaban encontrar (perros perdidos y sospechas de infidelidad eran los casos más recurrentes), el Tira Gutiérrez pidió a la hermana que se encargara ella sola del caso. Y eso justamente hacía ella —revisar sus últimas notas relativas al desaparecimiento del pekinés— cuando golpearon a la puerta. Según el reloj de pared, que ella misma trajo de su casa, junto con los pañitos y floreritos y calendarios de motivos bíblicos que adornaban la oficina, iban a ser las diez de la mañana.

Los golpes sonaron demasiado enérgicos. Seguramente la persona que llamaba había estado un buen rato oprimiendo el timbre estropeado hacía un par de semanas. La hermana se paró a abrir rezongando que

por qué el caballero no hacía reparar el timbre. ¿Acaso el perla estaba esperando que ella se encargara también de hacerlo?

Al abrir la puerta, enmarcada en el quicio apareció una mujer colorina, alta y elegante, que la miraba inquisitivamente con un solo ojo: su melena roja echada toda hacia un lado le cubría la mitad de la cara y el otro ojo. Vestía un traje dos piezas de color pastel, zapatos a tono y, además de su fina cartera —que debía de costar un saco de plata, pensó la hermana— llevaba un montón de carpetas bajo el brazo. Andaría frisando los treinta y cinco años.

—Vengo a ver al señor Recaredo Gutiérrez —dictaminó la mujer en tono de tribunal.

La hermana Tegualda la hizo pasar. Acomodó una silla frente al escritorio de su jefe y le ofreció asiento. La mujer, en actitud desafiante, se quedó esperando a que el Tira se dignara a bajar los pies de la cubierta. El Tira, indolente hasta lo maleducado —las canciones de Cuco Sánchez le anesthesiaban el ánimo—, junto con bajar los pies puso pausa al video de YouTube. Solo entonces la colorina, tras pasar un dedo por la silla, tomó asiento y acomodó las carpetas en el escritorio. Luego, extrajo de su cartera una tarjeta de presentación y se la entregó al Tira. Sus brazos eran tan largos como sus piernas. Se presentó como Juliana Santander Segovia, abogada, y venía a encomendarle un trabajo en nombre de su jefe, un personaje muy importante de la ciudad.

—Y muy influyente —acotó, tratando de impresionar al papanatas que tenía delante.

El Tira Gutiérrez se la quedó mirando.

—¿Su nombre?

—Ya le dije: Juliana Santander Segovia. Acabo de pasarle mi tarjeta.

—No —dijo el Tira Gutiérrez—, me refiero al nombre del «personaje influyente». De aceptar el caso tengo que saber quién me contrata. O sea, para quién trabajo. O sea, de dónde viene el dinero con que van a pagar mis honorarios. O sea.

—Bueno, esperamos reserva absoluta —dijo la abogada—. ¿La señorita es de confianza?

—Es mi asistente —dijo serio el Tira.

—Mi jefe es don Julio Armando Parson y, como ustedes deben saber, es el dueño de casi medio Antofagasta y de algunas importantes empresas mineras.

La mujer terminó de hablar y se quedó mirando fijo al Tira para ver su reacción.

El Tira Gutiérrez a su vez se la quedó viendo con curiosidad. La mujer era de una belleza... delgada, pensó divertido. Cara delgada, nariz delgada, labios delgadísimos y todo eso en un cuerpo alto, anguloso y delgado, como de arquitectura gótica. Hasta sus pecas semejaban salpicaduras de una fina llovizna. Lo único redondo en su estructura eran sus ojos, unos ojos tornasolados que en la línea catedralística de su cuerpo vendrían a ser los vitrales.

Luego de su reconocimiento, el Tira tomó su libreta de apuntes, se sopló el mechón blanco y masculló que a él le parecía que en la ciudad había personajes más influyentes y con la billetera más gorda que la de su jefe. La hermana Tegualda, ya con su libreta en ristre, parada junto a él, le dio una mirada de reprobación.

—Bueno, vamos al grano —dijo el Tira cuando la abogada se aprestaba a contestarle.

—Cuéntenos, señora —quiso suavizar las cosas con su tono dulce la hermana— de qué se trata el asunto.

La mujer, antes de comenzar a hablar, se echó hacia atrás en la silla, cruzó las piernas y, en un gesto severo, no exento de sensualidad, acomodó el incendio de su cabellera siempre hacia el lado derecho de su cara. En el movimiento, la hermana alcanzó a ver que le faltaba la oreja de ese lado, por eso ella le había visto relumbrar un solo arete.

La abogada dijo que, de aceptar el caso, deberían viajar a La Habana a buscar a una persona. Se trataba del hijo de su jefe, Theodoro Parson, un joven de veinte años que había ido a Cuba a estudiar cine en la escuela de San Antonio de los Baños y que, a tres semanas de su partida, de pronto no se supo más de él. No contestaba teléfono, WhatsApps, ni correo. Era como si se hubiese desvanecido en el éter.

Su jefe viajó a Cuba y lo buscó sin resultados positivos. En la escuela de cine no figuraba su nombre como alumno matriculado y, para más remate, cuando se decidió a estampar la denuncia de su desaparición, se enteró de que la policía cubana también lo buscaba: era el principal sospechoso del asesinato de una joven. Don Julio Armando tuvo que venirse con las manos vacías y, a recomendación de un amigo, había decidido contratarlos a ellos para que viajaran a la isla a seguir la búsqueda.

—Y por eso estoy aquí.

—¿Se saben los motivos por los que se sospecha del hijo de su jefe? —hablaron casi al unísono el Tira y la hermana.

—La muchacha asesinada era una jinetera de dieciocho años, con la que el joven Teo había hecho amistad. Fue hallada muerta en el cuarto de un motel clandestino en donde acostumbraban a verse. El dueño del clandestino declaró que esa noche, cumplidas las dos horas estipuladas, al ver que la pareja no salía del cuarto, fue a avisarles y halló a la muchacha muerta. Él no estaba. La policía halló en el teléfono de la occisa el número de Teo y algunas selfies con él. Es todo cuanto pudo averiguar mi jefe.

—¿La muchacha era jinetera aficionada o ya corría en el hipódromo como profesional? —preguntó la hermana libreta en mano.

La colorina se quedó mirando al Tira como diciendo ¿y a esta de dónde la sacó? Él, tras un acceso de tos para reprimir la risa, le explicó que en Cuba se les llamaba jineteras a «las damas de la noche». Y antes de que el sonrojo se hiciera más evidente en la cara de la hermana, le dijo a la abogada que necesitaba los datos personales del desaparecido.

La mujer le estiró una carpeta.

—Ahí están todas sus referencias personales y señas físicas —dijo—. Y, además del nombre del hotel en que Teo se alojó los primeros días, va el nombre y el teléfono de un taxista de confianza. Mi jefe se hizo muy amigo de él y lo recomienda. A él se lo recomendó el chofer del embajador de Chile en Cuba. Cuando tengan los boletos en mano, llámenlo para que los espere en el aeropuerto.

—¿No tiene una foto del desaparecido? —preguntó la hermana Tegualda.

La mujer hizo por segunda vez un gesto de pregunta tonta y dijo que por supuesto, pues, señores, que en la carpeta iban dos fotografías, una de medio cuerpo y otra de cuerpo entero.

El Tira Gutiérrez abrió la carpeta. La fotografía mostraba a un muchacho rubio, de pelo lacio y facciones finas. Su particularidad eran sus ojos: de un celeste casi transparente, demasiado separados y con sus globos oculares casi saltando de sus órbitas.

—Es bien parecido el jovencito, aunque le hallo un dejo como de desequilibrado —comentó el Tira, para bajarle un poco los moños a la pelirroja.

Le pasó la carpeta a su asistente.

—Yo le halló un aire a Brad Pitt —le siguió la corriente la hermana Tegualda, mientras fotografiaba con su teléfono las fotos del joven.

—A Cuco Sánchez no se parece —recalcó el Tira.

—Además tiene cara de hijo único —dijo la hermana.

—Es hijo único —dijo escuetamente la mujer, que seguía el diálogo de los investigadores como diciéndose en qué habría estado pensando su jefe para mandarla a contratar a esta parejita de tarados—. Tiene veinte años cumplidos, congeló su carrera de periodismo en la Universidad Católica y es de pocos amigos.

—Eso —dijo el Tira—, necesitaremos nombres y direcciones de sus pocos amigos, si son de la época del colegio tanto mejor.

—Y para qué sería —indagó la colorina.

—Para comenzar a trabajar desde ya. Quiero saber cómo es el joven, cuales son sus diversiones, sus *hobbies*, su comportamiento, si le gusta el carrete o asiste a misa de domingo.

—Esa información se la podemos dar nosotros —esponjó su cabellera la colorina.

—Todos sabemos que los jóvenes en casa son de un modo y en la calle de otro —dijo el Tira—. Y lo interesante de su personalidad asoma en la calle. Sus amigos son los que mejor lo conocen.

—Como les digo, es de pocos amigos —dijo la abogada—. De hecho, se le conoce solo uno, un compañero de estudios con el que venían juntos desde la preparatoria y que algunas veces llevaba a casa.

—Necesitaremos el nombre y la dirección de ese amigo —dijo el Tira.

Los tendrían por la tarde, le aseguró la colorina. Luego les pidió los datos personales a cada uno para la reserva de los pasajes. Deberían partir lo antes posible. Su jefe quería que se quedaran los días que hiciera falta, que no se preocuparan por los gastos, pero que hallaran a su hijo. Vivo o muerto.

—¿Para dentro de cuántos días les pido el pasaje de vuelta?

El Tira y la hermana se miraron.

—Yo creo que quince días es suficiente —dijo el Tira.

—Bueno —dijo la abogada—. En todo caso si lo encuentran antes, se quedan en La Habana a disfrutar los días sobrantes; y en caso de necesitar más tiempo cambian la fecha de los pasajes y punto. Aquí tienen un adelanto en dólares.

Les alargó un sobre gordo.

—No tan rápido —dijo el Tira Gutiérrez—. Parece que olvida el asunto de los pasaportes. Nosotros no tenemos y ese solo trámite se demora por lo menos una semana.

—No habrá problemas, mi jefe se los consigue en dos días. Además en la carpeta va el nombre y el teléfono del embajador de Chile en Cuba; él le prometió a mi jefe ayudar en lo que fuera posible. Ante cualquier problema mayor, no duden en llamarlo. Ah, y deberán reportarse periódicamente conmigo para darme las novedades de la investigación. En cuanto lo encuentren, mi jefe viajará a buscarlo.

Antes de irse, la colorina se puso misteriosa. Bajó la voz como si alguien aparte del investigador y su asistente la pudiera oír y dijo que había algo más que deberían saber, algo sumamente delicado, y, por lo mismo, les pedía reserva total.

—¿Qué puede ser más delicado que una acusación de asesinato? —la interrumpió el Tira.

Sin darse por aludida, acomodando sus carpetas con golpecitos nerviosos en la cubierta del escritorio, como dudando aún de si contarles o no, la mujer dijo al fin:

—Canibalismo.

—¡Qué! —casi grita la hermana.

—Además se le acusa de canibalismo.

Apenas la abogada se despidió, no sin antes insistir en la confidencialidad de lo conversado —y de pasadita, con la nariz fruncida, advertirles que deberían deshacerse de esos pajarracos en el balcón, que traían infecciones—, el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda bajaron al Café del Centro.

Eran pasadas las once de la mañana. En el paseo Prat se engrosaba el desfile de gente apurada, yendo y viniendo, chocando y esquivando, sonriendo y puteando, todo amenizado por las canciones de los músicos callejeros, los gritos de los vendedores ambulantes y el pregón lastimero de los pedigüños de siempre, que eran legión.

En el café encontraron una mesa desocupada. Estaban de suerte. Ale se acercó sonriente. Preguntó si querían lo de siempre. Lo de siempre, cariño, contestó el Tira. La hermana Tegualda hacía rato que venía notando mucha confianza de la joven hacia su jefe, demasiadas sonrisitas y tocadas de brazo. Se ofuscó consigo misma. ¿No se estaría poniendo celosa? Desechó rápidamente sus malos pensamientos y, exagerando el entusiasmo, sacó a colación lo del viaje a La Habana.

—O sea, oiga, que con este caso nos estaríamos convirtiendo en una agencia internacional.

—Bueno, no es para tanto —dijo él—. Pero sí, tiene razón, con este caso, si nos va bien, nos hacemos famosos internacionalmente. No sé usted, hermana, pero esta es la primera vez que yo saldría del país.

—Lo mismo que yo pues, caballero. Si lo más lejos que he llegado es a Tacna. Y ahora, imagínese, nada menos que a La Habana.

El Tira se quedó un rato pensativo. Luego dijo, como reflexionando:

—¿Sabe qué, hermana? Toda mi vida he soñado con ir a Cuba. A algunos viejos de la pampa que habían estado por allá en los tiempos de la Unidad Popular, les brillaban los ojitos cuando hablaban de la isla, de la jovialidad de su gente, de la belleza de sus paisajes y de la hermosura de sus mujeres. Sobre todo de esto último.

La hermana Tegualda se preocupó:

—A ver, a ver, caballero, ese mismo brillo le estoy viendo asomar a usted ahora mismo. Espero que no esté deseando ir a ese paraíso usted solo.

—La veo muy entusiasmada, hermana. ¿No le da miedo encontrarse cara a cara con Hannibal Lecter?

—Ese asunto del canibalismo debe ser cosa de los cubanos, oiga. Pura exageración caribeña. Yo lo que quiero es conocer Varadero. Todos los hermanos y hermanas de la iglesia que alguna vez han ido a turistar por allá, han llegado hablando maravillas del paisaje, de la arena blanca, del agua turquesa de sus playas.

—Pues a mí me daría en las pelotas ir a lugares que, según las agencias de turismo, es obligación ir. En París, por ejemplo, no me molestaría para nada en ir a ver la Torre Eiffel, en Nueva York, la Estatua de la Libertad, y en Pisa, la Torre de Pisa. Con decirle que aquí en Antofagasta aún no conozco La Portada.

La hermana lo miraba extrañada.

—Lo mismo me ocurre con las ruinas —prosiguió el Tira—. Me cargan. En Perú no me molestaría jamás en subir a Machu Pichu, y en China, en escalar la muralla china.

—Usted es un iconoclasta, oiga.

—¿Y esa palabrita de día domingo, hermana?

—Yo no solo leo la Biblia, caballero.



—Si yo soy un iconoclasta, usted es una irresponsable, hermana. Quiere irse a Cuba sin resolver el caso del perro pekinés.

—Ya casi lo tengo resuelto, caballero —lo miró ceñuda la hermana—. Me falta solo ir a la feria de las pulgas a ver al hombre que compró el perro —ya tengo su nombre y número de puesto en la feria—, pues a la peruana que lo paseaba nadie se lo robó. Le ofrecieron dinero y lo vendió. Mañana tengo el caso resuelto.

El Tira Gutiérrez llamó a Ale y le pidió la cuenta. Y como antes se había fijado en el mohín de celos de su asistente (quien por el rabillo del ojo, no dejó de observar las miradas de cada uno), le tomó las manos y le dedicó un piropo que la mesera correspondió con una sonrisa complaciente. Luego, el Tira pareció acordarse de algo y le preguntó de sopetón a la hermana:

—Dígame una cosa, hermana, ¿qué cara tienen los hijos únicos? Porque si no lo sabe yo soy hijo único.

La hermana se empinó el último sorbo de su cortado. Se limpió los labios con la delicadeza de siempre, cambió de hombro su moña y dijo, divertida:

—¿No se ha dado cuenta, oiga, de que los hijos únicos tienen cara de «todos los juguetes son míos»? Y ya de adultos la cosa empeora, adquieren una insufrible expresión de «el mundo es mío y hago lo que me cantan las pelotas». Perdonando la expresión.

—¿Y yo tengo esa cara, hermana?

—Por favor, oiga, tal vez de niño la tuvo. Pero la parte adulta corre solo para los hijos únicos de padres adinerados.

—Como Teo, claro.

—Exacto.

Aeropuerto José Martí. La Habana. Cuba. El Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda son recibidos por ese calor tropical del que ella había dicho más de una vez, cuando se lo contaba alguna hermana de la congregación, que no creía fuera para tanto. Nada más abrirse las puertas del avión, la cabina fue inundada por una vaharada de humedad tibia que cada uno sintió en la piel como el lengüetazo de un animal grande, verde, oleaginoso.

—Bienvenida al trópico, hermana —dijo el Tira, mientras sacaba del portaequipaje su mochila y el pequeño bolso de ella.

Se llevaron un buen rato esperando ante las casetas de la policía internacional, en unas largas filas desordenadas. Mientras la hermana leía su Nuevo Testamento (se había venido todo el viaje leyendo el librito), el Tira no podía sacar la vista de las jóvenes policías aduaneras. Además de ser todas bellas, y con cuerpos de modelo, sus uniformes, al decir de la hermana Tegualda, rayaban en lo concupiscente: blusa con escote, minifalda ajustadísima, medias negras caladas y zapatos con tacones. Vestimenta que, según el Tira Gutiérrez, acentuaban el calor ambiente.

—Si las mujeres policías visten así, cómo vestirán las civiles —dijo entusiasmado.

Estuvieron otro largo rato ante la correa transportadora aguardando por sus maletas. Después de pasar por aduana y contestar algunas preguntas —si venían de África, si tenían tos, si tenían fiebre, si habían tenido vómitos. «Venimos de Chile, señora, y estamos sanitos», dijo la hermana Tegualda. Una policia negra, de cuerpo ancho, pero bien proporcionado, sentada en un taburete, les dio la bienvenida a la isla y que la pasaran bonito.

En el *lobby* del aeropuerto, una bullente multitud de hombres, mujeres y niños esperaba estirando el pescuezo para ver y reconocer a sus familiares entre los pasajeros que salían. En medio de todo ese barullo, la hermana Tegualda distinguió, antes que el Tira, a un hombre que, luciendo un sombrero de paja de corona plana, mostraba con indolencia suprema una hoja de cuaderno escolar con el nombre *Recaredo Gutiérrez* escrito con destacador amarillo apenas legible.

El hombre, alto y huesudo, de vientre cóncavo y facciones que hacían evocar a un caballo —sobre todo al alzar la cabeza y exhalar el humo de su cigarrillo—, era el taxista recomendado por el padre de Teo. Con modales aceitosos, y tocándose el ala de su sombrero, el hombre se

presentó como Alcides Rojas. Luego, en tono solemne y usando palabras como recién sacadas de un diccionario, les dio la bienvenida a la isla.

—Demasiado circunspecto el compadre para ser un cubano típico —le secreteó el Tira a la hermana—. Por lo menos, los dos o tres que yo he conocido eran más dicharacheros.

Ya en las afueras del aeropuerto, estuvieron otro rato largo haciendo fila para cambiar dólares por moneda nacional. Después, mientras caminaban hacia donde tenía estacionado el taxi, don Alcides no pronunció una sola palabra ni se dignó a ayudar con algún equipaje. La hermana Tegualda, quedándose un poco atrás, le dijo al Tira que el taxista, con su sombrero echado hacia atrás, el cigarrillo colgando de los labios y su vientre hundido, era igual a la caricatura de don Chuma, el compadre de Condorito.

—Le falta el puro bigote —redondeó el Tira, y ambos rieron disimuladamente.

Ya en el vehículo —un destartado Chevrolet del año 56, pero con un motor flamante—, enfilaron hacia el centro de la ciudad. Don Alcides se fue todo el trayecto en silencio, ni siquiera encendió la radio, que se veía que era un aparato de última generación. Aspirando y exhalando con ansiedad su cigarrillo daba la impresión, susurró el Tira, de que el hombre estaba sumido en una honda preocupación existencial.

—O congoja espiritual —dijo la hermana.

—Que vendría siendo lo mismo —remató el Tira.

Menos mal que no todos en Cuba fumaban habanos, como ella había creído, dijo la hermana, pues lo único que no le estaba gustando de este país era que se pudiera fumar en los taxis.

—Por lo menos piden permiso —dijo irónico el Tira.

Don Alcides así lo había hecho luego de emprender la marcha y de preguntar hacia dónde se dirigían los señores.

El Tira y la hermana habían reservado habitaciones en el Capri, hotel en donde se sabía que Teo se había alojado los primeros días. La idea del Tira era tratar de averiguar los lugares donde el desaparecido hubiera estado e ir a cada uno de ellos (incluidos los clubes nocturnos, subrayó socarrón), y en lo posible reconstruir y hacer todo lo que él hizo.

—Lo bueno y lo malo.

—¿Incluso cometer asesinato? —dijo sarcástica la hermana Tegualda—. Por favor, oiga, no se me vuelva loco.

—Y canibalismo. No se olvide, hermana.

—¿Qué piensa usted de eso, oiga? —lo quedó mirando ella.

El Tira, en un tonito que quería ser profundo, pero mirando hacia la ventanilla para que ella no le viera la expresión de ironía en la cara, casi declamó:

—Dicen que comerse al ser amado es la suprema prueba de amor que podemos dar los humanos.

Ella no dijo nada. Cambió de hombro su moña y se puso a mirar hacia afuera. En esos momentos avanzaban hacia el centro de La Habana por una carretera lindada de áreas verdes y palmeras, y la hermana no sabía si era más alucinante contemplar el paisaje, que le parecía maravilloso, o fijar su atención en los coches de todos los modelos y nacionalidades que hacían de la carretera un inmenso muestrario de antigüedades: Ford, Sedanes Plymouth, DeSotos, LaSalles, Nashes y Studebakers, Ladas rusos, y algunos que eran verdaderos *collages*: armados con rejillas de Cadillac, ejes de Oldsmobile y parachoques de Buick.

En tanto, el Tira Gutiérrez, que no tenía afición por los vehículos, se puso a repasar lo averiguado sobre Teo en esos cuatro días antes de volar a Cuba. Habían hablado con dos personas: su amigo de colegio y, por un dato de él, con una antigua criada de la casa, una anciana que lo vio dar sus primeros pasos y hacer sus primeras tareas escolares. Y lo que averiguaron en ambos interrogatorios los inquietó sobremanera.

La vieja criada vivía en una antigua casa del casco histórico de la ciudad, en una vivienda de una sola planta y que, según la fecha moldeada en cemento sobre el alféizar de la puerta, fue construida en 1927, dos años antes de la gran crisis del salitre. Aunque hallarla fue cosa fácil, hacerla hablar resultó más complicado de lo que pensaron. La hermana Tegalda tuvo que cebar varios mates con ella y echar mano a todo su ángel para lograr sonsacarle información de los tiempos de la crianza del niño. Comenzó diciendo que había trabajado en casa de los Parson desde antes de que adoptaran al niño. Ese dato fue uno de los primeros aportes de la sirvienta: Teo no era hijo biológico.

Contó además la anciana, entre otras cosas sin importancia, que el niño llegó a tener cuatro nodrizas pues no resistían la fuerza con que succionaba y mordía sus pezones hasta hacerlas sangrar y llorar de dolor. Y para graficar lo que decía, les contó algo que siempre relataba como una divertida anécdota de aquellos años: que una tarde el niño Teo, como lo llamaba ella, ya gateando y con un par de caninos blanqueándole las encías, le dio un mordizco a un perrito chiguagua del hijo de su vecino.

—Fue tan fuerte el mordizco —dijo riendo la anciana—, que el perro salió aullando, y él se quedó con dos dientes de leche sueltos.

Embalada en sus recuerdos, y picaneada por la ternura de la hermana y la zalamería del Tira, la anciana dijo que Teo, ya a los tres años de edad, mostraba que iba a ser un niño extraño. Era más bien retraído, pero sus ojos demasiado grandes y separados, y del color del cielo parecían estar siempre al acecho. Narró que en el jardín infantil no fueron pocas las madres que llegaron a reclamar en contra del «niño de los ojos de loco», diciéndoles a las tías que no era la primera vez que el mocoso mordía a sus hijas hasta dejarlas llorando. Y mostraban a las niñas con profundas marcas de dientes en los brazos, o en el cuello, o en la espalda.

El amigo de Teo, por su parte, había contribuido con pormenores de sus años de adolescencia, que sirvieron para componer un perfil psicológico del joven y hasta conformar «una pequeña biografía», según la hermana.

—Más bien un prontuario —dijo el Tira.

Alberto, como se llamaba el amigo, era un joven con la autoestima por los suelos, de voz atiplada y modales suaves, sin llegar a ser gay. Según el Tira Gutiérrez era uno de esos seres nacidos irreversiblemente para mocito. El muchacho no quiso recibirlos en su departamento, ubicado en un edificio frente al mar, donde vivía con sus padres. De modo que tuvieron que conversar los tres sentados en un banco del paseo de la costanera, uno de esos de cemento contruidos bajo una sombrilla de rejas de madera que no daban una pizca de sombra.

A Alberto había que sacarle las palabras con tirabuzón, a cada rato se callaba y tenían que picanearlo para que continuara. De ese modo contó, por ejemplo, que, aunque silencioso, su amigo tenía malas pulgas, que una vez en secundaria lo vio trenzarse a combos con un muchacho más grande y corpulento que él. Y la pelea terminó abruptamente cuando Teo lo mordió y le arrancó un pedazo de oreja.

—De ahí que por un tiempo lo apodaran el Mike Tyson del liceo —dijo, sin una pizca de humor.

Los problemas serios habían empezado cuando le dio por morder a las mujeres. Fue al cumplir los diecisiete años que le arrancó el lóbulo de la oreja a una de sus primeras pololas. El hecho fue motivo de un pequeño escándalo que alcanzó a salir en dos diarios: *La Estrella del Norte*, de Antofagasta, y *La Cuarta*, de la capital. La hermana Tegualda verificó el dato revisando ambos diarios. En un minúsculo recuadro de *La Estrella del Norte* se informaba sucintamente de un joven acusado de morder a su polola y haberle arrancado un trozo de oreja. Mientras en el diario capitalino —conocido por sus socarronas portadas— se festinaba con que lo curioso del hecho no consistía tanto en el mordisco, que bien pudo haber resultado de un momento de pasión, sino que,

además, el Hannibal antofagastino había deglutido, tragado y degustado el tierno y rosado trozo de oreja de la niña, cuya tez blanca y tersa seguramente venía haciéndole agua la boca desde hacía rato. En ninguno de los dos diarios se publicó el nombre del acusado. El padre logró acallar el hecho a costa de prebendas repartidas a diestra y siniestra.

—A ver, no te quedes callado, pues hombre. Cuenta un poco más de cómo era Teo por esos años —lo carboneaba el Tira a cada rato.

Que su amigo, siguió diciendo Alberto, además de ser un alumno de aspecto misterioso, hablaba muy poco, excepto cuando fumaba marihuana. Ahí sacaba el habla.

—¿Fumaba o fumábamos? —interrumpió la hermana Tegualda.

—Bueno, sí, fumábamos —dijo el joven.

—¿Además de la marihuana, consumían otras drogas? —intervino el Tira.

—No, solo marihuana. Por lo menos yo. No puedo hablar por él.

—Vale, sigue contándonos.

Que cuando Teo sacaba el habla sus temas preferidos eran el sexo y los Beatles. Le gustaban las mujeres de senos grandes (enloquecía por ellas), pero solo hasta que se las llevaba a la cama. Luego perdía todo entusiasmo y se lanzaba a la caza de otra. Respecto a los Beatles, se llevaba días enteros oyendo sus canciones.

—¿Y? —inquiría la hermana cuando el joven se callaba.

Después del incidente con su primera polola, Teo siguió mordiendo a las posteriores. No podía resistirse, aunque luego llorara por lo sucedido.

—¿Cómo es eso? —dijo el Tira.

—Lloraba mucho —dijo el joven—. Después de cada uno de los episodios que les he dicho, lo vi llorar.

—¿Como los cocodrilos? —sonrió la hermana.

—No entiendo.

—Es que se dice de los cocodrilos que después de devorarse a sus presas derraman algunas lágrimas —explicó la hermana—. Pero no me hagas caso, sigue contando.

—Además, por ese tiempo fue que comenzó a hablarme de un libro que había comprado por internet. Era un libro sobre asesinos caníbales. Y

me contaba exaltado que en ese libro había descubierto a su gurú: un japonés que, de puro amor, se había comido a la mujer que amaba. Estaba como obsesionado con ese libro.

—¿Y?

—Fue por ese tiempo en que hubo dos o tres denuncias más, y el padre tuvo que echar mano a su billetera y a toda su influencia para que los medios se callaran y las familias de las jóvenes que quedaron mochas no hicieran olas. Sin embargo, la gota que rebasó el vaso fue cuando mordió y arrancó de cuajo uno de los pezones a la hija adolescente de un eminente abogado de la ciudad. A la familia hubo que indemnizarla con una punta de millones, además de cancelarle la cirugía estética en la mejor clínica de Santiago. Circunstancia que la víctima —aquí esbozó por primera vez una especie de sonrisa el amigo de Teo— aprovechó para agrandarse los pechos con unos cuántos centígramos de silicona.

Antes de pararse e irse con las manos en los bolsillos, sin haber mirado nunca a los ojos del Tira y de la hermana, el amigo de Teo dijo que los abogados del padre le aconsejaban siempre hacerle algunos exámenes siquiátricos a su hijo. Él se negaba rotundamente. Mi hijo no es ningún demente, decía (y aunque nunca había querido averiguar quiénes eran los padres biológicos de Teo, tenía miedo a encontrarse con alguna sorpresa siniestra). De modo que, luego de este último incidente, no le quedó más remedio al señor Parson —pese a la congoja y al llanto inconsolable de la madre— que sacar al hijo del país por algún tiempo. Y qué mejor pretexto que mandarlo a estudiar al extranjero. Además, por ese entonces fue que Teo descubrió el mundo de las prostitutas y se hizo asiduo a los prostíbulos.

—A ellas les pago un billete extra y las puedo morder a gusto —me dijo una vez.

## 4

Eran las cuatro de la tarde cuando el coche se detuvo y el taxista sacó la voz:

—Hotel Capri, caballero.

Luego de entregarles a cada uno su equipaje, siempre en actitud atildada, don Alcides les reseñó que estaban en el Vedado, en las calles 21 y N, uno de los barrios más elegantes de la ciudad. Y que el hotel al que llegaban había sido construido a mediados de los años cincuenta, que por la época del Periodo Especial había cerrado sus puertas y que hacía solo un año había reabierto.

Cancelada la carrera, don Alcides Rojas se despidió con el toque de ala a su sombrero, no sin antes encender otro cigarrillo y ofrecerles sus servicios para lo que quisieran, caballero, a cualquier hora del día o de la noche.

—Por ahora vamos a descansar —dijo el Tira—. No creo que lo llamemos sino hasta mañana.

Los planes del Tira Gutiérrez eran contactarse con el taxista recomendado por el tipo del aeropuerto de Panamá. Si querían hacer un recorrido por la bohemia habanera, le explicó a la hermana, sin duda él era el adecuado. Don Alcides parecía ser de los cubanos que se acuestan a las diez de la noche.

—Si es que hay alguno que se acueste a esa hora.

El hotel, poco suntuoso y más bien frío, constaba de dieciocho pisos, tres bares, dos restaurantes y una piscina a cielo descubierto dispuesta en la terraza. Frente al mesón de la recepción, una negra de cuerpo como esculpido en piedra, les preguntó, solícita:

—¿Habitación matrimonial?

—Habitaciones separadas, por favor —saltó la hermana Tegalda, mirando de reojo al Tira Gutiérrez que, haciéndose el distraído, gozaba de su turbación.

Les dieron habitaciones en el piso doce, una junta a la otra. Antes de separarse, se pusieron de acuerdo en ducharse y bajar al comedor a almorzar, luego descansarían un poco y a las siete de la tarde saldrían a dar una vuelta por la ciudad. Después del largo viaje, necesitaban dilatar el esqueleto. Los aviones cada vez estrechaban más el espacio



entre los asientos. Hasta las góndolas de la pampa eran más cómodas que los malditos aviones, había despoticado el Tira en mitad del vuelo.

Faltaba un cuarto para las seis cuando el Tira dejó su habitación y, para desentumecer las piernas bajó los doce pisos por la escalera. Se instaló en la barra del pequeño bar ubicado al fondo del *lobby*. Pidió un mojito. Era el primer mojito que probaba en su vida.

Conversó un rato con uno de los mozos. Le puso un billete de diez dólares en el bolsillo de su camisa y le pidió que le averiguara cuánto tiempo había estado el pasajero Teodoro Parson en el hotel y el día que se retiró. Después se dedicó a observar a los turistas, la mayoría alemanes y chinos. Los gordos y gordas de cachetes colorados, en *shorts* de colores chillones, eran los alemanes. Por supuesto que los chiquitos y chiquitas de lentes ópticos, ropa de safari de un solo tono, y aceitosos gestos reverenciales, eran los chinos. No supo decir cuál de los dos idiomas era más endiablado.

A las seis y cuarto bajó su asistente.

El Tira se quedó estupefacto. La hermana había cambiado sus polleras de cilicio por un vestido azul eléctrico, acampanado, que le sentaba de maravilla. Sin embargo, lo que de verdad lo sorprendió fue que el vestido le llegaba un par de centímetros por sobre la rodilla y tenía un pequeño escote en «v», que mostraba el nacimiento de unos pechos duros y redondos. Lo que no había cambiado eran sus zapatones de hombre —son más cómodos, oiga— y su moña evangélica. La cosa ya comenzaba a ponerse interesante, pensó asombrado el Tira Gutiérrez, sin poder quitarle los ojos de encima.

—Qué mira tanto, caballero —dijo ella, dando una vuelta completa que al Tira le encantó—. ¿Acaso encuentra demasiado mundanal mi vestido?

—Para nada, hermana, para nada.

El Tira le ofreció asiento y le preguntó qué iba a tomar. Ella pidió un refresco y él, otro mojito. Conversaron un poco sobre los pasos a seguir y luego salieron a dar una vuelta. Antes de traspasar las grandes puertas de vidrio, le preguntaron al portero a qué hora abría el Salón Rojo, el club nocturno que funcionaba a un costado del hotel. A las ocho de la noche, les dijo el portero, un negro gigantón, con cuello de toro y bamba gruesa.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo el Tira—. Además, a estos sitios es mejor llegar cuando la cosa ya esté prendida.

—Parece que usted es un experto en puticlubes, caballero —le espetó la hermana.

—Pura lógica —sonrió el Tira.

Ya en la calle, la hermana preguntó por qué no habían llamado a don Alcides. El Tira dijo que tomarían un taxi cualquiera, de ese modo hacían la vuelta un poco más aventurera. Subieron a un almendrón de color morado. Modelo 52, dijo el chofer cuando la hermana le preguntó de qué año era su joyita. Se bajaron en el Capitolio. La hermana Tegualda no terminaba de asombrarse de todo lo que veía. Hasta el aire de La Habana le parecía distinto. Era un aire oleaginoso de olores, colores y sabores. Daba la impresión, dijo, de que un pintor podría perfectamente untar su pincel en él y pintar una tela.

Solo por la novedad, subieron a un cocotaxi para recorrer la poca distancia del Capitolio hasta el Parque Central. Ahí se quedaron un rato oyendo a un grupo musical que tocaba en medio de un gran redondel de turistas, casi todos de la tercera edad, de esos que andan en manadas fotografiando las ciudades del mundo. Mientras los músicos entonaban sus sones, una serie de negros y mulatos, jóvenes y viejos, sacaban a bailar a las turistas casi a la fuerza. A las que se disculpaban de no saber bailar les iba peor:

—¡Qué tú crees, chica, aquí te enseñamos!

Mientras el grupo tocaba un movido son cubano, uno de estos bailarines callejeros, el negro de más edad y de aspecto miserable, pero con una sonrisa perfecta, quiso sacar a bailar a la hermana Tegualda. Aunque ella se negaba, el hombre a toda costa quería hacerla mover las caderas. El Tira, que se estaba divirtiendo de lo lindo con la situación, terminó por interceder y casi tuvo que arrancársela de los brazos al bailarín desharrapado.

—Lo siento, amigo —dijo compungido el Tira—, pero mi esposa, que es una excelente bailarina, acaba de ser operada de la vesícula. ¿Tú me entiendes, chico?

La hermana automáticamente se llevó una mano al vientre y puso cara de circunstancia. El zambo se creyó el cuento, y ellos salieron huyendo del redondel de gente y del parque y se internaron en la famosa calle Obispo, a esas horas repleta de gente:

—Se parece al paseo Prat —dijo la hermana, mirando para atrás por si venía el negro siguiéndola.

—Aunque mucho más entretenido —dijo el Tira.

Obispo era una estrechísima calle de adoquines, con construcciones antiguas, adornadas de balcones preciosos y columnas dóricas. Sus cerca de diez cuadras, desde el famoso Floridita hasta la Plaza de Armas, eran un festival de colores, olores y música, con cafés, restoranes, librerías, tabaquerías, ferias de artesanías, bolichitos vendiendo toda clase de chucherías y recuerdos, en medio de un gentío variopinto que iba, venía, entraba y salía, la mayoría turistas de distintas partes del mundo, sobre todo de Asia y Europa, hombres y

mujeres que no paraban de grabar con sus teléfonos o en sus tablets cualquier cosa que hallaran simpática, rara o curiosa. En especial se quedaban pegados grabando a los grupos musicales que tocaban en cada uno de los boliches o simplemente en las esquinas a lo largo del paseo.

—Es una estupidez lo que hacen estos chalados —comentó el Tira Gutiérrez.

—¿Por qué? —dijo la hermana, que estaba a punto de sacar también su teléfono para grabar.

—Porque es una reverenda estupidez no gozar lo que oyen o ven en vivo, por grabarlo y verlo después, encerrados en sus oscuros departamentos.

Pululando entre los turistas, se veían menesterosos de todas layas y pelajes. Estos, para acercarse a los turistas y pedirles una moneda, usaban la vieja muletilla: ¿De dónde son ustedes? El que contestaba estaba frito. Ya no lo soltaban. Entre estos pedigüños de verba narcótica, se veían algunos ancianos ofreciendo, con una dignidad a prueba de balas, el periódico *Granma* o el *Juventud Rebelde*, viejos y hieráticos revolucionarios que aún creían y comulgaban con el Partido Comunista de Cuba. Otros, ancianos famélicos, vendían sus cucuruchos de maní tratando de hacerle la competencia a rosagantes negras vestidas con trajes típicos que, canasta en mano, voceaban sus cucuruchos de maní entonando la conocida canción «El manicero:»

Maní, maní...

Si te quieres por el pico divertir

Comete un cucurucho de maní...

Sin embargo, para el Tira Gutiérrez lo más llamativo eran las bellas mulatas en *shorts* cortísimos —mostrando por delante su vientre un jeme más abajo del ombligo y por detrás media nalga al aire— y todas dueñas de un andar lleno de sensualidad y desparpajo. En las diez cuadras que recorrieron varias se le insinuaron sin importarle que estuviera acompañado de una dama, que bien podía ser su novia o su esposa. Lo miraron a los ojos, le batieron las pestañas, le dijeron al pasar «yo tengo más candela que ella, papi». Una más atrevida, de blusa transparente, sin sostenes, y con un pequeño arete en el ombligo, se le acercó hasta casi rozarlo y le preguntó si era mexicano. La hermana Tegalda, pese a lo desagradable que le resultaba la situación, tuvo ánimo para sonreír:

—Eso le pasa, oiga, por oír tanto a ese Cuco Sánchez —festinó.

El Tira Gutiérrez, que de tanto acoso femenino ya se estaba sintiendo el rey de La Habana, le dijo a su asistente que si acaso se había dado cuenta de que estas mujeres eran las llamadas jineteras.

—Por supuesto que me he dado cuenta, caballero. Soy cristiana, no idiota.

—¿Y se ha percatado, hermana, de que en el aire de La Habana, además del aroma a tabaco y a ron, se siente una energía sexual potentísima?

Ella lo miró a los ojos. A él le pareció que le iba a responder con un llameante versículo bíblico, pero no dijo nada. Solo cambió de hombro su moña y se acercó a mirar la vitrina de una librería.

Luego de recorrer todo Obispo, hasta la Plaza de Armas, hicieron el camino de vuelta. Nada más que por descansar un rato, y porque a la hermana Tegualda le gustó el nombre, entraron a servirse algo al restorán Lluvia de Oro.

Ninguno de los dos tenía hambre.

Un grupo de músicos tan bueno como la mayoría de los que habían visto y oído a lo largo de la calle —piano, tresero, contrabajo, bongó, tumbadoras y flauta traversa— animaba el ambiente con música cubana, de la nueva y de la antigua. Eran seis integrantes, cuatro hombres y dos mujeres. Una de las mujeres —una belleza rubia, seguramente mezcla de cubana y rusa— tocaba la flauta traversa y lo hacía maravillosamente (cuando pasaron luego por la mesa ofreciendo su disco, se enteraron de que la flautista tenía estudios en el conservatorio). La otra —una mulata de cuerpo infartante— tenía una voz que ni la Celia Cruz, y cantaba y bailaba llevando el ritmo con un par de maracas del mismo tono caoba de su piel. Ambas se cimbraban de tal modo al compás de la música, que sus movimientos, más que un homenaje a la sensualidad, eran la mismísima sensualidad hecha mujer, mujer cubana.

El Tira y su asistente se acomodaron en una mesa perpendicular al espacio que hacía de escenario. Cuando el grupo comenzó a interpretar «Yolanda», de Pablo Milanés, él dijo que ese tema, que a él le gustaba mucho, estaba catalogado como una de las más bellas canciones de amor de habla hispana. La hermana Tegualda asintió con la cabeza, sin dejar de mirar hacia el grupo. Viendo lo embelesada que se veía ella por la música, el Tira dijo que se le acababa de ocurrir que el nombre de la musa inspiradora podría cambiarse perfectamente por Tegualda, que no alteraría ni la rima ni la cuadratura de la música. Y para comprobárselo canturreó:

—Eternamente, Tegualda.

Ella cambió de hombro su moña y, mirando siempre hacia los músicos, dijo que se dejara de decir tonterías.

—Pida la carta del menú será mejor, oiga.

Al terminar de comer, tras pagar la cuenta —que resultó una bicoca—, la hermana Tegalda comentó que el local estaba bien, que los músicos sonaban mejor, pero que la atención y la comida dejaban mucho que desear. El Tira le explicó que por lo exiguo de la cuenta y el relajo de los meseros, este debía ser un restorán estatal: ellos tienen un sueldo fijo, vendan o no vendan.

Afuera ya era de noche. Al salir a la calle, aún llena de gente, el Tira chocó sin querer con una pareja de jóvenes mulatos; él iba vestido como reguetonero, ella con el ombligo al aire y una falda cortísima.

—Qué volá, acere —rezongó el joven. La adolescente, en cambio, le dedicó una sonrisa explícitamente seductora.

Caminaron las cuerdas de vuelta solo por el placer de caminar. La noche estaba como creada para recorrerla a pie. En un instante, en una esquina ya cerca del hotel, la hermana se detuvo, miró hacia ambos lados de la calle y dijo sorprendida:

—No sé si usted se ha fijado, oiga, pero además de la belleza de la ciudad, de sus colores y de su gente, es un placer auditivo caminar por estas calles aún no atiborradas de vehículos.

—Tiene razón, hermana —dijo el Tira—, en las ciudades grandes el ruido de tantos autos rodando sin cesar, suena a bramidos de bestias prehistóricas.

Eran las once de la noche cuando el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda ingresaron al Salón Rojo. El Tira pagó las entradas y, en un gesto de caballero a la antigua, quiso ofrecerle el brazo a la hermana, pero ella se aferró a su cartera en donde llevaba su Nuevo Testamento. Antes de ingresar, se encomendó al Altísimo:

—Cúbreme con tu sangre, Señor —musitó.

El portero del hotel le había advertido que ese local no era recomendable para señoritas como ella. En Cuba no existen burdeles, le dijo, pero el Salón Rojo vendría a representar el burdel por excelencia.

—Razón tenía el caballero portero —comentó la hermana apenas traspasó la puerta del local—. Así debió haber sido Babilonia.

El Salón Rojo era amplio, iluminado con luces y reflejos de colores rojo, azul, amarillo. Tenía una barra a la izquierda, sillones de cuero distribuidos en los costados, algunas mesas, una pista de baile y un escenario al fondo. Ambos quedaron maravillados de la cantidad de mujeres, rubias, negras, morochas, todas solas, todas hermosas, y todas vestidas y peinadas como para una fiesta de gala, dijo la hermana. O una orgía de gala, masculló el Tira. Las mujeres —unas en la barra, otras en los sillones, otras bailando en la pista— semejaban una bandada de pavas reales desplegando sus encantos en descarados cortejos nupciales, para atraer y cazar a algunos de los «yumas» (así supieron después que se les decía a los turistas) que al entrar se quedaban como animalitos extasiados —conejos encandilados por las luces en una carretera de noche—, listos para ser cazados, mientras en el escenario un grupo de música tropical amenizaba la cacería al ritmo de un reguetón que declaraba que a ella le gustaba la gasolina.

Apenas el Tira y la hermana habían dado unos pasos hacia el bar, comenzaron a ser abordados por estas mujeres que se disputaban a los extranjeros ofreciendo sin recato alguno los más raros y estrambóticos servicios sexuales.

El Tira y la hermana se acercaron al bar. Ella pidió un refresco; él, un mojito. Luego, resistiendo a duras penas el acoso, comenzaron su trabajo de investigación. Cada uno con su teléfono en mano se fue recorriendo el salón, mostrándoles la fotografía de Teo a estas valquirias —especialmente a las más tetonas— y preguntándoles si recordaban haber visto por ahí a este joven chileno. Algunas de las mujeres les respondían de buena manera que no, chico, que se habrían acordado enseguida del papirriqui este; otras decían hallarlo parecido a alguien, pero no sabían a quién; otras que no me acuerdo, no sé quién es

y me importa una mierda, y se los sacaban de encima olímpicamente, para ir al acecho de alguna nueva presa que acababa de caer en esa jungla espesa de luces, música y sexo.

Al cabo de una hora, sin haber tenido suerte, decidieron volver al hotel. Como aún era temprano, irían a recorrer otros clubes nocturnos. El Tira subió a la habitación a buscar el listado con los nombres de los locales que les había dado el compatriota en el aeropuerto de Panamá, y el teléfono del taxista a quien había apodado el Rey Midas. Lo llamaron. En el intertanto, mientras esperaban sentados en uno de los sofás del vestíbulo, se acercó el garzón para darles los datos del pasajero que el Tira le había pedido.

Antes de quince minutos apareció el taxista. Se llamaba Geraldo, era un tipo alto, corpulento, histriónico, con pinta de papirriqui cuarentañero y una labia como para vender el malecón con jineteras y todo a cualquier turista despistado. Y si no se lo vendía, se lo rentaba. Era como el lado oscuro del taxista recomendado por el padre de Teo. Después de explicarle quién les había dado su teléfono, le dijeron que lo que querían era recorrer los centros nocturnos más sonados de La Habana. Él les dijo que habían encontrado al hombre adecuado.

—Para este servidor nada es imposible, caballeros —dijo—. Lo que quieran ver, oler, saborear, oír o palpar en La Habana, están hablando con la persona adecuada, chico.

Como el calor era agobiante, el Tira Gutiérrez iba a salir con una camisa manga corta, sin su eterna chaqueta de cuero.

—Usted sin su chaqueta y con la camisa afuera, oiga, parece cualquier cosa menos investigador —bromeó la hermana Tegualda.

—De eso justamente se trata, pues hermana.

—Yo creo que es al revés, caballero —siguió jorobándolo ella—: para no parecer investigador habría que vestirse como investigador, así la gente diría: no creo que este señor sea investigador, sería demasiado tonto vestirse como tal.

Eran pasadas las doce cuando salieron a recorrer la noche habanera (antes, el Tira subió a su habitación a ponerse la chaqueta). El coche de Geraldo era un Chevrolet de los años cincuenta, de color damasco. Mirando por la ventanilla, la hermana comentó la semioscuridad de las calles. Sí, dijo el Tira, parece que se esperara en cualquier momento un bombardeo aéreo; y en algunas partes, por lo ruinoso de los edificios, pareciera que el bombardeo ya fue.

El taxista les explicó que no se iluminaban los edificios públicos ni había grandes letreros luminosos, para ahorrar energía eléctrica.

—A mí lo que me impresiona —dijo el Tira— es que siendo pasada la medianoche, se vea a tantas familias con sus mesas y sillas en la calle jugando cartas o dominó, todos en *short* y camiseta, o a torso desnudo.

—Es que esta gente no tiene aire acondicionado en su casa —explicó Geraldo.

El primer local al que los llevó el taxista fue la Casa de la Música, en La Habana Vieja, luego al Dos Gardenias y, después, al Gato Tuerto. En cada uno de los locales pidieron algo para beber —la hermana un refresco; el Tira un mojito—, y se pusieron a mostrar la foto de Teo a las mujeres y a preguntarles si lo conocían. La hermana Tegualda se sorprendía de la juventud y belleza de las jineteras. Son verdaderas modelos de pasarela, decía. Pero lo que de verdad la impactaba era la naturalidad y el desparpajo con que asediaban e invitaban a su jefe sin importarles que anduviera acompañado. El Tira por su parte se sentía rejuvenecido. Nunca mujeres tan bellas y tan jóvenes le habían mirado, le habían sonreído y, más encima, lo habían asediado. Esto de verdad era el paraíso en la tierra.

No estuvieron más de media hora en cada uno de los locales y volvieron al hotel sin obtener resultados positivos. Al despedirse del taxista, este les dijo que estaba sorprendido de ellos.

—Ustedes, chicos, no son ni parecidos al cabronazo de su amigo.

—¿Qué amigo? —preguntó el Tira.

—Fernando Troncoso. Don Tronco, como le decía yo. El chileno que les dio mi teléfono. Ese coño sí que era un demonio con las jevas. Una vez cuadró una jugada con tres jineteras a la vez, y a la salida del clandestino le pegó un galletazo a una de ellas, no recuerdo por qué motivo. Incluso una noche me pidió que lo llevara a recorrer el sector de Víbora. Había oído hablar de las chupa-chupa y quería conocerlas. ¿Saben ustedes quiénes son las chupa-chupa? Son mujeres en su mayoría palestinas, como les dicen a las que vienen del oriente, viven en la zona más pobre de la isla, y en la oscuridad de una avenida del sector de Víbora hacen sexo oral *express* por un dólar. Esa es la última escala en la categoría de las jineteras.

El taxista les contó, además, de una casa —él no podía dar fe, pero lo había oído— que era una especie de escuela para jineteras en donde los hombres, pagando una pequeña tarifa, podían servir de modelos para que muchachitas de catorce o quince años aprendieran a poner el condón con la boca y a realizar felatios.

Les contó algunas cosas que a la hermana Tegualda le parecieron de un horror inconcebible. Por ejemplo, lo que les ocurría a alguna de estas mujeres que cumplían el sueño de enganchar a un extranjero, enamorarlo y convencerlo de que se la llevara a su país. Algunas tenían suerte y les iba bien, hasta se casaban con ellas. Otras, sin embargo,



caían en manos de tratantes de blancas que las vendían para ser explotadas en prostíbulos de ínfima categoría en sus países. Y si aquí en Cuba se prostituían los fines de semana para comprarse ropa y celulares caros, allá eran explotadas sin misericordia como esclavas sexuales, sin recibir ni un peso a cambio. Y les contó algunos casos extremos —ya convertidos en mitos urbanos— que circulaban en los bajos fondos de La Habana, como el de una bailarina negra del Copacabana a quien se la llevó un millonario alemán con la promesa de que allá se casarían, pero lo que hizo con ella fue meterla en una jaula, y obligarla por largo tiempo a comer solo plátanos y a moverse y actuar como un simio. Al final, siempre con ella encerrada en la jaula, inauguró una especie de «instalación artística» a la que invitó a sus amigos íntimos, todos sicópatas como él. Después de la exhibición la remató al mejor postor.

Otro caso era el de una jinetera que fue enamorada por un ricachón italiano que vino a Cuba buscando mujeres jóvenes que se distinguieran especialmente por sus ojos. Buscaba los ojos más lindos de Cuba. Y esta joven jinetera se destacaba justamente por ser dueña de un par de ojos color calipso, que tenían fama de ser los más bellos de la isla y sus alrededores. Y se la llevó con la promesa de matrimonio. Pero resultó que el hijo de puta no andaba buscando chicas de ojos lindos para casarse, sino para extraérselos y ocuparlos en un trasplante de córnea para su hija. Tiempo después, la joven había vuelto a la isla, ciega.

Aunque esa primera noche les fue mal con la investigación, el Tira y la hermana quedaron impresionados por las historias contadas por Geraldo. En verdad, el taxista tenía un conocimiento enciclopédico de la bohemia habanera. De modo que decidieron ocuparlo a él por las noches y a don Alcides solo durante el día.

—Don Alcides es un gato de sofá —dijo el Tira—. Geraldo es un gato de callejón.

Las siguientes dos jornadas nocturnas las hicieron en el coche de Geraldo. Recorrieron La Habana de norte a sur y de este a oeste, viendo y viviendo situaciones que después a ellos mismos les parecían inverosímiles. La noche del jueves, cuarto día de haber llegado a La Habana, recalaron en el Tocatoro.

Allí encontraron la primera pista.

El bar era largo y angosto, y el color oscuro de la madera, que era lo que predominaba, le daba a la nave un toque de distinción. La barra y las mesas se hallaban repletas de turistas. Cuando el Tira y la hermana entraron, en el escenario cantaba un tipo calvo que trataba de imitar a Joaquín Sabina, cuya voz rasposa —al decir del Tira Gutiérrez— parecía fácil de imitar, pero la mayoría de sus imitadores se quedaba solo en la caricatura. La decena de mujeres que recreaban el ambiente en esos momentos, eran tan bellas y elegantes como las del Salón Rojo, con la diferencia de que aquí no asediaban a los parroquianos. Se les tenía

prohibido. Solas o en grupos, se sentaban en la barra u ocupaban alguna mesa, pedían algo de beber y desde ahí, desde su trinchera, solo con el poder de sus miradas narcóticas capturaban a sus presas.

Luego de tomarse ella una bebida y él un mojito —el Tira se estaba acostumbrando al mojito—, comenzaron a mostrar la fotografía de Teo a las mujeres y a los meseros. Los meseros apenas miraban la pantalla del teléfono y negaban con la cabeza. Algunas mujeres decían no recordarlo y otras, sobre todo las abordadas por la hermana Tegualda, esquivaban las preguntas o derechamente se ponían en guardia y sin siquiera mirar la foto decían qué tú crees, chica, que yo tengo que acordarme de todos lo comemienda que me llevo a la cama. Hasta que a una de ellas, interrogada por el Tira Gutiérrez, le pareció reconocerlo.

—Si no me equivoco —dijo la joven, masticando un chicle rosado— es el yuma que hace algunas semanas se fue con Dislayna y la Gata Dora.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a esas chicas? —le sonrió galán el Tira.

—La Gata Dora se devolvió a Ciego de Ávila, su ciudad natal. La vino a buscar su madre.

—¿Y de la otra? ¿Dislayna dijiste?

—Sí.

—¿Sabes algo de ella?

—Puede que sí, papi —le cerró un ojo la muchacha.

En ese momento, en un verdadero atentado a la canción del español, el calvo empezaba a cantar «19 días y 500 noches». El volumen de los equipos de amplificación era demasiado alto y para hacerse oír había que hablar a los gritos.

—¿Cuánto? —le gritó al oído el Tira.

La muchacha, una mulata delgada, de pelo planchado y un vestido negro ajustado al límite, iba con dos amigas. Después de regodearse un instante, y de acompañar a los gritos la canción del calvo, le dijo, también al oído, pero humedeciéndole el caracol de la oreja con sus labios:

—Lo que tu corazón dicte, papi.

La hermana Tegualda, que se había acercado a ellos, interfirió molesta:

—Bueno, ¿sabe o no sabe dónde está su amiga?

La muchacha hizo como que no la había oído y se incorporó al coro de las otras dos chicas que entonaban a gritos la canción de Sabina. El Tira, extrañado por la actitud de su asistente, le hizo una seña para que lo dejara hablar a él. Sin alejarse de la muchacha, esperó a que terminara de cantar y le pasó por lo bajo un billete de diez dólares. Ella hizo un lulo con el billete y, en un mohín provocativo, se lo introdujo en su escote. Luego, mirando de reojo a la hermana, de nuevo se le acercó al oído hasta lamérselo:

—Dislayna fue a cuadrar el fin de semana a Varadero —dijo—. Partió hoy por la mañana.

Y mirándolo a un centímetro de su cara, le dijo —vuelta melcocha su lengua—, que con otro de esos billetes verdes entre sus pechos era capaz hasta de recordar el nombre de la discoteca en que su amiga acostumbraba a trabajar en el balneario.

El Tira, ante la mirada fulminante de la hermana Tegalda, sacó otros diez dólares, lo enrolló y se lo dejó caer en el abismo de su escote. La mujer le dio el nombre de la discoteca.

El Tira, para asegurarse, insistió en que si estaba cien por ciento segura de que era el joven de la foto el que se fue con su amiga.

—Qué tú crees, chico. Esos ojos de loco no se olvidan así nomás. Aparte de que andaba medio borracho y nos mostraba los dólares como golosinas a unas niñitas.

Al salir del Tocatoro, le comentaron al taxista que por la mañana irían a Varadero. Si no tenía problemas en llevarlos.

—Ningún problema —dijo Geraldo—. Y los felicito, chicos, allá van a conocer las playas más apacibles del caribe, los mejores hoteles del país y las jineteras más bellas de la isla.

—Al parecer, eso último es lo que más interesa al caballero aquí presente —se hundió en su asiento la hermana.

Sin que ellos se dieran cuenta, un auto los siguió al salir del Tocatoro. Tres cuabras más allá el vehículo los interceptó.

—Es la poli —dijo Geraldo.

Un policía se acercó al taxi y Geraldo les explicó que sus pasajeros eran turistas. El policía pidió ver sus pasaportes. Luego de una rápida revisión, los dejó ir.

Al continuar la marcha, Geraldo les explicó que los polis pensaron que habían levantado a una jinetera.

—¿Y se las llevan presas a las pobrecitas? —preguntó la hermana.

—Se las llevan, chica, pero no por lo que ustedes creen, pues aquí en Cuba, por decreto, no existe la prostitución.

—¿Entonces...?

—Se las llevan por «acoso al turismo» —dijo en tono sarcástico el taxista—. En la primera y en la segunda detención reciben una carta de advertencia, a la tercera las meten a la cárcel por dos años. Aunque hay algunos policías que las importunan no para detenerlas, sino solo para sacarles algo de sus ganancias. Ellas les pasan unos dólares, o alguna joya, y las dejan ir. «Es mejor eso a pasarse dos años en la cárcel», dicen ellas.

## **Segunda parte**

## 6

El viernes, poco antes del mediodía, el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda ya estaban en Varadero. Se hospedaron en el Hotel Meliá. Luego de almorzar, bajaron a disfrutar de la playa. El Tira Gutiérrez bajó al *lobby* en *short* y polera negra, y una toalla colgada al cuello. La hermana Tegualda apareció enfundada en una bata rosada y cargando una cartera tipo canasta con cremas y bloqueadores.

La playa correspondiente al hotel se veía casi desierta. Se instalaron en sendas tumbonas a la sombra de una palmera. Un mozo les trajo dos caipiriñas. El sol pegaba fuerte y las aguas transparentes se veían de un color turquesa que impresionó a la hermana.

—¡Era verdad lo del color de las aguas! —repetía como una niñita ante un regalo largamente esperado. Después se fijó en la piel blanquecina de su jefe despatarrado sobre la tumbona, hurgó en su canasta, extrajo un bloqueador y se lo ofreció:

—Yo sabía que usted no iba a traer —dijo—. Tome, póngase un poco del mío.

—No, hermana, gracias, yo no creo en esos menjunjes. Si en la pampa, con el sol más fiero del planeta, jamás me puse ningún tipo de cremas, menos me voy a poner aquí. Pero si usted cree en estas pócimas, permítame ponérsela yo.

—Por mí no se preocupe, caballero —se sonrojó la hermana—, ya me puse en la habitación.

Después de unos minutos tirada en la tumbona, ella dijo que se iba a dar un chapuzón. Se puso de pie, miró a todos lados —como buscando mirones, se dijo el Tira— y se quitó la bata.

Lo que el Tira Gutiérrez vio le hizo resoplar su mechón blanco dos veces seguidas. La hermana Tegualda en vez del traje de baño a la antigualla con que él imaginó verla, traía puesto un criminal bikini de color fucsia. Su cuerpo era de una armonía deslumbrante. Era tal cual él la había imaginado en sus más salaces noches de insomnio. Aunque se había deshecho la moña evangélica, no dejó su melena trigueña ondeando al viento, como él habría preferido, sino que se la ató en un desordenado tomate sobre su cabeza, detalle que le alargó el cuello de una manera sensualísima.

—Mira que tú eres un cañón, mami —dijo el Tira Gutiérrez, tratando de camuflar la impresión que le causaba su figura con su mala imitación del acento cubano.

Aunque ella oyó y comprendió perfectamente lo que él dijo —y quiso decir—, preguntó como extrañada:

—¿Qué dice usted, oiga?

—Que tiene un cuerpo de ángel, hermana.

—No sea blasfemo, caballero.

—No me refiero a esos ángeles celestiales de los que hablan sus himnos, hermana.

—¿Entonces...?

—Yo hablo de los angelitos de Victoria's Secret.

—Sabe qué, oiga, no se desubique, que yo no soy de esas jin... mujeres que a usted parece que le gustan.

El Tira la tomó de la mano y la llevó al agua.

—Ya, cálmese, hermana, y aprovechemos estas pequeñas vacaciones, que son gratis.

Mientras se bañaban, en un instante en que la hermana, nadando a lo perrito, se alejó un poco mar adentro, dos mulatos se le acercaron en el agua al Tira para ofrecerles artesanías. Como al Tira no le interesó, comenzaron a ofrecerle artículos del mercado negro:

—Oye, tú, mi hermano, tengo habanos Montecristo, tengo ron Acabí, tengo Cinaga. Lo que tú quieras, acere. Hasta Vidatox te puedo conseguir, o sea veneno de escorpión azul. Ya tú sabes, para curar el cáncer.

El Tira se impresionó. Aunque en las calles de La Habana le habían ofrecido productos del mercado negro, que le ofrecieran aquí, dentro del agua, le pareció irreal.

—Qué es Cinaga —preguntó solo por preguntar.

—Citrato de cinafil —respondieron a coro los mulatos.

—El tira alzó las cejas.

—Viagra cubano, pues papi. Y si quiere algo mejor, tengo la Pepa negra ¿me oíste?

Al ver que la hermana, siempre nadando a lo perrito, ya se acercaba a ellos, el Tira no quiso preguntar qué era o para qué servía la Pepa Negra, aunque lo intuía.

—No, amigos, para otra oportunidad —los cortó.

Los mulatos se fueron a la orilla refunfuñando que era un yuma comemienda. El Tira los siguió con la vista. Los dos hombres llegaron a la playa a sentarse junto a un grupo de personas —hombres, mujeres y niños—, que pernoctaban con sus viandas y sus quitasoles fuera del territorio que pertenecía al hotel. Cada tanto, uno o dos de ellos se metía al agua a ofrecer su mercadería a algún turista. El mar era dominio libre.

Esa primera noche en Varadero fueron directamente al lugar que les había dicho la jinetera del Tocaroro, la discoteca Eclipse, del Hotel Bellamar. No encontraron a Dislayna. Algunas de las mujeres dijeron conocerla, pero ignoraban dónde hallarla ni pudieron dar razones de por qué no estaba presente esa noche. Debe de estar cuadrando una jugada por ahí, fue todo lo que dijeron. El Tira y la hermana se fueron a recorrer otros bares. No averiguaron nada. Solo que en uno llamado La Bamba, una chica, mientras la hermana buscaba en su teléfono la foto de Teo, vio la selfie en donde aparecía el compatriota del aeropuerto de Panamá y dijo que a ese yuma lo conocía.

—A este lo conocí en la Casa de la Música, coño —dijo la joven—. Una amiga que tuvo la mala fortuna de irse con él, dijo que era un bocón violento y un mezquino comepeinga a la hora de pagar.

—Definitivamente dejó mala impresión por aquí nuestro amigo penquista —dijo el Tira.

La segunda noche volvieron a la discoteca Eclipse y encontraron a Dislayna. La chica era alta, trigueña, con una cara no muy bella pero con un cuerpo que hacía silbar al macho más moderado. Sus pechos enormes parecían saltar en cualquier momento de su escote. No tendría más de veinticuatro años. Conversando con ella supieron que tenía estudios de medicina y además hablaba perfectamente inglés y algo de italiano. A propósito de esto, el Tira le contó después a su asistente algo que no se sabía si era verdad o invención: que Fidel Castro, en uno de sus kilométricos discursos, había dicho alguna vez que en Cuba no había prostitución; y si la había, las prostitutas cubanas eran las más bellas, las más sanas y las más educadas del mundo.

Fue la hermana Tegualda la que dio con Dislayna. Al mostrarle la foto de Teo en su teléfono, la joven, sin dejar de moverse al compás de un reguetón, dijo de inmediato que se acordaba muy bien de ese yuma. Luego, pareció reaccionar y agregó que, de verdad, no muy bien, pero que si le refrescaban la memoria...



El Tira le pasó un billete de diez dólares.

—Ahora lo recuerdo mejor, chico —dijo guardando el billete en su cartera y volviendo a mirar la foto—. A este papilindo lo conocí en La Habana, se apareció una noche por el Tocaroro y nos llevó a mí y a la Gata Dora a un hostel.

—¿Adónde las llevó? —trataba de mirarla a los ojos el Tira, pero su mirada era atraída inexorablemente por el abismo de su escote.

—Al hostel donde estaba alojado —dijo la joven.

—¿Se acuerda qué hostel era? —la hermana Tegualda miraba a la muchacha como se miraría a una estrella de cine.

—Uno que está en 18 y 23, o por ahí cerca —dijo la chica—. Ya era más de medianoche y nosotras íbamos un tanto ebrias. Del hostel en sí me acuerdo bien, chica, porque la construcción semeja un castillo medieval, de los que se ven en las películas de terror.

—¿Pero está segura de que es él? —insistió la hermana—. Por favor, mire bien la foto.

La muchacha le dedicó una sonrisa compasiva y dijo que claro que sí, chica, que era el mismo, que a ese yuma lo recordaba por tres razones puntuales: la primera, porque desde el principio le cayó como grano en el culo; la segunda, porque se fue con dos de nosotras —y no son muchos los que se llevan a dos mujeres, excepto los mexicanos chingones que negocian droga, esos se van con dos, con tres y hasta con cuatro a la vez—; la tercera, porque al llegar al hostel la dueña le dijo que podía entrar solo a una visita y él la eligió a ella, de modo que su amiga tuvo que devolverse. Y que si la apuraban un poco, insistió, hasta podía darles una cuarta razón: porque en el rato que había estado con él le había dejado el cuerpo todo mordido.

—¡Parecía querer comerme cruda el muy cabrón! —dijo la jinetera batiéndole las pestañas al Tira, mientras la hermana Tegualda se ruborizaba.

El Tira Gutiérrez le preguntó si después no lo volvió a ver, o a divisar por ahí.

—No —aseguró la muchacha, y lo tomó de un brazo y se lo llevó a un rincón como para decirle algo en secreto. La hermana Tegualda los siguió.

—Lo que les acabo de contar —prosiguió la jinetera— ocurrió en uno de los días en que Yasnira y el yuma este estaban distanciados. Porque supongo que ustedes saben que Yasnira era la novia de su amigo, y que este había perdido el seso por ella. Incluso creo que quería llevársela a

su país. Y es que Yasnira sabía cómo empapayar a los hombres. Una lástima cómo terminó mi amiga. En el ambiente se dice que además de apuñalarla y picarle la cara, le comieron algunas partes de su cuerpo. Por lo menos eso es lo que se comenta. Es que la noticia del crimen, como siempre ocurre, no apareció en ninguno de los diarios, y por cierto menos en la televisión. Yo no sé si ustedes están al tanto, pero la policía anduvo preguntando por él; se dice que es uno de los principales sospechosos. Y yo creo que no andan muy despistados, coño, porque con los mordiscos que me dio a mí este tipo, puede perfectamente tratarse del «asesino caníbal», como hemos comenzado a llamarlo entre nosotras.

—Gracias por tu ayuda, chica —dijo el Tira Gutiérrez.

Ella se humedeció los labios con la puntica de la lengua y le dijo que si no le gustaría cuadrar una jugada con ella. Que los chilenos parecían ser animales carnívoros, y a ella los mordiscos le quedaron gustando. Podrían pasar una noche salvaje. Se lo dijo con voz susurrante al tiempo que le hacía un cariño en la pera.

—Te haría un precio, papirriqui. ¿Me oíste?

—No, gracias —recalcó el Tira.

—Y si quieres me pego con tu amiguita también —insistió ella.

El Tira tragó saliva, se sopló el mechón blanco y miró de reojo a su asistente. La hermana se hizo la desentendida.

Ante la obstinación de la joven, que ahora le pasaba la mano por el mechón blanco y le decía que le encantaba esa cagarruta de paloma que lucía en su pelo, el Tira se puso grave, adoptó una pose cinematográfica y respondió:

—Lo siento, nena, cuando estoy de servicio los placeres quedan de lado.

—Por si luego te arrepientes, papi —dijo la muchacha—, mañana vuelvo a La Habana. Me puedes hallar en el Tocaroro, ¿me oíste?

En ese momento, un italiano borracho que había estado invitándole tragos a la muchacha, se abalanzó sobre el Tira Gutiérrez gritando « *Questa putanna é mía, cazzo* », y le dio un puñetazo en la cara que lo hizo tambalear. El Tira reaccionó y se trenzó a golpes. Los guardias los sacaron a ambos del local. Afuera, mientras la hermana le limpiaba la sangre con un clínex a su jefe, el italiano, retenido a duras penas por uno de sus amigos, seguía insultando y amenazando. Entonces, un hombre salió del local y tras identificarse como policía, habló con los amigos del italiano, luego le hizo señas a uno de los taxistas estacionados fuera del bar e hizo que se embarcaran y desaparecieran.

Ellos, en tanto, volvieron con Geraldo que los esperaba estacionado a la vuelta de la esquina. Tuvieron que remecerlo: el Rey Midas dormía con la boca abierta y babeando como un plebeyo cualquiera. Ya en el hotel, la hermana Tegualda, se metió a la habitación del Tira a curarle una herida en la frente.

—Aparte de no saber pelear, usted es blandito, oiga —festinó la hermana, mientras le ponía alcohol en el pequeño corte—. Ni aparenta a los policías de las películas. Esos sí que son duros, les dan con un fierro y no sangran tanto como usted.

—Ese Tano cabrón tenía la mano llena de anillos —rezongó el Tira.

—Eso le pasa por coquetearle a la dama —dijo ella resfregándole con pica el algodón en la herida.

—¿Qué dama? —dijo irónico el Tira.

—Para mí todas las mujeres son damas, oiga.

El Tira Gutiérrez se la quedó mirando un rato. Luego musitó despacito:

—Podría quedarse a cuidarme, hermana. Quien le dice que por la noche no me venga una hemorragia y muera desangrado.

—No se me alce tampoco, pues caballero —sonrió divertida ella—. Se está usted volviendo un descarado, como dicen aquí los cubanos.

Cuando la hermana salió de la habitación, el Tira Gutiérrez se quedó absorto. En un momento se dio cuenta de que estaba acariciando el lugar de la cama en que ella se había sentado. No podía dejar de pensar en la imagen de la hermana en bikini y en el baño que se habían dado juntos en la playa. En un instante, mientras jugaban a tirarse agua, ella había perdido el equilibrio y se abrazó a él riendo como un ángel. Lo inquietante fue que se quedó aferrada a sus brazos más tiempo del necesario. Y ese roce de sus cuerpos semidesnudos le quemaba en la mente y la piel como un leño ardiendo. No sabía cuánto tiempo más podría resistir sin... ¿declararle su amor?... Más bien sin saltar sobre ella y agarrarla a besos como un energúmeno. En verdad se dio cuenta de que estaba tan chiflado por la hermana que, si lo apuraban un poco, hasta matrimonio era capaz de ofrecerle.

De golpe, azuzado por el calor que hacía más insufrible el latido de sus sienes, aunque ya se había quitado los zapatos para tenderse a dormir, se incorporó de la cama, se los calzó decidido y volvió a salir a la noche de Varadero. Era cuestión de urgencia. O se iba por ahí a desfogarse con alguna muchacha o echaba abajo a patadas la puerta de la habitación de su asistente.

Al día siguiente por la mañana, mientras desayunaban, la hermana Tegualda le preguntó en un tonito de esposa suspicaz qué tal había pasado la noche.

—Como siempre —dijo él—. Insomne.

—Porque después de dejarlo en su habitación me pareció oírlo salir y llegar de madrugada —señaló ella.

Él cambió de tema.

Lo cierto fue que su salida resultó un desastre, una aventura para olvidar. Al regresar al boliche donde encontraron a Dislayna, la jinetera ya no estaba. Una de sus amigas dijo que recién había salido a cuadrar una jugada con un turista español. Pero que si necesitaba compañía ella estaba disponible. Se trataba de una mulata bellísima, con un cuerpo que transmigraba candela, y el Tira, luego de mandarse un mojito al seco, se dejó convencer.

—Pero hay un problema —dijo—. Por cierta razón no te puedo llevar al hotel donde me alojo.

—No te preocupes, papi, yo sé dónde hay un clandestino por aquí cerca. Solo debes pagar quince dólares por la habitación y podemos estar dos horas.

Salieron a la calle y tomaron uno de los taxis estacionados afuera del local. Rumbo al clandestino, el Tira se acordó de algo que le había contado el chileno en el aeropuerto de Panamá. El caso del condón que no era condón. Había sucedido que el compatriota se fue con una joven a uno de estos clandestinos en una estrecha calle de La Habana Vieja. Luego de la previa correspondiente, el hombre sacó un condón que le había prestado de urgencia el portero del hotel donde se alojaba y al abrirlo saltó un chorro de líquido aceitoso: era un lubricante. A la jinetera se le habían acabado los condones y él, cubierto con una cortísima toalla y una erección a toda vela, tuvo que salir de la habitación a ver si el dueño de la casa tenía alguno que le vendiera. Resultó que este no tenía y le preguntó a su mujer. Ella dijo que le había cedido el último a la pareja anterior. El dueño de casa abrió entonces la puerta de calle y, muy campante, le gritó al vecino de enfrente si no tenía por ahí un condón para el compañero chileno. El vecino le gritó que no, pero que tal vez el singado de la derecha podría tener, y con la misma alegría y el mismo relajó, comenzó a llamarlo a los gritos diciendo, «ey, coño, que el compañero Salvador Allende necesita un condón»; el vecino de la derecha se asomó por la ventana gritando que él tampoco tenía, que acababa de usar el último con su mujer, pero que esto había que solucionarlo, coño, que de ninguna manera se podía dejar sin singar al compañero Pablo Neruda. Y empezó a llamar al vecino de arriba, y ese al de más arriba, y en un instante toda la puta

cuadra estaba en candela pidiendo a gritos un condón para el compañero chileno Víctor Jara.

El Tira Gutiérrez se imaginó viviendo esa escena y entró en pánico. No se había acordado para nada del condón. Se lo dijo a la mulata.

—Tú no te preocupes, papi, a mí me queda un par —sonrió canchera ella.

Sin embargo, lo que vivió el Tira aquella noche fue tan malo o peor que lo ocurrido al compatriota de Conce. El clandestino al que llegaron era una casa de familia común y corriente en la que se rentaba una habitación en la segunda planta. La dueña los hizo pasar amablemente y, mientras les preparaba la habitación, les ofreció asiento en el *living*. Allí, ocupando los sillones y el sofá de tevinil, estaba la familia en pleno viendo tele —el marido, una abuela, dos hijas en edad de merecer y dos niños que parecían ser gemelos—. Mientras la abuela lo miraba fijo (una honda mirada de conmiseración), y las hijas cuchicheaban entre ellas y se reían por lo bajo, los niños, como de seis años de edad, comenzaron a preguntarle cómo se llamaba, cuántos años tenía, si acaso la mulatica era su hija. El Tira Gutiérrez, obnubilado por la vergüenza veía y oía todo como en sordina, como sumergido en un pozo de agua turbia. Hasta que un golpe en el pecho de una pelota de béisbol lanzada por uno de los niños pareció volverlo de ese limbo, y al verse ahí, sentado junto a una jovencita que lo tenía del brazo como si fueran novios, respondiendo preguntas de dos diablillos que sabían perfectamente que él estaba ahí en espera de que la madre terminara de cambiar las sábanas a la cama de arriba para subir a echar un polvo, no pudo resistir la escena, se puso de pie, pidió permiso, y salió a la calle arrastrando a la mulata.

—Discúlpame, muchacha —le dijo—. Pero no estoy acostumbrado a estas situaciones.

Le puso un billete de veinte dólares en la mano y escapó a perderse.

El sábado por la noche el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda llegaron de vuelta a La Habana. Los dos días en Varadero se habían pasado tan rápido como esos aguaceros que en cualquier instante se dejan caer en la isla y parece que lo van a inundar todo y, de pronto, zaz, escampa y sale el sol y en diez minutos no hay ni rastros de agua en las calles.

El domingo a las ocho de la mañana el Tira llamó por teléfono a la habitación de su asistente. Acuérdesse que tenemos que ir a buscar el castillo, hermana, le dijo. Ella, con una vocecita adormilada, que al Tira le pareció el colmo de lo sensual, primero se hizo la despistada y preguntó de qué castillo hablaba, después resongó que por qué tan temprano, oiga por Dios.

El Tira simuló enojo.

—Mire, hermana, acá hemos venido a trabajar, no a dormir. Yo estoy en pie desde las seis de la mañana. Usted sabe, a quien madruga...

—Pero no por mucho madrugar, oiga... —le bostezó ella en un tono de niñita remolona y él la imaginó estirándose sobre las sábanas blancas con el pelo revuelto (si es que se desarmaba la moña para dormir) y vestida con uno de esos camisones de abuelita lleno de velos y bordados.

Después, mientras desayunaban, la hermana, en una especie de venganza, le hizo una observación sobre sus ojeras de muerto.

—Ya usted sabe, hermana —chirrió el Tira—. El maldito insomnio.

—¿No será la mala conciencia que no lo deja dormir, oiga? —dijo ella, raspando con la cuchara un pote de yogur y pasándose la puntita de la lengua por los labios. Esos gestos de su asistente, conscientes o inconscientes, al Tira lo descolocaban... Estos primeros días en La Habana estaba notando a la hermana un poco más derramada de actitud, más desatada, más mundana, como diría ella; su sempiterna moña evangélica se le veía más suelta, los labios más entreabiertos y, a veces, el botón de arriba de la blusa sin abrochar. No podía decir si era el calor del trópico o...

Un mozo intervino diciéndoles que su taxi los esperaba en la puerta. El Tira había llamado temprano al taxista del aeropuerto, a don Chuma, como lo llamaba ella. El hombre llegó manejando otro carro. Dijo que el suyo se había averiado y que mientras tanto le habían pasado esta verdadera lancha. El vehículo era un almendrón de un furioso color

fucsia, todo descascarado y desvencijado, cuyas puertas se cerraban con picaportes.

—Es un Ford del año cincuenta y cuatro —dijo el taxista, a la consulta de la hermana Tegualda.

Mientras avanzaban por las soleadas calles de La Habana, ambos mirando por sus respectivas ventanillas, la hermana no dejaba de maravillarse con la arquitectura de esos vetustos palacetes roídos por el salitre, ahítos de columnas dóricas, convertidos ahora en solares, donde la ropa colgada asomaba en cada uno de los balcones de hierro forjado y barandas de mármol de Carrara. Don Alcides les reseñó que la mayoría de esas construcciones habían sido hoteles o mansiones de ricachones, que abandonaron la isla con el advenimiento de la Revolución —se relamió con la palabra advenimiento—. Algunos fueron tomados por los mismos negros que trabajaban de sirvientes y que habían quedado a cargo por instrucción de sus propios dueños; los demás fueron repartidos por el gobierno a los sin casa. De tal modo que en cada uno de estos edificios vivían hacinados centenares de familias que antes no tenían dónde vivir. Y ya era un mito urbano en Cuba que en muchas de estas casonas y mansiones se habían encontrado, y aún se encontraban, verdaderas fortunas en joyas, monedas de oro, obras de arte o dinero contante y sonante, que sus dueños ocultaron, pensando en que la Revolución no iba a durar mucho tiempo, y ellos volverían a recuperar sus propiedades y sus puestos en el nuevo gobierno.

El Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda oyeron todas esas historias en silencio, mientras observaban las edificaciones desde el automóvil. Había amanecido hablador don Alcides. De pronto, en un lapso de silencio, y a propósito de escopeta, el Tira dijo, sin dejar de mirar hacia afuera:

—Hay asesinos que duermen como angelitos, para que usted lo sepa, hermana.

Ella, divertida por la reacción tardía de su jefe, hizo sonar su risita de juguete a cuerda y, también sin volver la cabeza, sentenció:

—No es que esos tengan mala o buena conciencia, oiga, solo que carecen de ella.

—Entonces yo me salvo —se volvió a mirarla—. La tendré mala, pero al menos la tengo.

La hermana iba a contestarle cuando sucedió el accidente. Con gran estruendo, un pequeño camión de mudanzas los chocó por el costado donde iba ella. Aunque el impacto no fue grave, los choferes se bajaron a discutir a los gritos, y justo cuando parecía que la cosa terminaba en candela, apareció una patrulla policial. El Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda sabían que su taxista era el culpable, pues en ese momento se había puesto a contestar un llamado de teléfono. El policía, tras

asomarse y preguntar si había heridos (la hermana y el Tira, aparte del susto estaban ilesos), se llevó a los choferes hacia un lado. Tras una rápida ojeada a los documentos y una filípica tibia, los dejó seguir.

—Y para otra vez más cuidado, coño. ¿Me oyeron?

—Eso se llama cuidar al turista —dijo sarcástico el Tira Gutiérrez cuando emprendieron de nuevo la marcha. Don Alcides no dijo nada, solo movió la cabeza en señal de afirmación. Parecía avergonzado.

Encontraron el hostel en 18 y 23, a casi treinta cuadras de distancia, del hotel. En verdad era una pequeña construcción de material sólido, de dos plantas, que simulaba un castillo medieval. La gente del barrio lo llamaba el Castillito, y los turistas, al verlo, no podían dejar de «tirarle» fotos, como decían los cubanos. Preguntaron si había habitaciones disponibles. Había solo una libre, pero por la tarde se desocupaba otra. Reservaron las dos. Al anochecer pidieron el check out en el hotel y se fueron al Castillito.

Hostal Yenny Lourdes se llamaba, y Yenny Lourdes, la dueña, era una matrona admirable que llevaba dos años luchando contra un cáncer hepático. Producto de la quimioterapia, lucía una calva rosada que no trataba de cubrísela, ni con sombreros, ni con pañuelos multicolores, como hace la mayoría de los enfermos. Pese a su mal, Yenny era dueña de un vozarrón de soprano y una personalidad de diva que desarmaba al más plantado. Y muy ordenada en sus asuntos. Al contrario de la mayoría de estas casas particulares que hacían de hostel, ella llevaba una bitácora rigurosa de sus huéspedes: nombre y número de pasaporte, fecha y hora de llegada y salida. Y si el pasajero o pasajera subía a su habitación alguna visita, ella se encargaba de registrar debidamente sus datos personales.

—Pueden subir una visita diferente cada día si quieren, hombre o mujer —decía mirando a los ojos—, pero no pueden subir de a dos juntas. Esta es una casa decente y no se toleran orgías. Y bajo ningún pretexto se permite la entrada a menores de edad. Esto último es irrevocable.

El hostel tenía cuatro empleadas y un sereno. María, Yanet, Yolaine y Mercedes; Miguel se llamaba el sereno. Después, la hermana Tegualda diría que estas cuatro mujeres eran fanáticas del orden y la limpieza y mantenían el hostel limpio y desinfectado como un quirófano.

El primer día en el hostel averiguaron que Teo, aunque había pagado una semana por adelantado, solo había permanecido cinco días. Las cuatro empleadas lo recordaban como un alojado de pocas palabras. Yolaine dijo que un día el joven le pidió que le lavara un par de camisas, y que le había pagado muy bien. María, la empleada más antigua, dijo que, aunque no hablaba nada y tenía cara de pocos amigos, le pareció un buen ser humano, pues solía compartir su sándwich del desayuno con la perra de la casa. El vigilante nocturno, por su parte, dijo que solo una vez ese joven llegó con visita. Venía con dos mujeres, pero por



orden de la dueña pudo entrar solo a una. Por los datos que le dio el nochero sobre la joven con la que se quedó, se trataba de Dislayna.

—Era una trigueña de tetas impresionantes —le dijo al oído el vigilante al Tira, en un descuido de la hermana.

—¿Después no habrá llegado con una joven de nombre Yasnira?

—No —dijo el vigilante—, en los pocos días que se alojó aquí no trajo más mujeres.

De esas y otras cuestiones más bien domésticas se enteraron esa mañana. También les fue fácil averiguar los lugares en donde Teo almorzaba o cenaba a diario. Y como la idea era recorrer cada uno de los lugares en que hubiera estado el desaparecido, para ir conformando el mapa de su itinerario, al día siguiente el Tira y la hermana fueron a visitar esos locales.

El restorán donde Teo iba a almorzar se llamaba El Farallón y estaba a cuatro cuadras del hostel, en una calle corta sin salida cuya más elocuente seña era un gigantesco árbol plantado en medio del asfalto. Adentro, en el centro del primer comedor, había una pequeña pileta en donde nadaba una docena de tortugas del tamaño de una pelota de *rugby*.

Por las noches, Teo se iba a cenar al restorán El Cimarrón, también relativamente cerca del hostel. La particularidad de este sitio era un caballo blanco de madera, de tamaño natural, parado junto a la puerta; más bien era la mitad de un caballo, pues estaba partido a lo largo; por lo mismo alguna gente nombraba al restorán como El Medio Caballo.

En El Farellón mostraron la foto a las meseras y ninguna recordaba a ese extranjero. En El Cimarrón, en cambio, una de las jóvenes que atendían, una rubia delgada, con rasgos de Julia Roberts y una simpatía apabullante, se acordaba muy bien del joven chileno. La muchacha, que se llamaba Arassay, y que terminó haciendo muy buenas migas con la hermana Tegualda, contó que el muchacho —de mirada furtiva y silencioso, como deben ser los criminales—, a la tercera noche de venir a cenar la había invitado a salir.

Ella le dijo que no, que era casada.

Él insistió y le ofreció doscientos dólares. Ella lo mandó al carajo diciéndole que era un comemienda si se creía que todas las cubanas eran jineteras.

—No sabe usted de la que se salvó por ser una mujer honrada —le dijo con ternura la hermana Tegualda. Y enseguida sintió unos deseos irreprimibles de sacar su Nuevo Testamento y predicarle la palabra del Evangelio ahí mismo. Y es que sucedía que esa misma mañana, desde la ventanilla del taxi de don Alcides, le pareció ver una iglesia evangélica y

se había sorprendido no tanto de encontrar una, sino de su relajó al no haber siquiera pensado, en todos estos días en la isla, que en Cuba pudieran haber hermanos evangélicos.

No le había dicho nada al Tira Gutiérrez, solo sacó su libreta y anotó la dirección.

Al tercer día de estar alojados en el hostel, el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda se habían encariñado con todo el mundo. No solo con la dueña, sino también con sus hijos, con las cuatro empleadas, y hasta con la perra, una quiltra amarilla a la que llamaban Cangreja, pues tras ser atropellada por un vehículo, quedó descolada y caminaba hacia el lado, como los cangrejos.

El jardín del hostel, en vez de las figuras de duendes que se ven normalmente en los jardines, se hallaba sembrado de pequeñas esculturas de indios artísticamente moldeadas en arcilla. Eran estampas de indios nativos del viejo oeste norteamericano: jefes apaches con grandes penachos y pintura de guerra, viejos jefes sioux, sentados con las piernas cruzadas fumando la pipa de la paz, jóvenes guerreros navajos cabalgando en caballos manchados.

Una tarde en que un aguacero universal no dejó salir a nadie a la calle y se quedaron conversando en las mecedoras del antejardín, se enteraron de que la señora Yenny se llamaba en verdad Juana Rita, pero que cuando niña una vecina un tanto bruja convenció a sus padres de que la pequeña era tan hermosa que se merecía un nombre mejor. Yenny debería llamarse, dijo. Y tanto insistió la vecina, y tanto le gustó el nombre a su madre, que comenzaron a llamarla Yenny. Y quedó con ese nombre para toda la vida. El verdadero lo usaba para asuntos legales. Compartiendo unas tazas de té (por recomendación de un amigo, el Tira había llevado varias cajas de té negro, pues en la isla era escaso), se enteraron además de que la matrona había sido bailarina del Ballet Nacional de Cuba y, como toda mujer hermosa y apasionada, tuvo mala suerte en el amor. Había tenido tres matrimonios y ninguno resultó el definitivo. Lo único bueno que le había quedado de esos amores, dijo suspirando, fueron sus hijos. Y solo con la ayuda de ellos, y sus propias manos, había reparado y refaccionado esta propiedad que cuando la compraron era una verdadera ruina. Y que ahora mismo, terminó diciendo Yenny, luchaba por su vida con la misma fuerza y tenacidad con que trabajó para levantar y mantener su hostel, pese a los dolores terribles de su enfermedad.

Al cuarto día de recorrer los lugares donde se suponía que Teo había estado, el Tira y la hermana llegaron al parque John Lennon. Hasta se sacaron fotos en el escaño donde se erigía la estatua del Beatle. Esto porque una de las empleadas del hostel les contó que un día el joven le preguntó cómo llegaba hasta allí.

Como el parque no estaba muy lejos, se fueron caminando. Eran las dos de la tarde y el sol era una piedra ardiendo. El lugar se veía desierto. Sentado pierna arriba en un extremo del escaño, estaba John. Apenas el

Tira y la hermana se sentaron junto a la estatua de bronce, apareció de la nada un anciano con uniforme de guardia portando los lentes redondos de Lennon. El hombrecito se presentó como Juan González, saludó ceremoniosamente y procedió a acomodarle los espejuelos en los agujeritos hechos en las orejas de la estatua. Luego, anunció que ya podían tirarse la foto.

Sin que se le preguntara nada, dijo que tantos anteojos se habían robado que al fin se optó por este método: él estaba allí todo el día cateando a los turistas para ponerle los lentes a la escultura por una propina voluntaria. Como el Tira Gutiérrez fue pródigo en la propina, el guardia les retribuyó con una pequeña charla didáctica: la estatua era obra del escultor cubano José Ramón Villa Soberón y había sido develada al cumplirse veinte años del asesinato del artista, con un multitudinario concierto. Incluso había asistido el comandante Fidel Castro. Dijo que la obra era una reivindicación al conjunto inglés por los años en que su música estuvo prohibida en Cuba. Contó que la gente le traía flores y otra clase de regalos, o venían con guitarras para cantarle alguna de sus canciones. Y había quienes solo se sentaban a su lado, como se sentarían junto a un amigo, a conversarle sobre su vida.

Antes de retirarse, el Tira Gutiérrez agradeció al hombrecito y luego le mostró la foto de Teo. ¿Se acuerda si él estuvo por aquí? El hombre, mientras buscaba sus lentes de aumento, iba diciendo que eran tantos los turistas que veía a diario que no creía que se acordara de alguno en especial. Sin embargo, al calarse sus lentes y observar la foto dijo que de él sí se acordaba.

—¿Por qué precisamente de él? —preguntó el Tira.

—Porque sentado junto a la estatua se puso a llorar como un niño.

—¿Habló con él? ¿Le dijo algo?

—Nada. Solo lloraba.

Hacia el atardecer de ese día, ya de vuelta en el hostel, mientras la hermana conversaba con la señora Yenny y su hija, y el Tira, en una mecedora cerca de la puerta se refocilaba poniendo atención a los pregoneros que pasaban por la calle —¡Reparo forros y colchones! ¡Reparo paraguas! ¡Compro pomos de perfume!— a la hermana Tegualda se le ocurrió hacer una pregunta que sería clave para dilucidar el caso:

—¿Quién es el artista de estas esculturas? —dijo, apuntando a las figuras de los indios que adornaban el jardín.

Ahí fue que se enteraron de que la matrona, además de sus dos hijos que vivían con ella, tenía un tercero, Carlos, que venía siendo algo así como la oveja negra de la familia.

—Él es el artista —dijo Lourdes.

—Es que sabe qué, señora Yenny —dijo la hermana, visiblemente cautivada por las figuras—, estas pequeñas esculturas son verdaderas obras de arte. Yo creo que deberían estar en un museo. O no sé, exhibirse en alguna parte. En una galería de arte, por ejemplo.

Después, conversando con Janet, una de las empleadas, supieron que Carlos era un tipo extraño, que además de llevarse la vida moldeando indios, él mismo se había transformado en una especie de indio piel roja. Se había dejado crecer el pelo hasta la cintura y se lo afirmaba con un cintillo al estilo apache.

Carlos vive en la playa Santa María —informó la mujer—. Ahí tiene su taller. Muy de tarde en tarde viene a ver a su madre. Es una especie de ermitaño.

Por boca de la misma empleada supieron que Teo había desaparecido el día después de la última vez que el escultor se apareciera a ver a su madre. Dijo que en los días que llevaba en el hostel, el joven no había cruzado más de una frase con nadie y en cambio con Carlos se pasó toda esa tarde antes de desaparecer, hablando en el jardín.

—Yo creo que él puede saber algo más de su amigo desaparecido.

—Tendríamos que ir a visitar al escultor —dijo a la hermana el Tira Gutiérrez— tal vez a él Teo le dijo algo que nos pueda dar alguna pista sobre su paradero.

Al día siguiente, luego del desayuno, llamaron a Geraldo y le pidieron que los llevara a Santa María. Lourdes les dio la dirección de la casa de su hermano artista.

Santa María era parte del Municipio de La Habana del Este. Alejada de la playa, la casa de Carlos se alzaba en medio de un amplio terreno preñado de árboles frutales: mango, mamey, chirimoya, limón, aguacate, guayaba. Con ayuda de su madre, el escultor había construido dos habitaciones para rentar. Pero llegaba muy poca gente, pues de la casa a la playa había casi un kilómetro y medio.

Cuando el Tira y la hermana se presentaron y dijeron venir desde el hostel de su madre, Carlos y su mujer los recibieron cordialmente. Él, además de una cabellera negra, suelta, al estilo apache, lucía una serie de adornos indígenas colgados al pecho. Y fumaba un habano con la gravedad de los grandes jefes indios fumando la pipa de la paz. Y era un gran conversador. Al poco rato de llegar, ya estaban todos —Carlos y su mujer, el Tira y la hermana— enfrascados en una entretenida charla en el jardín.

Carlos tenía cuarenta y dos años de edad. Había egresado de la Academia de Bellas Artes San Alejandro y la mayor parte de su obra estaba inspirada en los indios del norte de los Estados Unidos y de Canadá. Respondiendo a una pregunta de la hermana Tegalda, Carlos dijo que su fascinación por estos indígenas le venía desde la infancia. Sus tribus favoritas eran los sioux, los cheyennes y los apaches. Y los jefes a quienes más admiraba eran Gerónimo, Toro Sentado y Caballo Loco, de quienes había estudiado concienzudamente su historia e investigado sus vidas a fondo.

—Ahora comprendo por qué los rostros de sus indios resultan tan verídicos y convincentes —dijo la hermana.

Con una risa gruesa y áspera («Así imagino la risa del jefe Toro Sentado», dijo la hermana después), Carlos contó que él había sido el primer punk aparecido en La Habana. Después de salir de la Academia, en los difíciles años noventa, se puso a trabajar en una ponchera —taller de vulcanización en Chile, tradujo el Tira para su asistente—, y cada fin de semana que salía a divertirse, era detenido, esposado y llevado irremediabilmente a las estaciones de policía. Todo por su facha estrambótica.

—Creo que soy el cubano que ha estado más veces detenido sin motivo alguno —dijo exhalando el humo azul de su habano—. Solo por vestirme como me gusta.

Nunca su arte había sido reconocido por los organismos culturales, ni por los artistas de la isla. Nunca le hicieron una entrevista en medio alguno y en su vida llevaba vendidas apenas tres obras: la primera, a

una turista canadiense; la segunda, a una española bailaora de flamenco; y la tercera, a un artista chino que se llevó una colección completa de calaveras. Carlos creía que este último se las llevó para hacerlas pasar en su país como si fueran obras de su autoría. Pero eso a él no le interesaba. Ni siquiera firmaba sus obras.

—Yo soy un libre —repetía.

Para vivir, Carlos moldeaba calaveras y unas duendísticas botas de barro que bien podían servir como maceteros, las más grandes, o de portalápices y ceniceros las más pequeñas, y las iba a vender a una feria de verduras. Esto, aparte de lo que le aportaba su madre en los momentos de crisis, y lo poco y nada que sacaba de vez en cuando de rentar alguna de las dos habitaciones.

—Ahora mismo —les dijo— tengo albergado a un compatriota suyo.

El Tira y la hermana se miraron.

—¿Y está ahora el compatriota? —trató de ser natural la hermana.

—Sí, ahora mismo se está duchando, pero ya viene a compartir con nosotros —dijo la mujer de Carlos.

En esos momentos se hallaban conversando sentados en una especie de terraza a la sombra de los flamboyanes, tomándose unos rones y sumergidos en el aura azulina del humo del habano, que Carlos fumaba sin parar.

Entre tanto aparecía el compatriota, Carlos contó que lo había conocido en el hostel de su madre y que se habían hecho amigos. Los dos eran lobos solitarios, los dos eran rebeldes. Y como Teo le dijo que andaba buscando un lugar tranquilo para quedarse, él le ofreció su casa, donde tenía un par de habitaciones para rentar.

Cuando apareció Teo en el jardín, el Tira y la hermana se sorprendieron. No porque fuera Teo, sino porque no parecía ser el mismo de la foto. Daba la impresión de haber envejecido súbitamente unos diez años. Sus redondos ojos transparentes, que certificaban que era él, se veían circundados por grandes ojeras oscuras. Cuando los visitantes se presentaron y dijeron que eran chilenos y de Antofagasta, el sorprendido fue Teo.

Los miró asustado.

Luego, tratando de parecer natural, preguntó, tragando saliva:

—Seguro deben de conocer a mi familia. O por lo menos haber oído hablar de ella.

—Por supuesto —dijo la hermana—. En Antofagasta todo el mundo sabe quién es su padre.

Entonces el Tira se paró, pidió permiso a los dueños de casa y se llevó a Teo a un rincón del jardín. Le dijo que venían enviados por su padre con la misión de encontrarlo y que ellos, tanto como su progenitor, estaban enterados de todo: del asesinato de la muchacha y de su acto de canibalismo.

—Su padre estuvo una semana aquí en La Habana buscándolo —se les unió la hermana.

Teo los miraba a ambos con una expresión que no se sabía si era de agrado o de miedo, o de ambas cosas a la vez. Gesticulaba y hablaba como a punto de largarse a llorar. Ni él mismo sabía si estaba feliz o triste de que lo hubieran encontrado. Con los ojos llorosos preguntó cómo habían dado con él.

—Somos investigadores privados —dijo el Tira, no sin cierto orgullo.

—Llevamos más de una semana buscándolo —agregó la hermana.

Luego, el Tira le preguntó si quería hablar a solas o delante de Carlos y su mujer. Al Tira Gutiérrez le gustaba decir que los hombres se dividen en dos clases: los que para sincerarse necesitan ser picaneados —con esas picanas eléctricas de los tiempos de Pinochet— y los que solo necesitan de un carbonero, como decían los viejos en la pampa, aludiendo a esas prehistóricas locomotoras que funcionaban a carbón. En este caso el Tira actuó de carbonero y Teo no demoró ni cinco minutos en decir que estaba bien, que les contaría cómo fue que se enredó en este crimen. Y que lo haría delante de los dueños de casa, que eran gente muy buena, que lo habían tratado muy bien y por lo tanto les debía una explicación.

—Es mejor que se enteren ahora mismo y por mi boca —dijo.

Al volver a la mesa, Teo pidió disculpas a Carlos y a su mujer por no haberles contado lo que ahora iban a oír. Comenzó diciendo que era buscado por la policía como sospechoso de dar muerte a una joven jinetera llamada Yasnira. Pero yo no la maté. Se los juro. Eso quiero dejarlo en claro desde el principio. Es cierto que... hice lo que hice con algunas partes de su cuerpo, dijo compungido, pero yo la hallé muerta en la habitación de la casa de citas donde acostumbrábamos a vernos.

—¿Por qué no comienzas por el principio, muchacho? —interrumpió el Tira—. Es más simple.

En ese momento, la mujer de Carlos se paró de la mesa para regañar a un hombrecito que se había metido hasta el mismo jardín pregonando antenas de televisión. Al volver a su silla, pidió disculpas por la



interrupción. Carlos entonces encendió el habano que se le había apagado, la hermana cambió de hombro su moña, el Tira se cruzó de piernas, y Teo se mandó un trago de ron, se sonó las narices con un pañuelo de papel y comenzó a contar su versión de los hechos.

A los cinco días de haber llegado a La Habana, Teo ya había decidido que no se matricularía en la escuela de cine. Se tomaría todo ese primer año para pasarla bien. Una especie de año sabático. Esto fue tras haber conocido a Yasnira. La vio por primera vez en el malecón. Era sábado y el malecón bullía de jóvenes bebiendo ron, fumando marihuana, tocando guitarra, cantando, bailando, besándose, haciendo el amor con ropa. Eran kilómetros de jóvenes pasándola bien en una larga fiesta al aire libre, con un esplendente paisaje de fondo.

Entre todas las muchachas que vio aquella noche, la que más llamó su atención fue una rubia que blandía una botella de ron, mientras movía los brazos histriónicamente y charlaba y reía y brindaba con una amiga. Era de una belleza que quitaba el aliento. La abordó. La joven se llamaba Yasnira, sonreía como una maga, tenía los ojos de un azul eléctrico y una simpatía que desbordaba el muro del malecón. Se lo dijo y ella rio de buena gana, sin un asomo de presunción. Su enamoramiento fue súbito. Y no especialmente por su belleza o por sus pechos enhiestos, que lo alucinaron a primera vista, sino porque notó desde el comienzo que era una muchacha con la que se podía promover cualquier tipo de conversación, como lo comprobó esa misma noche. Otro punto a su favor fue que Yasnira no llevaba su teléfono en la mano como las demás muchachas que ostentan su aparato de última generación que solo les sirve para hablar y tirar fotos, ya que en Cuba aún no había acceso a internet.

Yasnira, según le dijo después, no era muy asidua a ir al malecón. Yo cuadro mis jugadas por otros lados, dijo. Ese día nada más andaba acompañando a una amiga que celebraba su cumpleaños. Cumplía dieciséis. ¿Y tú qué edad tienes?, le preguntó él. Hace un mes cumplí mi mayoría de edad, dijo ella. Luego de conversar un rato con ambas, sentado en el «sofá más largo del mundo», como los cubanos llamaban al malecón, luego de tomarse unos tragos de ron, de brindar a cada rato por la cumpleañera y de comprar cucuruchos de maní tostado que le pidió Yasnira —soy adicta al maní tostado, dijo—, a las doce de la noche decidieron irse.

—Es la hora ideal para irse —dijo él.

—¿Por qué? —lo miraron riendo ellas.

—Porque es la hora de la Cenicienta —dijo él—. La hora perfecta para comenzar un buen cuento entre un hombre y una mujer.

—Nosotras sabemos el anticuento de la Cenicienta —dijeron sonriendo las amigas.

—Ya lo quiero oír —dijo Teo.

Las dos muchachas corearon muertas de risa:

—El príncipe era tan feo que la Cenicienta se fue a las once y media.

En el taxi todavía iban riendo. Luego de dejar a su amiga, Teo convenció a Yasnira de que lo acompañara al hotel. Ella le dijo que claro que sí, chico, pero que primero cuadraran la jugada: ella cobraba cien dólares. Él ya lo había intuido, de modo que no se sorprendió. Aceptó. Ella entonces dijo que al hotel no la dejarían entrar, pues le había mentado: aún era menor de edad. Le faltaba un mes para cumplir los dieciocho. Y le propuso que se fueran a un clandestino que ella conocía. Queda cerca de mi casa, dijo. Y para allá se fueron.

Ese día él se enteró de que en Cuba, por decreto, no existe la prostitución, y por lo tanto, no hay burdeles ni moteles, de modo que muchas casas particulares arriendan piezas por horas para que las parejas se desfoguen. Algunas son casas de familia, cómodas y limpias, otras dejan mucho que desear, como resultó ser el clandestino donde lo llevó Yasnira. Era un edificio oscuro, lleno de cucarachas y había que subir una larga escalera en penumbras. En la tercera planta se hallaban las habitaciones. El dueño era un hombrecito turnio, que olía a sopa de ayer y llamaba «princesa» a Yasnira.

Ella le contó que el tipo siempre le reservaba la única habitación que contaba con baño privado y un antiquísimo aparato de televisión de los años setenta. Y, lo mejor de todo, tenía un espejo de cuerpo entero, de luna descascarada, dispuesto a un costado de la cama.

«Está enamorado de mí», dijo ella, riendo.

Esa primera noche fue de cuento. Pese a lo inmundo del cuchitril, la belleza y la alegría que irradiaba ella, eclipsaron toda la porquería del ambiente. Pasaron dos horas memorables. Lo mejor de todo fue que a ella no le molestaba que la mordiera —al contrario, parecía enardecerla—, de modo que él la mordió a su regalado gusto, dejándole la marca de sus dientes a todo lo largo de su cuerpo perfecto. Después, en la sobrecama, hablaron de lo humano y lo divino, se rieron como niños y cada uno se fue con dos orgasmos. Como dijo ella: «uno en el cuerpo y el otro en el alma».

Esa primera vez, él le pagó el doble de la tarifa acordada. Intercambiaron números de teléfono y siguieron viéndose en los días posteriores. Ella ya no le cobraba. Él le dejaba dinero casi a la fuerza. Aunque ya no solo se juntaban para singar, sino que iban al cine, se paseaban de la mano por los recovecos de La Habana que él no conocía. Y fue ella, luego de saber que él era fanático de los Beatles, quien lo llevó al Submarino Amarillo, bar donde cada noche tocaba un grupo de *rock* distinto en tributo a los muchachos de Liverpool. Allí

recalaban casi todas las noches después de hacer el amor en el clandestino. Ella le había advertido que si los paraba un policía — cuestión que ocurrió un par de veces—, debía decirles que eran novios, esa era la única forma de que a ella no se la llevaran detenida por asedio al turista. Y en verdad parecían una pareja de enamorados común y corriente.

A veces ella le pedía que le hablara de su país y él le decía aquello de que Chile era como un largo y angosto vertedero en donde Dios, luego de crear al mundo, había amontonado los materiales sobrantes, de modo que en esa franja de tierra había desiertos, mares, valles, montañas, volcanes, nieve, praderas, lagos, ríos, islas, archipiélagos, hielo, etc., etc.

—Mi país —decía— es un muestrario de siete mil kilómetros de largo de puros retazos naturales.

Ella se quedaba oyéndolo embobada. Después, generalmente al terminar un coito, con la cabeza apoyada en su hombro, le ronroneaba que por qué no se la llevaba a su país. Él solo sonreía y la besaba. Ya veremos más adelante, decía. Ella le juraba a cada rato su amor y él aún no se daba real cuenta de lo enamorado que estaba. Hasta que una noche se dejó convencer. Que se la llevaría a Chile, le dijo. Le pasó algunos dólares para que comenzara con los trámites burocráticos. Al otro día Yasnira desapareció. No iba al clandestino. No llamaba ni respondía el teléfono. Al tercer día, desesperado, abandonó el hotel y se fue a buscar un hostel que quedara cerca del clandestino. Encontró el hostel Yenny Lourdes. Se alojó ahí y cada noche caminaba las cinco cuadras hasta el clandestino y se plantaba en la esquina a vigilar, por si se aparecía ella con algún turista.

Yasnira estuvo una semana entera sin dar señales de vida. En ese intertanto, de puro resentimiento, él se metió con una jinetera que conoció en el Tocaroro. La llevó al hostel, allí no tenía problemas en entrar mujeres, siempre y cuando fueran mayores de edad.

Nueve días después apareció Yasnira. No quiso contar qué le había ocurrido. Pero algo en sus ojos había cambiado, como si esas dos llamaradas azules se le hubiesen apagado. Su mirada transmitía algo parecido al miedo. Él le preguntó si había hecho los papeleos para salir del país. Ella dijo que los estaba haciendo, que solo le faltaba un par de firmas. Aunque retomaron los encuentros en el clandestino, ella le pidió que no llegaran juntos. Tampoco aceptaba sus invitaciones a salir como novios. Él preguntó por qué. Ella no contestó (ahora se daba cuenta de que lo hacía por protegerlo). Como el hombre del clandestino la dejaba hacer, ella llegaba antes y lo esperaba en la pieza que habían hecho suya. Al llegar, él la hallaba desnuda y con la televisión encendida. Tal cual la halló esa última vez.

Yasnira lo había llamado como a las nueve de la noche. Que necesitaba verlo urgente. Que lo esperaba donde siempre. Al llegar y terminar de

subir las escaleras, el dueño, siempre en *short* y camiseta, le indicó con un gesto que lo estaban esperando. La puerta de la habitación se encontraba entrejunta y dentro se oía un programa de noticias en la tele.

Al entrar se encontró con el cuadro:

Yasnira estaba desnuda, tirada de espalda en la cama, sobre las sábanas estilando en sangre. Tenía la huella de una puñalada en el corazón y le habían picado la cara de estocadas.

Su primer pensamiento fue salir corriendo a avisarle al dueño, pero se contuvo. Se acercó a la cama a comprobar si estaba realmente muerta. Aunque su cuerpo aún se sentía tibio, no había dudas: estaba muerta. Entonces, en vez de salir pidiendo que llamaran a una ambulancia o a la policía, se puso a registrar la habitación por si encontraba algo, no sabía qué. Pero todo estaba en orden: la lámpara de luz roja encendida, el preservativo en el cajón de la mesita de luz; en el baño la ropa de Yasnira pulcramente doblada sobre un pisito, como acostumbraba a dejarla ella y todas las jineteras con las que se había metido; ellas cuidaban su ropa con esmero, como un militar cuida su uniforme de gala. De pronto tuvo un segundo de lucidez:

¡El teléfono!

Tenía que encontrar el teléfono. Ahí estaba su número y varias selfies con Yasnira. Si la policía lo encontraba sería el primer sospechoso. Tras revisar en su cartera, que se hallaba intacta sobre la silla, tras registrar en la mesita de luz, entre las sábanas, debajo del cuerpo de Yasnira, debajo de la cama, no lo encontró por ninguna parte. De golpe reaccionó. Era un imbécil. Tomó su teléfono y marcó el número de Yasnira, era lo primero que debería de haber hecho. Con el corazón latiéndole a mil, aguzó el oído. Una grabación le dijo que el número no estaba disponible.

Guardó su teléfono. Respiró hondo varias veces y se quedó de pie junto a la cama, sin mover un solo músculo. Obnubilado completamente. Así estuvo un largo rato mirando el cuerpo de Yasnira, contemplándolo, como en guardia de honor, como en vigilia ante un ídolo sagrado, sin poder creer lo que estaba viendo, lo que estaba viviendo. Su mente comenzó a repasar escenas del libro sobre asesinos caníbales que llevaba a todas partes, en especial del capítulo de un japonés que, en París, asesinó y se comió a una muchacha de la cual se había enamorado hasta la obsesión. Mucho tiempo llevaba soñando con emularlo. Pero él carecía del instinto para matar. Ahora alguien lo había hecho por él. Estaba todo dado para cumplir su fantasía de comer el cuerpo de la mujer amada.

Y de ese modo, sin darse mucha cuenta, su exaltación emocional se fue convirtiendo en excitación sexual, tanto que, en un momento de arrebató, sin poder contenerse, tentado por la vista de esos pezones

finos, rosados, que era lo mejor que tenía Yasnira, comenzó a rozarlos, a oprimirlos, a besarlos, a succionarlos, a mordisquearlos cada vez más fuerte, hasta que, descontrolado, perdida totalmente la razón, se los arrancó de cuajo con los dientes y se los comió crudos, masticándolos bestialmente. Después hizo lo mismo con los lóbulos de las orejas. Siempre tratando de emular al japonés —aunque este había usado un cuchillo eléctrico—, le cercenó el ombligo con el corvillo de su cortauñas, de la misma forma que se hace con el corazón de una fruta. Luego, sentado al borde de la cama, frente al espejo de luna oxidada, viendo con una mezcla de horror y placer cómo de su boca chorreaba la sangre, se afanó en extirparle el clítoris con los dientes, pero no pudo y terminó vomitando estruendosamente en el baño, hecho que lo hizo volver en sí y darse cuenta de lo que había hecho. Horrorizado de sí mismo, volvió a la cama y lloró largo rato sentado junto al cadáver de la joven. Luego, se asomó a la puerta y, tras esperar un descuido del dueño, con los zapatos en la mano se lanzó escaleras abajo, salió del edificio y se perdió en la oscuridad de la noche.

Mientras contaba su versión, Teo no había dejado de lloriquear y sonarse los mocos una y otra vez. Tienen que creerme, repetía. Yo no maté a Yasnira. Se los juro. Incluso, contra todo lo razonable, contra lo que dijeran mi padres, había decidido llevármela conmigo a Chile. Y ella estaba feliz.

No llevaban dos horas en la casa de la playa cuando la hermana Tegualda, conversando con la mujer del escultor al otro extremo de la mesa, dijo algo que alertó al Tira Gutiérrez. No captó bien a propósito de qué asunto le oyó decir a su asistente que a diferencia de las ciudades de Chile, en donde en cada cuadra había parejas de carabineros —a pie, en bicicleta, en moto, en autopatrullas y hasta a caballo—, le había sorprendido el hecho de que en las calles de La Habana casi no se veían policías. Por lo menos ella no los había visto, excepto cuando tuvieron algún problema, porque entonces aparecieron como por arte de birlibirloque, como decía su abuelo.

—Repita eso, por favor, hermana —le pidió perentoriamente el Tira desde la esquina opuesta de la mesa.

La hermana Tegualda se lo quedó viendo preocupada. ¿Habría dicho algo fuera de tono?

—Dije que cada vez que hemos tenido algún inconveniente ha aparecido un policía de la nada, como si fuera el Chapulín Colorado. ¿O acaso no se ha dado cuenta, usted, oiga?

El Tira Gutiérrez dio un respingo en la silla.

—¡Hermana, por la pollerita de Cristo, tenía que haber dicho eso antes!

Y se puso de pie y le dijo a Teo que tenían que salir de ahí de inmediato. Todavía no terminaba de decirlo cuando se oyó ruido de sirenas y frenazos de vehículos, seguido por la irrupción de un destacamento de policías que a los gritos de ¡todos los comemienda al suelo! se tomó la casa por asalto. Junto a ellos, revólver en mano, estaba el hombrecito que se había metido al jardín pregonando antenas de televisión. Y lo que debió de sorprender más al Tira y a la hermana, pero que no los sorprendió en absoluto, fue que entre los policías venía también —sombrecito de gondolero, pucho en la boca y armado de una pistola oficial— el taxista don Alcides.

Allanaron la casa, la pusieron patas arriba. Buscaban el arma del crimen, que aún no se había hallado. Le preguntaban a gritos a Teo que dónde tenía el puñal. Teo respondía asustado que jamás había tenido puñal, o cuchillo, o lo que fuera. Iba a decirles que solo llevaba encima un cortauñas, pero recordó que con el cuchillito del adminículo había extirpado el ombligo de la muchacha y sintió miedo. Cuando lo sacaban esposado de la casa lo único que repetía era que avisaran a su padre. Por favor, avise a mi padre, decía mirando al Tira y a la hermana, sin

darse cuenta de que a ellos también, junto a Carlos y a su mujer, los llevaban esposados en otro de los patrullas.

Al ruido de las sirenas, afuera se había congregado un grupo de personas que miraban con desconcierto cómo detenían a los dueños de casa, mientras algunos, sobre todo mujeres, gritaban que dejaran en paz a esas personas, aludiendo a Carlos y a su mujer.

—¡Esa gente es más buena que el pan, coño!

En el vehículo policial, el Tira Gutiérrez se fue rezongando que cómo carajo había podido ser tan imbécil. Ahora se daba cuenta de por qué la policía aparecía de la nada para ayudarlos cada vez que se enredaban en un lío.

—Lo que hacían era allanarnos el camino para que los lleváramos al escondite del prófugo —dijo la hermana.

—Desde el primer día supieron a qué veníamos a La Habana —se sopló el mechón blanco el Tira—. Por eso nos vigilaban todo el tiempo.

Casi al anochecer salieron de la unidad policial. Al Tira Gutiérrez y a la hermana Tegualda los dejaron ir porque no habían cometido ningún ilícito, y a Carlos y a su mujer porque ellos no sabían quién era Teo.

Ya en el hostel, lo primero que hizo la hermana, a petición del Tira, fue llamar a Chile para informar del hallazgo de Teo y del suceso con la policía. Al rato la abogada llamó para anunciar que se había comunicado con el padre del joven —por esos días en viaje de negocio por Europa—, y que este llegaría a La Habana el lunes 1 de septiembre. Dijo que por orden de su jefe, ella también viajaría. Estaré por allá el domingo por la tarde, agregó. Que mientras tanto ellos se pusieran en contacto con el embajador de Chile y le informaran todos los detalles de la detención de Teo.

La hermana Tegualda se comunicó con la embajada. Una secretaria le informó que el señor embajador andaba en México y que llegaría el domingo a mediodía. La hermana le explicó de qué se trataba el asunto y la mujer dijo que se acordaba perfectamente del señor Parson, y se comprometió mientras tanto a llamar al señor embajador y ponerlo al corriente de todo.

Al atardecer, después de una ducha, sentados en una de las mecedoras del jardín, el lugar más fresco del hostel, el Tira Gutiérrez dijo que la misión estaba cumplida.

—Cómo que cumplida —dijo la hermana.

—Así es, mi querida Watson —dijo satisfecho el Tira—. A nosotros nos contrataron para encontrar a Teo, y ya lo encontramos. Como dice esa doctora media loca y con voz de cacatúa de la tele: ¡Caso cerrado! Falta



dar el puro martillazo en la mesa. Ahora podremos dedicarnos a turistar y pasarla bien, tenemos tres días antes de que llegue el padre del chico.

—Vamos, oiga, no sea cínico, yo sé que usted se muere también por saber quién realmente mató a la muchacha.

—No me diga, hermana, que usted le cree a nuestro Hannibal que él no la mató.

—Pura corazonada, caballero. En el fondo me da mucha pena el joven, por eso me gustaría ayudarlo.

—¿Aunque sea un caníbal?

—El pobre es enfermo. Necesita un tratamiento psiquiátrico.

—De los violadores también se dice que son enfermos —la miró por lo bajo el Tira, esperando de vuelta una filípica bíblica.

Ella acusó el golpe, pero no dijo nada.

—Mire, hermana, nadie nos ha encargado que resolvamos el asesinato —trató de irse por el alambre el Tira—. Tendríamos que hacerlo por cuenta nuestra. O sea, no cobraríamos ni un peso. Además, no se olvide de que estamos en un país que no es el nuestro y la policía podría acusarnos de obstrucción a la justicia. Eso por no decir nada del peligro que implicaría introducirnos en ese submundo de chulos y jineteras.

Ella se lo quedó mirando.

Ahora sí viene la filípica evangélica, se dijo el Tira. Cuando ella no dijo nada, él cayó en la cuenta de que la hermana Tegalda hacía rato que no citaba uno de sus versículos bíblicos; ni siquiera como *vade retro* cuando él le echaba los perros. Y eso lo inquietó aún más. Dejó pasar un buen rato, tal si estuviera meditando hondamente, luego, en un gesto de resignación, se sopló su mechón blanco.

—Ya, está bien, hermana —dijo el Tira—, ayudemos al prójimo, seamos buenos samaritanos, hagamos el bien sin mirar a quién, etc., etc.

Ella suspiró.

—No esperaba menos de usted, caballero.

Discutieron un rato sobre cómo lo iban a hacer, por dónde empezarían la investigación. Coincidieron en que había tres pasos a seguir: primero, averiguar con la policía detalles del crimen; segundo, recorrer redacciones de diarios por si averiguaban algo no oficial con los periodistas; tercero, ir de todas maneras a conversar con el dueño del

clandestino en donde se cometió el crimen, y si fuera posible, ver la habitación en que mataron a la chica.

Como tenían solo tres días antes de que llegara el padre de Teo, para ganar tiempo, decidieron dividir el trabajo: ella iría a los diarios a ver qué podía sonsacarle a los periodistas, y él se encargaría de averiguar detalles del crimen con la policía. Luego, irían juntos a ver al dueño de la casa de citas clandestina.

Después, el Tira Gutiérrez lo pensó mejor y dijo que, en vez de ir a la estación de policía, llamaría a don Alcides para proponerle un encuentro y conversar sobre el tema. Él tenía que saber detalles sobre el crimen que pudieran ayudarlos. Como se habían hecho amigos, o eso era al menos lo que él creía, seguro que el hombre no tendría problemas en juntarse con él. Esa misma noche, el Tira Gutiérrez lo llamó y le pidió encontrarse a conversar.

—Usted me dice dónde y cuándo.

Con su lenguaje recargado, don Alcides lo citó para el día siguiente «a las once a eme, mi amigo», en el Café París.

En esos instantes anochecía en La Habana. Desde la tarde el cielo se venía encapotando de nubes negras. De súbito, la conversación en el jardín fue interrumpida por un aguacero de los más fuertes que el Tira y la hermana habían vivido en la isla. En cuatro minutos las calles quedaron convertidas en ríos torrentosos.

—Como para probar balsas —dijo el Tira.

—Esto es un diluvio bíblico —se preocupó la hermana. Aunque ya se había visto en días anteriores que a los diez minutos de escampar estos chaparrones inverosímiles, las calles aparecían como si nunca hubiese caído una gota de agua.

De pronto, como si la alusión a la Biblia le hubiese recordado algo, la hermana dijo que apenas terminara de llover, ella iba a salir un rato. El Tira le preguntó a dónde. Ella no se lo quiso decir. Si la podía acompañar, insistió el Tira. La hermana dijo que no, que a donde iba necesitaba ir sola.

Sucedía que luego de ver tanta concupiscencia en los lugares nocturnos a los que había entrado, después de percibir tanta desdicha en el alma de las jóvenes jinetas —por más que se mostraran alegres y hermosas—, y sobre todo, luego de oír la monstruosidad que contó Teo sobre el hecho de comer partes del cadáver de la muchacha, el espíritu de la hermana se sentía un tanto alicaído. Necesitaba con urgencia orar al Señor. Aunque ella predicaba que para orar no se necesitaba el abrigo de un templo, ni la presencia de un altar, ni la estampa de yeso de una imagen sagrada, sino que se podía hacer en el rincón más humilde del propio hogar, o a la intemperie de cualquier desierto, mar, valle o

montaña —Dios estaba en el cielo, en la tierra y en todo lugar—, por esta vez sentía la necesidad perentoria de entrar a una casa de Dios y doblar sus rodillas. Su espíritu lo necesitaba. Aunque no era Pentecostal la iglesia que había visto a solo seis cuadras hacia el mar, iría a ver si esa noche se oficiaba culto. Si no era así, pediría a los encargados del templo que la dejaran entrar un rato, nada más que para ponerse de hinojos a los pies de su Señor Dios Omnipotente y aliviar su espíritu de tanta contrición, así más no fuera en la última fila de bancas.

Un poco más tarde, ya escampada la lluvia, llegó Carlos al hostel. Venía a tranquilizar a su madre, que se hallaba inquieta por lo ocurrido y, además, le traía al Tira Gutiérrez el libro que Teo siempre llevaba consigo. Dijo que su mujer lo encontró en el librero de la salita. Teo lo había dejado ahí, a la vista de todos.

—Ya se sabe que ese es el mejor modo de esconder algo —dijo.

El libro se llamaba *Asesinos caníbales*, su autora era Moira Martingale. Y el capítulo dedicado al estudiante japonés Issei Sagawa, del cual Teo había hecho su modelo a seguir, se veía marcado, subrayado y lleno de acotaciones, exclamaciones e interrogaciones al margen.

Issei Sagawa, el canibal japonés, era de baja estatura, apenas un metro y cincuenta centímetros. Sus manos y sus pies eran extremadamente pequeños, y tenía voz de mujer. Por lo mismo, conocedor de su falta de atractivo físico y de su gran timidez, estaba obsesionado con tener a su lado a la mujer perfecta.

Mientras estudiaba literatura inglesa en la Universidad de Wako, en Tokio, conoció a una muchacha europea que daba clases de idiomas. Era su fantasía hecha carne. Un día de verano, se metió a través de la ventana a su departamento sin tener claro qué iba a hacer. La joven dormía con una ropa interior muy pequeña y él perdió los estribos. Comenzó a buscar algo para golpearla y aturdira. Sin embargo, la mujer despertó y sus gritos lo hicieron huir.

En 1981, Issei Sagawa viajó a Europa a estudiar en el Censier Institute de París. Allí conoció a una joven holandesa, alta, rubia, bonita. Se llamaba Renée Harteveld. En sus declaraciones señaló que cuando se sentó a su lado en clase, se enamoró de ella al instante y se pasaba los días sin dejar de pensar en la piel blanca de sus brazos. Era la mujer perfecta para lo que tenía en mente. Se dijo que ahora debía ser más cuidadoso y preparar un plan. Sagawa, a esas alturas ya había comenzado a creer que el amor que sentía por las mujeres que le gustaban solo podía demostrarlo comiéndoselas.

Renée Harteveld tenía veinticinco años, hablaba tres idiomas y le esperaba un futuro prominente, su objetivo era obtener un doctorado en literatura francesa. Sagawa le pidió que le enseñara alemán. Le dijo que su padre era multimillonario y podría pagarle cualquier sueldo. Lo que era verdad. Ella aceptó. Pese a que su amigo japonés se veía demasiado pequeño a su lado y tenía rasgos femeninos, además de cojear, Renée salía a menudo con él, incluso a veces lo invitaba a su departamento a tomar el té. Sus continuas salidas con la joven le dieron a Sagawa un sentido más real a sus fantasías caníbales.

La primera vez que invitó a Renée a cenar a su apartamento, Sagawa le pidió que le leyera un poema de un escritor alemán. Cuando la rubia se fue, Sagawa pasó largo rato oliendo y lamiendo el lugar donde ella se había sentado. Ahí fue que juró que se la comería entera. Esa era la única forma de poseerla para siempre. A los pocos días volvió a invitarla. La hizo sentar en el suelo, al estilo japonés y le ofreció una taza de té en la que mezcló un poco de *whisky* para volverla más accesible. Hablaron largo rato. Creyendo que el licor ya habría hecho su efecto, Sagawa le declaró su amor y trató de llevarla a la cama. Ella lo rechazó rotundamente. Solo quería ser su amiga. Sagawa se desconcertó. Tratando de parecer natural, fue a su alcoba y trajo un

libro de poemas para que ella lo leyera, mientras grababa su voz. En tanto ella leía, le disparó en la nuca con un rifle calibre 22 que había comprado al llegar a París. Luego, procedió a desvestir el cadáver. Se sentía contento: ella no podría ya negarle su amor. Ahora le pertenecía por completo. Con un cuchillo le cortó el pezón izquierdo y un pedazo de nariz para comerlos. Después seleccionó las nalgas, pero las encontró difíciles de morder. En su grabadora describió paso a paso su macabro ritual. A la grasa que salía por los cortes la describió «de consistencia y apariencia del maíz amarillo». Al olerla encontró que no tenía ningún olor. Siguió cortando para encontrar la carne más profunda. Puso dos filetes en su boca. «Su sabor —grabó— es como un rico pescado crudo similar al *sushi*. No he comido nada más delicioso». Se encontraba feliz de haber cumplido su fantasía. Usando un cuchillo eléctrico empezó a cortar a Renée en partes. Hizo varios filetes para mordisquearlos crudos, el resto lo guardó en su refrigerador. Preparó una comida rápida de carne humana frita con mostaza. Tomó fotografías del cadáver mutilado y luego tuvo relaciones sexuales con lo que quedaba del cuerpo. «Cuando yo la abrazo —grabó en una cinta de audio—, ella suspira, y le digo que la amo». Mientras cocinaba y comía de sus restos, escuchaba la grabación de Renée leyendo poesía. Un trozo de su seno le dio asco por su apariencia grasosa y encontró que los muslos eran más deliciosos. La ropa interior de la muchacha la usaba como servilleta para limpiarse la boca. Finalmente, ya exhausto, tomó lo que quedaba del cadáver, lo llevó a su cama y durmió con él. Al levantarse a la mañana siguiente pensó que debía librarse de la evidencia, pero como el cuerpo aún no olía mal, continuó comiéndoselo, en particular uno de sus brazos, que fue lo que más le gustó del cuerpo. En un momento recortó el ano y lo puso en su boca, pero su olor demasiado fuerte lo hizo escupir; entonces intentó comerlo frito, pero su olor no disminuyó. Se dio por vencido y lo devolvió al cadáver. Pasado otro día, un enjambre de moscas pululaban alrededor del cadáver y Sagawa se dio cuenta de que había perdido a Renée. La «luna de miel» había terminado. Con un hacha la cortó en pedazos más pequeños y los puso en una maleta que había comprado para este fin. Mientras la desmembraba se excitó y con una mano del cadáver procedió a masturbarse. Luego, le cortó la nariz, los labios y la lengua, y las guardó para sus fantasías sexuales posteriores. La lengua se la arrancó a mordiscos. «Yo quería su lengua, no podía abrir su mandíbula, pero al fin pude alcanzarla, y la hice estallar en mi boca. La mastiqué mirándome en el espejo. Luego fui por los ojos». El paso final de Sagawa fue explorar los órganos interiores, pero los ácidos digestivos le quemaron las manos. Con un hacha le cortó la cabeza, la tomó por el cabello y frente al espejo le introdujo el pene en la boca. Grabó: «Ahora sí soy un verdadero caníbal». A medianoche, con los trozos en la maleta, llamó un taxi y se fue a un parque. Allí trató de tirarla a un lago, pero aparecieron unas personas y la dejó tirada y huyó. Luego, una pareja que paseaba por el lugar tropezó con una mano ensangrentada y llamó a la policía. Mientras tanto Sagawa había regresado a su departamento a disfrutar de los filetes de Renée, que tenía en su refrigerador. Cada día, antes de que lo detuvieran, comió pedazos del cadáver. La lujuria sexual de Issei Sagawa era extrema. A un periodista británico le dijo que su compulsión por el canibalismo vino probablemente de un sueño de la niñez que lo dejó muy impresionado. Él

estaba en una olla hirviendo con su hermano, cocinándose como una comida para alguien más. Así empezaron sus fantasías caníbales. No se interesaba en comer mujeres de su propia raza, sentía apetito por mujeres altas, rubias y de piel blanca. La posibilidad de estar con una mujer de este perfil para Sagawa era remota. En Tokio había visitado a un siquiatra al que confesó sus oscuros deseos. Fue calificado como una persona muy peligrosa por el profesional, pero su padre encubrió el problema y envió a su hijo a otro país. Otros profesionales de salud mental que lo evaluaron ratificaron tendencias peligrosas en el joven. Cuando la policía llegó a su departamento después del asesinato, los dejó entrar tranquilamente. En el refrigerador encontraron pedazos de un cuerpo de mujer, incluidos los labios. Sagawa confesó lo que había hecho y agregó que tenía un historial médico. Que era un enfermo mental. De hecho, sus descripciones detalladas del crimen hicieron decir al juez que él no era competente para juzgarlo: el hombre estaba realmente loco. Los tres siquiátras que lo evaluaron dijeron que nunca se curaría. Issei Sagawa fue condenado a un periodo indefinido de prisión en el asilo Paul Guiraud. Su multimillonario padre, Akira Sagawa, presidente de Kurita Water Industries en Tokio, hizo un trato para que en 1984 su hijo fuera transferido al hospital siquiátrico Matsuzawa en Japón. El fiscal creyó que allí estaría preso de por vida, pero solo permaneció quince meses. Gracias a su padre quedó libre en agosto de 1985. Después, Sagawa comenzó a disfrutar de popularidad en los medios de comunicación. Concedía entrevistas y hacía videos para complacer la curiosidad voyeurística de aquellos que quieren acercarse a alguien que ha comido carne humana. Ser el centro de atención le divertía. «El público me ha hecho el padrino del canibalismo», declaraba, «y estoy feliz con eso». En su web oficial, donde se presentaba como artista, ofrecía detalles sobre su crimen y defendía el canibalismo asegurando que no era un acto horrendo. Ahí también exhibía sus pinturas y esculturas en las que el tema principal eran las nalgas carnosas y tersas de hembras blancas. En un artículo de revista, Sagawa dijo que esperaba ser comido por una joven mujer occidental. Que solo un acto como ese lo salvaría.

## **Tercera parte**

Alguien alguna vez le había dicho al Tira que en el caribe era tanto el calor y la humedad que la camisa o la polera había que sacársela con espátula, frase que entonces le pareció exagerada y que ahora veía que no lo era en absoluto. ¡Cómo costaba desprenderse la ropa de la piel! Así y todo don Alcides parecía no sentir el calor. Había llegado a la cita con su sombrerito de siempre, un pantalón de casimir y un vestón café, de corte antiguo.

Don Alcides Rojas, inspector de policía, pertenecía al Departamento Técnico Investigativo (DTI). Era viudo, no tenía hijos y estaba a punto de jubilarse. Sus compañeros le llamaban el inspector Canotier. Esto a propósito del sombrerito que usaba, el que trajo de Venecia la vez que asistió a una convención invitado como uno de los policías sobresalientes del país. Según llegó contando a la vuelta del viaje (de esto hacía más de veinte años), el sombrerito era un canotier, de los que en Venecia usaban los gondoleros (*gondolier*, decía él). Y agregaba que uno de ellos se lo había regalado el último día de su estancia, cuando se atrevió a pasear en una de las góndolas.

El inspector Canotier era famoso en el ambiente policial y delictivo por dos cosas: la primera, porque tenía una puntería endiablada con el revólver, hecho por el que siendo muy joven fue llamado a integrar un órgano de Seguridad del Estado. Sin embargo, tras la muerte de su esposa, había quedado tan débil de ánimo que tuvo que ser removido de su cargo y transferido a un organismo de la policía menos comprometedor. Y la segunda —esto ya era un mito urbano—, porque se decía que en el tiempo que estuvo en Seguridad, el inspector Canotier había descubierto y neutralizado seis o siete del más de medio millar de atentados de los que había sido objeto el comandante Fidel Castro (más de uno lo había resuelto gracias a su prodigiosa puntería). En Cuba, la cuenta oficial de los atentados hasta el 2007, o sea en cuarenta y siete años de gobierno, habían sido de seiscientos cuarenta y uno. Casi un intento de asesinato por mes.

Aparte de las emboscadas fallidas con cargas explosivas que deberían de estallar al paso de su comitiva, o de los disparos de un tirador encaramado en una azotea con un fusil con mira telescópica, o del intento de perpetrar una masacre en un mitín multitudinario con armas automáticas, granadas y bazukas, no dejaban de llamar la atención otra clase de atentados, si se quiere, más fantasiosos. Se dice, por ejemplo, que la mafia de los cubanos de Miami, y la propia CIA, planearon asesinarlo regalándole un traje de buceo envenenado con bacterias que le provocarían una grave enfermedad a la piel; o con cápsulas envenenadas que debía administrarle una antigua novia, reclutada por la CIA; o usando una pluma estilográfica acondicionada con una aguja hipodérmica que contenía veneno. Se sabe que incluso llegaron a



planear atentar contra su vida con un puro explosivo, un artefacto tan potente que le volaría la cabeza de gajo.

Eran las once menos cinco de la mañana de ese viernes cuando don Alcides llegó al Café París. El Tira Gutiérrez ya lo estaba esperando. El café estaba en una esquina de la calle del Obispo y, sentado en la terraza, a la sombra de un toldo, el Tira había pedido un té y una porción de tostadas con mantequilla, y se solazaba mirando a los turistas japoneses que, como un rebaño de ovejitas de lentes, oían y seguían al guía turístico, que vendría siendo el pastor. O el lobo, según el caso.

Don Alcides pidió un ron doble.

Lo primero que le preguntó el Tira, luego de saludarlo, fue por Teo. Don Alcides dijo que el detenido se encontraba bien. Que lo estaban tratando con guante blanco, y no porque el tipo fuera una manzana, sino por orden de las altas esferas (dijo «altas esferas» con delectación, era la clase de expresiones que le gustaba usar y saborear).

—Nada menos que el mismísimo Ministerio de Relaciones Exteriores se ha involucrado —dijo—. Creo que su embajador tiene algo que ver en eso.

—Qué bueno que haya intervenido el embajador —dijo el Tira—. Es que sabe qué, don Alcides, nosotros estamos seguros de que él no mató a la muchacha. Tal vez le comió algunas partes, sí, pero él no es un asesino.

—¿Y le parece poco habérsela comido, coño? —encendió otro de sus cigarrillos el policía. Luego, exhalando el humo con gran aparato, frunció el ceño y dijo que en los treinta años que llevaba en la institución, pocas veces había visto cosa tan horrenda como esta. Y vaya que él había visto cosas horribles. Por citar un solo ejemplo, dijo, en los difíciles días del Periodo Especial, en un barrio de La Habana Vieja se comentaba de un hombre que en su casa vendía hígado y sesos a sus vecinos. Estos le compraban sin saber que el hombre trabajaba en la morgue y que aquellas entrañas eran de cadáveres humanos.

El Tira Gutiérrez lo escuchaba con atención. Se veía, en su modo directo de decir las cosas, en su manera de mirar cuando hablaba, que don Alcides era un hombre de una integridad a prueba de todo lo difícil que pueda ser la vida. El virus de la corrupción, que generalmente viene cosido en el uniforme de policía, a él no lo había infectado, y a su edad, ya no lo iba a infectar.

—Pero, bueno, caballero —se echó un trago de ron don Alcides—, ¿qué es lo que tú quieres de mí?

—Lo que queremos —se acomodó en la silla el Tira— es demostrar que Teo no mató a la muchacha, y para eso necesitamos su ayuda.

—¿Y en qué los puedo ayudar?

—Para empezar podría contarnos lo que sabe del crimen. Detalles que nos puedan dar alguna pista que podamos seguir. Ya sabemos que la policía ha investigado a fondo el caso, pero no se pierde nada con darle otra repasadita. Tal vez otros ojos puedan ver cosas nuevas. Como en el teatro, en donde de tanto ensayar la obra una y otra vez, el director y los actores ya no ven los pequeños detalles que un crítico o un periodista sentado entre el público verá a la primera.

El Tira terminó de decir aquello preguntándose de dónde diablos habría sacado esa comparación. Y al instante recordó que el martes pasado, en El Cimarrón, una de las meseras, la rubia que se parecía a Julia Roberts, a propósito de que ese día, 26 de agosto, era el Día Internacional del Actor, les había contado que estudiaba teatro, y luego se había extendido en una larga conversación sobre la actuación teatral.

Don Alcides movió la cabeza en señal de asentimiento. Había entendido perfectamente la comparación. Aunque los cubanos eran todos de una educación extraordinaria, él sobrepasaba el término medio. Se notaba que era un tipo «muy leído», como se decía en la pampa.

Cuando el policía, tras un trago de ron, se aprestaba a hablar, el Tira de repente pareció acordarse de algo y lo interrumpió:

—Perdón, don Alcides, pero a propósito de teatro, o a propósito de escopeta, como dice un poeta en mi país, me gustaría que antes me respondiera algo que hasta el momento nadie me ha sabido decir bien. Tal vez usted lo sepa: ¿Por qué se les llama jineteras a las jineteras?

Don Alcides exhaló una gran nube de humo, se arrepatió en la silla, cruzó las piernas y con su empaque característico, como seleccionando cada una de las palabras —con el tono del que ya ha repetido cien veces la historia—, dijo que el origen del vocablo (dijo «vocablo») provenía de las guerras de liberación contra el dominio colonial español, cuando los jinetes mambises que luchaban por la independencia se lanzaban contra los batallones españoles a puro filo de machete; de ahí que, cuando en el Periodo Especial de los años noventa, las mujeres cubanas comenzaron a abordar a los turistas (por esa época predominantemente españoles) con la mejor arma que disponían: el arte del placer —tan eficaz como el filo de un machete mambí— la gente las llamó jineteras.

—Y si los jinetes mambises —remató don Alcides— luchaban por la independencia del país; estas muchachas luchan por la independencia personal, esa que da el dólar.

El Tira quiso preguntarle quiénes fueron los mambises, pero prefirió no hacerlo y se abocó al tema que los había convocado. ¿Qué sabía él del asesinato de la muchacha? El policía lo miró a los ojos y le enfatizó que

todo lo que le iba a decir nunca se lo había dicho. «¿Tú me oíste, mi hermano?».

—Sí, por supuesto.

—Ahora estás tú oyendo al amigo, no al policía.

—Dele, don Alcides.

El policía entonces le contó lo que se sabía oficialmente del asesinato de Yasnira. Le dijo que la muchacha, además de la puñalada en el corazón, tenía picada la cara. Eso lo hacían los chulos para cobrarse una traición de sus mujeres. Le contó que fue el dueño del clandestino quien reconoció a Teo como el hombre que se juntaba con la joven en su casa, y el que estaba con ella el día de su muerte. Esto luego de que la policía hallara el teléfono y le mostrara las selfies en que aparecían ambos riendo felices. Que este hombre, el dueño de la casa de citas —«casa para matar jugadas», las llamaba la gente—, en su declaración judicial había dicho que al ver que la pareja se demoraba demasiado en salir, fue a ver qué pasaba y se encontró con que el yuma se había ido y la chica estaba muerta. Y para no verse involucrado en el asunto, se le ocurrió sacar el cadáver a la rastra para ir a dejarlo tirado en otro lugar lejos de allí. Pero fue visto por unos vecinos que avisaron a la policía.

—De modo, amigo mío, que el hombre removió todo el escenario del crimen, y por lo mismo fue muy difícil de analizar y establecer conclusiones. Un cadáver jamás debe ser removido del lugar del suceso hasta después de que pasen los peritos.

—¿Había rastros de violación? —inquirió el Tira.

—No. Y de eso no hay dudas —dijo don Alcides.

El Tira preguntó si Teo era el único sospechoso. No, también las sospechas recaían sobre el chulo que la explotaba, un negro que se hacía llamar Rambo y que estaba sumergido. Pero no tenían pruebas en su contra. Que si ellos se enteraban de algo que incriminara al tal Rambo, o descubrían su paradero, se lo hicieran saber de inmediato. Que por nada del mundo se les ocurriera meterse a resolver el crimen por su cuenta, pues, además de ir contra la ley, era demasiado peligroso.

—El ambiente es malo, chico, y podrían pasarlo peor —dijo.

Antes de despedirse, el Tira le preguntó por el teléfono de Yasnira, ¿dónde lo habían encontrado?, ya que, según Teo, él revisó toda la habitación buscándolo.

—El teléfono estaba oculto detrás del estanque del inodoro —dijo don Alcides—. Y estaba apagado.

—¿No le parece extraño el asunto? —se lo quedó mirando el Tira.

Don Alcides se echó para atrás en la silla y exhaló el humo de su cigarrillo.

—Por supuesto, es como si el asesino lo hubiese escondido para que no lo encontrara nadie, sino la policía.

—Exacto —dijo el Tira—. Al asesino le interesaba que lo encontrara la policía. De ese modo, debido a las fotos que guardaba, el primer sospechoso sería Teo.

—Como realmente ocurrió —dijo don Alcides.

—¿Y qué hay de las huellas digitales en el aparato, don Alcides?

—No se halló ninguna, habían limpiado muy bien el aparato.

A la hermana Tegualda le había ido mal en sus diligencias. Cuando el Tira apareció en el hostel la halló desanimada. Aunque recién se había duchado, hasta su moña se notaba más lacia. Dijo haber caminado todo el santo día bajo ese sol habanero, tan aplastante como el del desierto.

—Y todo en vano, oiga, qué rabia.

Le contó que había logrado conversar con algunos periodistas de los diarios *Granma*, *Juventud Rebelde* y *Tribuna de La Habana*, y ninguno de ellos supo darle información que valiera la pena. Lo único que sacó en limpio fue —como le dijo un periodista de Orbe, a quien conoció de casualidad en un café— que ningún diario publicó la noticia del asesinato. En Cuba esa clase de noticias no se informaba, dijo, ni en los diarios ni en la televisión.

—Eso es todo lo que traigo.

El Tira la consoló:

—Así es este oficio, hermana.

Luego acordaron la hora en que irían a conversar con el dueño del clandestino. Había que hacer lo posible por echarle una ojeada a la habitación en donde mataron a la chica. Uno nunca sabe lo que se puede encontrar en el lugar del crimen. Aunque los sabuesos de la policía hayan revisado una y otra vez.

—Claro —dijo la hermana en tono irónico— y si tenemos suerte hasta puede que nos tropecemos con el asesino. ¿No dicen que este siempre vuelve al lugar del crimen?

El Tira Gutiérrez la miró de reajo y luego le dejó caer un bototo de sarcasmo sobre su zapatillita de ironía:

—¿Y por qué no, hermana? Veo que usted se está convirtiendo en una mujer de poca fe.

Al anochecer, luego de tomarse un café en el hostel, se fueron a visitar el clandestino. El Tira pidió que le preparasen una tostada con mantequilla para llevar y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. La hermana por su parte llevó su pequeño Nuevo Testamento en la cartera y se calzó unos zapatos que su jefe encontraba feos, pero que para ella eran cómodos.

—Por si hay que correr —dijo.

La casa de citas quedaba en una calle oscura. El edificio era una construcción antigua, de tres plantas, toda descascarada por el salitre y la humedad. Después de llamar dos veces a la puerta de doble hoja, que se notaba había tenido mejores tiempos, esta se abrió. Alguien desde arriba jaló un cordelillo atado al picaporte de una antigua cerradura.

—¡Cierren! —lanzaron un grito escalera abajo.

Tal como había dicho Teo, tuvieron que subir una larga escalera en penumbras que, además de oler a orines rancios, estaba infectada de cucarachas, bichos que hacían dar saltos y grititos de espanto a la hermana Tegalda, mientras el Tira las iba aplastando con el pie.

—No le tengo miedo a nada, salvo a estos bichos asquerosos —se disculpaba la hermana.

Al llegar arriba los esperaba un hombrecito bizco y de aspecto tan cochambroso como la casa. Como todos los cubanos —en verano, otoño, invierno y primavera— vestía un *short* y una camiseta. Claro que no todos los cubanos lucían tan sucios como él. Y más encima andaba descalzo.

—Somos detectives —se presentó el Tira—. Y estamos investigando el crimen de la joven Yasnira.

—Todo lo que sé ya se lo dije a la policía —la cara del hombrecito tenía los gestos espasmódicos de una lagartija.

—Bueno, nosotros somos investigadores internacionales —quiso impresionarlo el Tira—. Así que ahora va a tener que responder a nuestras preguntas.

Las hermana le había dicho al Tira que no le preguntara si conocía al chulo de Yasnira, sino directamente dónde se lo podía hallar.

—¿Usted sabe dónde podemos encontrar al tal Rambo? —dijo el Tira.

El hombrecito dijo que no sabía. Y que tampoco lo conocía bien. Que solo una vez lo había visto, y que se dejaran de joderle la vida con tanta preguntadera, coño. Esto último se los dijo mientras los iba casi empujando hacia la escalera.

Entonces el Tira, se metió la mano al bolsillo interior de la chaqueta en donde la tostada simulaba un bulto peligroso y le dijo que si no quería que le diera un tiro en las bolas que los dejara ver la habitación en donde se cometió el crimen.

El tipo redondeó los ojos. El iris verde de su ojo bizco orbitó locamente en lo blanco de su esclerótica.

La hermana Tegualda, para terminar de impresionarlo, dijo que por si el caballero no lo sabía, el crimen cometido en su casa había derivado en un problema de índole internacional.

El hombre accedió a mostrarle la habitación.

—Sígueme —les dijo, y apuntó un largo pasillo con habitaciones a ambos lados.

—Por ahí vamos mejor —dijo el Tira. Y sin sacar la mano del bolsillo de su chaqueta, se fue detrás de él. La habitación del crimen estaba a mitad del pasillo y era tan pringosa como el resto del edificio. Mientras revisaban la habitación, la hermana le preguntó si ese día, cuando Yasnira esperaba al turista en la habitación, no habría aparecido el chulo por ahí.

El hombrecito sacó del bolsillo de su *short* la mitad de un habano y un encendedor. Exhaló el humo y dijo que no, que solo había subido otra pareja a ocupar otra habitación —habían pedido expresamente la del fondo—, pero que estuvieron solo un rato, pues de entrada venían discutiendo, y él no se despegó en ningún instante de ellos. Incluso los acompañó para mostrarles la habitación, y allí, delante de él, siguieron discutiendo a los gritos e insultándose cada vez más feo, hasta que se agarraron a galletazos. La candela que armaron fue tal, que él tuvo que intervenir y les dijo que lo sentía mucho, coño, pero que tenían que irse. Él no quería problemas en su casa. Y los echó.

—¿Antes había visto a esa pareja? —preguntó el Tira.

—No, nunca habían venido antes.

—¿Algún detalle o alguna particularidad de él o de ella que los hiciera reconocibles si los viera de nuevo?

El hombre dijo que eran una pareja común y corriente, él tendría unos treinta años; ella no más de veintidós. Él era mulato; ella, rubia teñida, no tan bonita pero con buenas ancas.

—Lo único distinto en ella, ahora que lo menciona usted, era un lunar cerca de la oreja, con forma de estrella. O de garrapata.

—Usted está seguro de que él o ella no habían estado aquí antes —se quedó mirándolo el Tira—. Pues si pidieron expresamente la pieza del fondo es porque la conocían.

—Eso a mí también me extrañó —dijo el hombre—. Pero por supuesto que no le di mayor importancia.

De vuelta en el hostel, luego de ducharse para sobrevivir un poco al calor (aunque el agua salía tibia), se fueron a cenar a El Cimarrón. La hermana pidió costillas de cerdo con una porción de arroz moro; el Tira, fajitas de pollo con piña y una porción de frijoles negros. Esa noche un grupo de música interpretaba danzas de raíces africanas, y el Tira y la hermana quedaron impresionados por la fuerza y la consagración de dos negras que, ataviadas a la manera africana, hacían una danza a Shangó.

Luego de pagar la cuenta, antes de levantarse de la mesa, el Tira Gutiérrez dijo, como al boleó, que tendría que salir de nuevo.

—Y solo —agregó, sacando su teléfono.

La hermana preguntó si se podía saber para dónde iba. Y por qué tenía que ir solo.

—Voy al Tocaroro —dijo el Tira— a tratar de ver a Dislayna de nuevo. No sé por qué me tinca que ella sabe dónde podemos hallar al chulo de Yasnira. Y, además, como era su mejor amiga, quiero que me cuente cosas de ella, de su vida. Y voy solo porque así tengo más posibilidades de hacerla hablar.

—¿De hacerla hablar largo y tendido? —preguntó como al desgairé la hermana.

El Tira, que en esos momentos marcaba el número de Geraldo, el taxista, se la quedó mirando extrañado: primera vez que de boca de su asistente oía decir algo en doble sentido. Luego acotó, guasón:

—Hermana, eso parece un ataque de celos.

Ella se sonrojó. Miró para otro lado y cambió de hombro su moña.



Al día siguiente, sábado 30, al bajar a desayunar en el jardín del hostel, el Tira esperó a que la hermana terminara su lectura matinal del Nuevo Testamento para narrarle lo que Dislayna le había dicho sobre Yasnira. La hermana tenía como ritual cada mañana, en ayuno, abrir su librito al azar y leer lo que el Señor, su Dios, le tenía preparado para ese día. Ahora, con el trajín de la pesquisa llevaba días sin hacerlo y eso le causaba contrición. El mensaje que ahora mismo acababa de leer en el versículo bíblico, la dejó con cara de pesadumbre.

—¿Es algo malo, hermana? —comenzó a enmantequillar su tostada el Tira.

Ella se lo quedó viendo fijo.

—Por la cara que puso, digo yo.

—Es algo personal, oiga.

—¿No me diga que es algo así como su horóscopo privado? —le dijo el Tira.

La hermana no respondió. Ya estaba acostumbrada a las barbaridades de su jefe. Cerró su librito y lo dejó sobre la mesa.

El Tira comenzó su narración.

La chica no tenía familiares en La Habana. Su padre era un ingeniero ruso que se fue a su país con la promesa de volver y nunca más apareció. Su madre era una bailarina oriunda de Ciego de Ávila, que se había lanzado al mar con un grupo de personas durante el Periodo Especial, en esos días en que todo el mundo quería llegar a Miami. Se fueron en una balsa hecha de neumáticos y tablas podridas, y nunca más supo de ellos. Aún no sabía si lograron llegar a Miami, o si su balsa se hundió y fueron devorados por los tiburones. Ella se quedó en La Habana con un hermano diez años mayor que ella, quien al tiempo después murió en una reyerta de borrachos. Fue entonces que Yasnira desistió de ir a la universidad, donde se había matriculado para estudiar estomatología, y se dedicó a salir con extranjeros. Su juventud (recién había cumplido los diecisiete años), su belleza y su singular simpatía la convirtieron en poco tiempo en la regalona de los turistas.

Primero lo hacía por cuenta propia y solo los fines de semana, y en lugares más o menos seguros. Sin embargo, una noche, de aquellas en que no se pesca nada de nada, se le ocurrió ir a meterse a la discoteca Don Cangrejo. Allí fue detectada por el Rambo. Al proxeneta le bastó

una sola ojeada para ver que esa rubia de ojos azules era una mina de oro. Y comenzó a hostigarla; la hostigó hasta que Yasnira cayó en sus redes. Como hacía con sus demás mujeres, la explotaba sin misericordia, la castigaba si no ganaba lo que él quería. Y casi no la dejaba vivir en paz. En sus territorios —la discoteca Don Cangrejo y un bar de Varadero— ninguna muchacha podía jinetear por su cuenta. Todas tenían que registrarse en su catálogo y pagar la cuota: el sesenta por ciento de lo que le sacaran a los yumas. De ese monto —decía el chulo— tenía que darle un porcentaje a la policía.

Aburrida de sus abusos, Yasnira ya había hecho un intento de irse al extranjero con un italiano de cincuenta años, dueño de una pequeña empresa de pompas fúnebres en Roma. Pero a última hora, ya con el pasaje en la cartera y el permiso correspondiente extendido, fue delatada por una de sus compañeras. El italiano no supo defenderla, bastó que el Rambo le pusiera un cuchillo en el gaznate para que saliera huyendo. Luego, el chulo castigó a Yasnira con golpes de pies y manos, y la tuvo encerrada a pan y agua durante dos semanas. No le picó la cara con una daga, como era costumbre entre los «mandantes» (otro nombre de los proxenetas) para castigar la traición de sus mujeres, solo porque su belleza era lo que le daba más dólares.

Por ello, en el ambiente de la noche habanera se aseguraba que había sido el Rambo quien apuñaló a su amiga Yasnira. Antes ya le había picado la cara a otra de sus jervas que quiso irse del país a escondidas. Así y todo, sabido era que tiempo atrás dos jóvenes jineteras habían logrado burlar el cerco de Rambo y escapar del país. Y eso había envalentonado a Yasnira para intentarlo de nuevo.

Por ahí se decía que la policía interrogó a Rambo respecto de la muerte de Yasnira, pero tuvieron que dejarlo ir por falta de pruebas. Sin embargo, los que más saben del ambiente dicen que no lo detuvieron porque tenía tratos con algún pez grande dentro de la policía. Desde entonces está desaparecido de escena y solo se deja ver de vez en cuando.

La hermana escuchó toda la historia con un cierto aire de indiferencia, con los ojos más bien puestos en una de las esculturas del jardín —un jefe apache con un penacho de plumas que ya lo hubiera querido un pavo real— y, al final, mirándolo por lo bajo le preguntó de qué manera le habían dado toda esa información.

—No entiendo su pregunta, hermana —fingió inocencia el Tira, mientras la perra se echaba a sus pies y se lo quedaba mirándolo con esos ojos de cautivo que tienen los animales domesticados.

—Fácil, se la traduzco —dijo ella—. ¿Se la dieron en posición vertical u horizontal?

El Tira le iba a contestar con una de sus pachotadas pero se sopló el mechón blanco y guardó silencio. Luego, aunque no le tenía mayor

cariño a los perros, sacó un pedazo del triángulo de tostada con mantequilla que se había guardado en el bolsillo de la chaqueta y se la ofreció en el hocico a la Cangreja.

—Siempre me he preguntado por qué no me gustan ni los perros, ni los gatos, ni los loros, ni cualquier animal «en modo mascota», como se dice ahora. Tal vez será porque no quiero sentirme dueño —o responsable— de una vida ajena, aunque sea animal. En verdad, apenas soporto ser responsable de mi propia vida.

El Tira Gutiérrez se dio cuenta de que había hecho esa reflexión en voz alta cuando la hermana, que no había dejado de mirarlo esperando una respuesta a su primera pregunta, dijo, con ironía.

—¿Y los jotes?

—Esos jotes son otra cosa —dijo él, pasando por alto la primera pregunta—. Yo no soy responsable de ellos.

Luego, el Tira Gutiérrez se removió incómodo en su asiento. Lo que tenía que comunicarle ahora a su asistente no era fácil de hacer.

—Tengo algo que decirle, hermana —cambió de tono bruscamente el Tira.

La hermana lo escudriñó un momento.

—Por su expresión, caballero, adivino que no es nada bueno. Y que se trata de mí. ¿O me equivoco?

El Tira Gutiérrez dijo que no se equivocaba la hermanita de Jesús. Que tenía que prepararse y encomendarse bien a su Señor de los Ejércitos, porque esa noche tenía una misión peligrosísima. Una misión que empezaba con una visita a Dislayna.

—¿A Dislayna?

—Sí, a su departamento.

—¿A su departamento? —alzó las cejas, la hermana—. ¿Y qué tenemos que hacer en el departamento de esa dama? Si se puede saber, claro.

El Tira se volvió a soplar el mechón blanco. La verdad era que no quería hacerle la proposición que le iba a hacer. Era demasiado riesgoso para ella. Respiró hondo. Se sentó en la punta de la silla. Habló:

—Mire, hermana —dijo—, Dislayna se enteró de que el Rambo estaría hoy por la noche en la discoteca Don Cangrejo, y yo creo que la única forma de llegar a él es que usted sirva de carnada.

La hermana Tegualda se lo quedó viendo convertida toda ella en un signo de interrogación.

—Le explico: iremos al Don Cangrejo, local que pertenece a los territorios del Rambo, y usted tendrá que hacer el papel de jinetera. De jinetera nueva. Una que no sabe qué terreno esta pisando.

—¿Usted está hablando en serio, caballero?

—Dislayna se ofreció a ayudarnos —continuó impávido el Tira—. Por eso primero pasaremos por su departamento. Ella le prestará ropa adecuada, la ayudará con el maquillaje y le dará algunas lecciones prácticas de cómo actuar frente a un turista. Por supuesto que ella la acompañará un rato para que se ambiente y para mostrarle a Rambo. Yo las esperaré en el local. Ustedes entrarán solas, se mostrarán un poco y yo las invitaré a mi mesa.

—Definitivamente usted se volvió loco, oiga.

—Como le digo, hermana, ya sé que el asunto es peludo. Y por supuesto que la entendería si no está de acuerdo en hacerlo.

—Ya veo que el asunto es aventurado, y mucho —dijo ella tras un rato en silencio—. Pero tengo que recordarle que fue mía la idea de investigar la muerte de Yasnira.

—Por supuesto que sí.

—La jugada que no me cuadra mucho, como se dice aquí, es que tenga que vestirme como usted pretende que me vista.

—Ya le digo, hermana, no se sienta obligada a hacerlo. Total, como se lo aclaré antes, nosotros cerramos el caso al encontrar a Teo.

En esos instantes un camión fumigador pasaba rociando la calle con un humo matamosquitos con olor a sahumero medicinal, que hacía toser y acentuaba el calor reinante. La hermana Tegualda se cubrió las narices con uno de sus pañuelitos bordados, esperó que se desvaneciera la nube de humo y dijo que estaba bien, que aceptaba hacer de carnada, y pintarse y vestirse como jinetera si era necesario. Luego, palpando su pequeño Nuevo Testamento, dijo, consagrada:

—Si es la voluntad de mi Señor que yo pase por esta prueba, amén. Quién soy yo para negarme.

Al anochecer se fueron donde Dislayna, en La Habana Vieja. El departamento era apenas un cuartucho miserable en la cuarta planta de un edificio antiguo convertido en otro de los tantos solares abarrotados de familias pobres.

Mientras preparaba sus pinturas de guerra y escogía sus mejores ropas de combate para la hermana, Dislayna le iba explicando cómo funcionaba el asunto en el Don Cangrejo: el chulo, al que llamaban el Rambo, no podía ver a una jinetera extraña en sus dominios. De inmediato la echaba y la amenazaba de muerte si la volvía a ver. O, si la mujer era joven y bonita, como para explotarla un tiempo, entonces la acosaba y las convencía, así fuera a golpes, de que trabajaran para él. De ese modo tendrían seguridad y protección para jinetear.

El Rambo era uno de los proxenetas más temidos por las mujeres del ambiente. Tenía cartel de duro y en su prontuario destacaban varias temporadas en la cárcel.

Cuando Dislayna tenía todo el arsenal dispuesto para comenzar a transformar a la hermana en una jinetera, le dijo al Tira Gutiérrez que mientras tanto él se fuera al Don Cangrejo, que ocupara una buena mesa y esperara por ellas. Y que mientras tanto hiciera aspaviento de su condición de turista.

—En cuanto hagamos nuestra entrada, que va a ser gloriosa, chico, ya tú lo vas a ver, te pones de pie y nos invitas a la mesa.

Dislayna extendió sobre la cama lo mejor de su ropero, las prendas más sensuales y atrevidas, donde predominaba el cuero, el satén y las telas aleopardadas: hizo que la hermana se probara dos vestidos, uno rojo demasiado escotado y uno negro, demasiado corto. Ambos con lentejuelas y tan ajustados al cuerpo, que la hermana apenas podía dar un paso. Se quedó con el negro.

—Prefiero mostrar un poco las piernas a dejar mis pechos al aire —dijo.

Después, la jinetera se enfrascó en maquillarla y pintarla con las mismas tonalidades con que se pintarrajeaba ella misma. A lo que se negó de frentón la hermana Tegualda fue a soltarse la cabellera. Dislayna le hizo entonces una cola de caballo que nacía desde la coronilla y que la hacía ver más estilizada. Después le pasó un par de zapatos de tacos altísimos y le dio unas rápidas lecciones de cómo caminar con la gracia de las cubanas.

—Los cubanos dicen que nosotras caminamos como si la tuviéramos adentro —dijo muerta de risa.

Cuando estuvo lista le prestó una cartera minúscula en donde, además de su teléfono, apenas cabían el lápiz de ceja, el labial y una cajita de condones.

—Ya estás lista para salir a conquistar la noche habanera, chica —le dijo.

La hermana, que hasta entonces no había querido enfrentarse al espejo, se echó una miradita de reojo. Lo que vio, le hizo dar un respingo:

—¡Cristo santo!

Antes de salir a la calle, la hermana dio un par de vueltas por la habitación para acostumbrarse un poco más a los tacos. La verdad es que no tuvo mayor problema para equilibrarse. Da la impresión, dijo Dislayna, de que siempre los usaste. La hermana le contó que de niña solía ponerse los zapatos de taco aguja de una tía que vivía en la casa. Esa era toda su experiencia con los tacos altos. Dislayna le dio algunas lecciones sobre las bondades de usar esos zapatos. Que además de afinar la figura, le dijo, endurecían los muslos y la ingle.

—¿No lo sabías tú, chica?

La hermana dijo que había muchas cosas del mundo mundanal que ignoraba. Después ocuparon unos minutos más en ensayar cómo moverse y cómo pararse ante un macho.

—Pero sobre todo —enfaticó Dislayna— debes aprender cómo mirar a los machos.

—¿Y cómo se miran? —dijo la hermana.

—Con los ojos a media asta y mucha candela, cariño.

Después la jinetera le preguntó si se sentía lista para partir a la discoteca.

La hermana dijo decidida:

—Como los cristianos en la antigua Roma, estoy lista para enfrentar a los leones.

Con la actitud de un detective cogiendo su pistola, tomó entonces su Nuevo Testamento. Sin embargo, aunque el librito era más pequeño que una edición de bolsillo de cualquier volumen común y corriente, no le cupo en la carterita. Sin pensarlo más, se lo enfundó en el escote.

—En tus manos me encomiendo, Señor —clamó antes de salir a la calle.

Cuando el Tira Gutiérrez, sentado en una mesa de Don Cangrejo, vio entrar a Dislayna en compañía de una mujer que era un escándalo de sensualidad y hermosura, tuvo que mirar dos veces para darse cuenta de que esa mujer era la hermana Tegualda. Arrebol en las mejillas, sombra violeta en los ojos, pestañas encrespadas, labios acorazonados en rojo pasión, vestido negro ajustadísimo y zapatos de taco alto, la hermana Tegualda se veía irreconocible. Y como un subrayado a todo ese disfraz puteril, traía una tierna carterita de charol balanceándose en su brazo, detalle que lo enterneció hasta casi las lágrimas.

Tan grande fue la impresión del Tira Gutiérrez, que no atinó a pararse y solo lo hizo cuando vio que dos hombres se le acercaron casi aullando a la hermana. Entonces se puso de pie y se metió entremedio.

—Disculpen, estas mujeres vienen conmigo —y se las llevó a la mesa.

Ya acomodados y hechos los pedidos —piña colada para ellas, un mojito para él— la hermana sonrió nerviosa y murmuró al oído de su jefe que se quitara esa expresión bobalicona que se le había quedado pegada en la cara.

—Es que no puedo creer lo que veo, hermana —se sopló el mechón blanco el Tira—. Usted si quisiera podría ser la reina de la noche en cualquier club nocturno del mundo.

—¿En cualquier puticlub, dice usted? No sea descarado, oiga —reclamó ella.

Como todos los sábados, el local se hallaba repleto de turistas y jineteras bailando reguetón. Dislayna se quedó un rato corto con ellos, lo suficiente para indicarles que el Rambo era el negro ostentoso de la mesa del fondo.

Luego los dejó solos.

El tipo era un negro gordo, rapado al cero, que vestía camiseta morada, pantalones de camuflaje lleno de bolsillos y cremalleras, mocasines verdes y un escaparate de chucherías: collares, aros, muñequeras. Ocupaba una mesa estratégica —junto a una puerta de escape desde la cual se dominaba toda la pista— y estaba acompañado de tres jovencitas que apenas tendrían dieciocho años y que le bailaban y le meneaban el trasero al ritmo de la música.

Pasados unos minutos, el Tira le dijo a la hermana que algo tenía que hacer ella para llamar la atención del negro.

—Podría bailarme un rato como lo hacen ellas —bromeó formal el Tira—. Aunque no sé si usted sepa mover las caderas.

La hermana lo miró inquisitiva. ¿Hablabas en serio? En un gesto desafiante dejó la carterita en la mesa y se paró. Usted no sabe nada de mí, dijo. Y ante los ojos redondos del Tira, comenzó a moverse al compás del reggaeton con meneos tan o más sensuales que la más resuelta de las muchachas que colmaban el local.

—Usted es una caja de sorpresas, hermana —reconoció el Tira.

Como el Rambo no se daba por enterado de su presencia, la hermana, que se había dado cuenta de que para ir al baño había que pasar junto a la mesa del chulo, le dijo al Tira lo que suelen decir las heroínas de las películas gringas:

—Voy a empolvarme la nariz y vuelvo.

Ya de pie se alisó el vestido de satén, en un reflejo condicionado quiso cambiar de hombro su moña, pero se topó con su cola de caballo. Entonces musitó bajito: «En tu nombre, Señor», y echó a caminar hacia el baño. Caminó con la gracia y el desparpajo de una modelo fogueada en las pasarelas de la alta costura. En verdad, la hermana era una palma real caminando. Los hombres se volvían a mirarla. Su asistente se estaba tomando el papel demasiado en serio, se dijo el Tira, mientras se mandaba de un trago su mojito y se ponía a escudriñar la flora y la fauna del local. La flora eran las jineteras (olorosas plantas carnívoras); la fauna eran los turistas (inermes insectos comestibles).

De vuelta en la mesa, la hermana, que ya había sentido la mirada pervertida de Rambo clavada en la parte baja de su espalda, le dijo a su jefe que ya tenía al tipo agarrado de la bamba, que de un momento a otro se dejaba caer en la mesa.

—Pero como aún no debe de estar seguro de si ando o no a la caza de turistas —redondeó la hermana—, vamos a tener que actuar de una manera un tanto más convincente.

—¿Qué propone usted, hermana? —bebió un trago el Tira.

La hermana no respondió. En un escorzo de danza se levantó de su silla, dibujó en sus labios un mohín de hembra acanallada y, rodeando la mesa con un contoneo atrevido, se sentó en las piernas del Tira. Le colgó los brazos al cuello, le dijo al oído que solo era cuestión de trabajo, que no se fuera a pasar películas, y lo besó en la boca.

El Tira Gutiérrez, tomado por sorpresa, rígido el cuerpo, no alcanzó ni a cerrar los ojos ni a corresponder con el ímpetu debido ese beso tantas veces imaginado en sus noches de insomnio.

—Ahora vaya usted al baño —le dijo la hermana.



Cuando el Tira volvió del baño, el chulo estaba sentado junto a la hermana, hablándole salivosamente al oído.

—Perdón, esta es mi mesa —dijo el Tira—. Y esta mujer está conmigo.

—Qué volá, coño —dijo el negro—. Ahora búscate otra jeva que esta se viene con su papi. ¿No es verdad que sí, mami?

El Tira quiso protestar, pero el chulo le indicó a dos negros malagestados, que detrás de él miraban la escena. Que no hiciera tonterías, le dijo. Si no quería que esos dos montones de músculos lo sacaran a galletazos del local.

—Óyeme bien, tragapingas —remató el negro—, estos son mis territorios. ¿Me oíste?

Y con una de sus manazas llenas de anillos tomó a la hermana de un brazo y se la llevó a su mesa.

El Tira Gutiérrez pensó que decirle algo más al proxeneta sería sobreactuación. Se acordó de un amigo vendedor de seguros quien le había enseñado la regla de oro en el arte de vender (por los tiempos en que él anduvo vendiendo cortinas de baño puerta a puerta): apenas te digan que sí, tú cierras la jeta y ni una palabra más. En este caso el cometido ya estaba cumplido. El negro baboso había mordido el anzuelo.

Seguía llegando gente al Don Cangrejo, en su mayoría turistas extranjeros, mayores de cincuenta años, que iban en busca de sexo, y jineteras en busca de sus dólares. La mayoría de las jóvenes vigiladas de cerca por sus respectivos chulos, por supuesto todos de menor cuantía en comparación con el Rambo. Las chicas más bellas eran de su corral. El proxeneta tenía mujeres trabajando para él en distintos boliches, pero su centro de operaciones, o el cuartel general, como le gustaba decir, se hallaba en la discoteca Don Cangrejo.

En esos momentos el grupo musical estaba haciendo perrear a todo el mundo al ritmo erótico del último reguetón de moda, ritmo que la hermana calificaba de concupiscente y que estaba reemplazando al son cubano. A propósito de esto, hacía poco el Tira le había dicho que si se había dado cuenta de que la juventud cubana actual no estaba ni ahí con lo que nosotros en Chile conocemos como la Nueva Trova. En la isla la juventud oía y bailaba solo reguetón y nada más que reguetón.

En la mesa del Rambo, mientras las dos mujeres se meneaban restregándole el culo a su mandante, este no dejaba de observar a la hermana, que displicentemente se había sentado al otro lado de esta. En un momento el Rambo ordenó a las dos chicas que siguieran perreando entre ellas y se sentó a su lado, encendió un habano, exhaló el humo y se echó hacia atrás en la silla.

—De modo, chica, que tú eres chilena.

—Sí, caballero —fue escueta la hermana.

—¿Qué edad tú tienes?

—Veintitrés.

—¿Cuánto tú estás cobrando por jugada?

—Cien dólares.

—Bueno, te vi llegar con Dislayna, supongo que ella te puso al tanto de que estos son mis territorios y de cómo funcionan las cosas conmigo.

—¿Qué cosas? —puso cara de angelito, la hermana.

—El sesenta por ciento de lo que cuadros con los yumas es para mí —le echó el humo del habano en la cara a la hermana—. A cambio tendrás protección. Podrás trabajar tranquilamente sin que los demás

mandantes, ni las otras mujeres, ni nadie se meta contigo, ¿me oíste? Incluyendo a la policía.

En un reflejo condicionado, la hermana quiso cambiar de lado su moña, pero de nuevo se encontró con la cola de caballo.

—¿Y qué tú dices, mami? —la apuró el Rambo.

Tras pedirle al Señor que la cubriera con su sangre bendita, la hermana Tegualda tomó aliento y contestó, o se oyó contestar:

—Debo decirle, caballero, que yo no trabajo para mandantes.

El negro peló los dientes en una mueca que, más que sonrisa, era el esguince de un felino en acecho. Se la quedó viendo un instante sin pestañear. Luego, se le acercó hasta casi rozarle la cara y le gruñó, la jeta chispeante de saliva:

—Aquí no cuenta lo que tú dices, coño. Aquí estás pisando mi suelo y haces lo que yo ordene, ¿me oíste, putita comemienda?

Entretanto el chulo hablaba, la hermana de reajo se fijó en que una de las mulatas que lo acompañaba tenía un lunar con forma de estrella junto a una oreja. O de garrapata, como había dicho el hombrecito del clandestino. Un rayo frío bajó por su espalda. Vio claramente la película de lo que pudo haber sucedido con Yasnira. Vio toda la escena como en cámara rápida.

Miró hacia la mesa de su jefe.

No estaba.

—Lo siento, caballero —tomó su cartera y se puso de pie—, pero yo me retiro.

Antes de que diera un paso, el Rambo le hizo una seña a los negros que detrás de él se mantenían atentos a lo que su jefe ordenara. Entre dos tomaron a la hermana casi en vilo y la hicieron desaparecer por una puerta junto a los baños.

La hermana se vio de pronto empujada violentamente a una habitación semivacía. Todo su mobiliario consistía en una mesa y una silla, ambas de plástico blanco. No había ventanas, las paredes no estaban pintadas y el piso, en donde fue a caer de rodillas, era de baldosas blanquinegras.

Detrás de sus matones entró el Rambo. La recogió del suelo tomándola del pelo y la sentó en la silla. Ordenó a sus hombres que salieran. Cuando quedaron solos, antes de decirle nada, le dio una bofetada.

—Mira, perra —bramó—, ninguna mujer se va antes de que yo se lo ordene.

—Seguro que la mayoría de sus mujeres no se van —dijo la hermana, dejando su carterita sobre la mesa y sorprendiéndose ella misma de lo que dijo y quiso decir.

O «irse» no figuraba en el coa sexual de los cubanos o al Rambo no le dio el coco para entender el doble sentido de la frase.

—Solo dos se me han ido —dijo el negro—. Las otras han pagado caro su traición. De mí nadie se ríe, ¿tú me oíste? La última en querer pasarse de viva fue Yasnira. Ya has oído tú hablar de ella, ¿no? Bueno, así terminó.

La hermana miró su cartera; pensó en que ojalá la grabadora de su teléfono haya seguido funcionando tras el porrazo.

—Tendré que comenzar a domarte desde ahora mismo, putita tragapingas —dijo el Rambo, y la agarró de la cintura y la recostó boca abajo sobre la mesa. Mientras con una mano le mantenía la cabeza aplastada contra la cubierta —en donde se veían rastros de un polvillo blanco—, con la otra le subió el vestido.

—Tenía razón Dislayna —se relamió el proxeneta—, tienes un culito como hecho en una maestranza.

Cuando el chulo se regodeaba en bajarle los calzones, y la hermana caía en la cuenta de que le habían tendido una trampa y clamaba a Dios que la cubriera con su sangre bendita, se abrió la puerta de golpe.

—Suelte a la dama, señor mío —trató de poner una voz neutra el Tira—. Soy investigador internacional y ando con un escuadrón completo de policías.

En un movimiento rápido, el Rambo tomó a la hermana como escudo, sacó un puñal de uno de los bolsillos en la pierna del pantalón y se lo puso en el cuello.

El Tira se metió la mano al bolsillo interior de su chaqueta y, olvidándose de neutralizar su voz, lo amenazó, chilénísimo:

—Mira, conchadetumadre, suéltala ahora o te pongo un tiro en las huevas.

El Rambo no le creyó.

La hermana Tegualda tampoco.

Entre asustada y sorprendida, la hermana se preguntó qué carajo estaba pensando hacer su jefe con la tostada. ¿Acaso se la tiraría por la cabeza? Entonces vio con asombro que lo que su jefe sacaba del bolsillo no era una tostada con mantequilla sino un revólver, un niquelado revólver de verdad. Tan de verdad que, para amedrentar al negro, hizo un disparo al aire.

El disparo era la señal convenida con el inspector Canotier —estaban de acuerdo desde el día anterior— para que apareciera en escena. Y era el inspector quien le había prestado una pistola de uso personal, con la promesa de que la usaría solo para amedrentar, no para dispararle a nadie.

—¡Suéltala, coño de tu madre! —entró gritando el inspector—, si no quieres que te tumbé de un balazo ¿me oíste? Y ya tú sabes que puedo hacerlo.

—A mí ningún policía comemienda me da órdenes —gritó el Rambo—. Si no quieres que mate a esta puta, tiren ustedes las armas.

El inspector apuntó a la cabeza del chulo.

—¡Suelta a la chica, coño!

El Rambo, al tanto de la puntería endiablada del inspector, gritó que ni de pingas volvía a la cárcel y alzó el puñal. El inspector disparó. Sin embargo, antes de que se oyera el disparo y su cabeza explotara como una sandía, el chulo alcanzó a clavarle el cuchillo justo en el corazón a la hermana.

El Rambo y la hermana cayeron enredados al piso; el cuerpo de él encima del cuerpo de ella. Una geografía de sangre comenzó a dibujarse y expandirse por el pringoso ajedrez de baldosas blanquinegras.

El Tira corrió a socorrer a la hermana. ¡Hijo de puta!, gritó y agarró el cuerpo del negro que aún se sacudía en espasmos, lo quitó de encima de la hermana y lo tiró a un lado como a un saco de papas. Luego, arrodillado en el charco de sangre que seguía expandiéndose —y mascullando aún: «hijo de puta, hijo de mil putas»—, abrazó a la hermana y la acomodó en su regazo para sacarle el cuchillo del pecho.

Ella abrió los ojos:

—Déjese de decir vituperios, oiga —dijo despacito. Luego, se sentó en el suelo y, ante el asombro del Tira, ella misma jaló del chuchillo y se lo sacó. La hoja acerada, tras romper la tela del vestido y del sostén, se había ensartado en su pequeño Nuevo Testamento, traspasando los libros de San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan, Hechos y Romanos, hasta detenerse en Corintios, en el capítulo 15, entre los versículos 35 y 36:

35 Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?

36 Necio, lo que tú siembras no se vivifica si no muere antes.

Con una mano en el pecho —el golpe de la puñalada dolía igual—, la hermana enarboló el Nuevo Testamento y exhortó al Tira:

—Dígame, caballero, si esto no es una prueba fehaciente de que Dios existe.

El Tira Gutiérrez guardó silencio.

—A ver pues, oiga, diga algo —lo toreó ella.

—Si Dios existe, hermana —dijo el Tira sin mirarla a los ojos—, y esto es cosa de Él, entonces está cayendo en lugares comunes.

—No le entiendo.

—Pues que la Biblia detenga puñales, flechas, lanzas, y hasta balas es un viejo cliché de las antiguas películas del viejo oeste.

La hermana no respondió. Lo que hizo fue traspasarlo con la mirada y rehuir su mano que pretendía ayudarla a ponerse de pie.

Mientras salían de la habitación, escoltado por don Alcides, el Tira Gutiérrez sopló su mechón blanco y masculló como para sí:

—¿O será que a veces Dios copia a los artistas?

En el salón, en tanto, una veintena de policías hacía una redada cargando en un camión a todas las muchachas que se hallaban solas o en compañía de turistas, solo dejaban a las que estaban con cubanos.

En la redada —programada y dirigida por el inspector Canotier— caían también los proxenetas y, tras lo que contó la hermana, detuvieron también a los matones del Rambo, a la jinetera del lunar con forma de garrapata y a Dislayna.

La hermana Tegualda perdonó a Dislayna por lo que había pretendido hacer. Quién era ella para juzgarla, dijo. Que cualquiera en su lugar hubiese hecho lo mismo. Tal vez ella misma, de haber estado en sus zapatos, no lo hubiera pensado dos veces. Y es que después se supo que Dislayna también trabajaba para el Rambo, y que desde hacía unos meses venía maquinando su propio plan para escapar del proxeneta. Estaba en tratos con un español con el que se iría a Galicia en donde el hombre le prometió contraer matrimonio. Sin embargo, para hacerlo, para irse a cualquier parte, tenía que buscar y dejarle a cambio otra mujer. Ese era el acuerdo escrito en ninguna parte. De lo contrario, le podría pasar lo que a su amiga Yasnira. De modo que la hermana Tegualda sería su pasaporte para liberarse de los tentáculos del Rambo. Es una muchacha joven y bella, le había dicho, y de cuerpo perfecto, como a él le gustaban. Le prometió entregársela en bandeja. Ella misma la llevaría a la discoteca. De él dependía el resto. Y después ocurrió lo que ocurrió.

La abogada del padre de Teo había llegado a La Habana pasado el mediodía del domingo. El Tira y la hermana le habían ofrecido ir a buscarla, pero ella se negó. «Nos juntaremos a conversar en el Hotel Nacional», les dijo. «Allí pidió reserva mi jefe. Los espero a la hora del té».

Al entrar en el *hall* del hotel, el Tira y la hermana se maravillaron. Construido en la década del treinta y declarado monumento nacional, el hotel era el más importante de La Habana. La imponente planta principal semejava tres naves paralelas de una iglesia del medioevo. Mientras esperaban a que bajara la abogada, se sentaron en uno de los tantos sillones del *lobby*, en donde, antes de la Revolución, se habían sentado mafiosos como Lucky Luciano y Frank Costello, políticos como Winston Churchill y artistas de la talla de Jorge Negrete, Agustín Lara, Marlon Brando y Johnny Weissmüller. De este último se contaba que en sus noches de insomnio recorría los pasillos aullando como Tarzán.

Al bajar, la abogada los invitó a conversar en una de las cafeterías. Allí, luego de los saludos y las palabras de buena crianza, los investigadores pasaron a informarle de los hechos con respecto a Teo: cómo lo buscaron, dónde lo encontraron y por qué, justo al hallarlo, apareció la policía y se lo llevó detenido.

—El taxista recomendado por ustedes es policía —dijo el Tira.

Ella agitó el remolino de su cabellera roja y dijo qué lata, qué se le iba a hacer, que lo principal del asunto es que encontraron a Teo.

—¿Él está bien?

—Sí —dijo el Tira—, me informaron que lo están tratando con guante blanco. Sobre todo después de que se probó que él no había asesinado a la joven.

—Cuéntenme un poco sobre eso —pidió la abogada.

A ratos hablando el Tira Gutiérrez, a ratos hablando la hermana Tegualda, le informaron, evadiendo los detalles más escabrosos, que el asesinato de Yasnira ya estaba resuelto. Los análisis del laboratorio de criminalística de la DTI (Departamento Técnico Investigativo) comprobaron que la daga del chulo era la misma que se había usado para dar muerte a Yasnira. Además del arma del crimen y su confesión grabada, tenían el testimonio de la jinetera del lunar con forma de garrapata, quien aclaró cómo habían realizado el asesinato.

La mujer, que era una esclava del Rambo —le explicaron que «esclavas» se les decía a las muchachas orientales que trabajaban para los chulos solo por cama y comida— confesó que todo había sido planeado por el Rambo. Ella y un negro amigo suyo, al que pagó unos centavos para que la acompañara, entraron al clandestino como dos amantes buscando un lugar para desfogarse. El Rambo les dijo que pidieran la habitación del fondo (él sabía perfectamente qué habitación ocupaba siempre Yasnira). Y mientras ellos entretenían al dueño simulando una bronca de la puta madre, el Rambo entró a la habitación de la joven y la acuchilló.

—Por lo tanto, señora Juliana —dijo la hermana—, Teo quedó libre de la acusación de asesinato. Aunque no de la imputación por canibalismo.

—De eso nos encargaremos nosotros —dijo la colorina—. Vamos a contratar a los mejores abogados para llevarnos a Teo.

Mientras conversaban, el Tira y la hermana no podían dejar de fijarse en la oreja derecha, su oreja mocha, que se le asomaba intermitentemente a los movimientos de su melena colorina. Al final del encuentro, ablandando un poco su expresión de tribunal, la abogada les ofreció que si querían quedarse unos días más en la isla no había problema, su jefe corría con los gastos. El Tira y la hermana se miraron y, al unísono, como puestos de acuerdo —más aún, como pensando lo mismo—, dijeron que no, gracias, que lo único que querían era regresar cuanto antes a Antofagasta. Tenían sus pasajes de vuelta para el martes en la tarde.

Ese día, mientras esperaban en el aeropuerto José Martí, de La Habana, para embarcarse en el avión de vuelta a Chile, la hermana Tegualda comentó, así como al desgaire, que no le habían visto ni la nariz al hombre que los contrató (el padre de Teo había llegado el lunes y fue recibido en el interior del aeropuerto por el propio señor embajador, fue



atendido en un salón VIP, sacado por la puerta de los VIP y subido en un auto de la embajada que lo trasladó al Hotel Nacional).

—El hombre ni siquiera tuvo la delicadeza de invitarnos a que le contáramos los detalles —dijo.

El Tira dijo que eso no lo sorprendía en lo más mínimo, que los millonarios eran así, trataban de no inmiscuirse con la gente común y corriente. Incluso había algunos que no permitían que sus empleados le hablaran, ni siquiera que lo miraran a los ojos.

—Claro que no todos son así —especificó el Tira—, solo el noventa y nueve coma nueve por ciento.

La hermana Tegualda dijo que esa soberbia, que a ella le parecía inhumana, era una de las razones por la que Jesús lanzó aquella parábola del camello y el ojo de la aguja. El Tira quiso agregar que, desde aquellos tiempos, antes de Cristo, la soberbia y la arrogancia eran las jorobas de los millonarios, pero le pareció una perogrullada. En vez de eso dijo que estaba seguro de que el hombre conseguiría su cometido: llevarse a su hijo de vuelta a casa. Y así ocurrió. En unos cuantos días, con el patrocinio de los abogados y la influencia y los buenos oficios del señor embajador, más el argumento de que el joven sufría de problemas mentales, y que en su país sería internado en una clínica psiquiátrica, el hombre consiguió la libertad de su hijo y el permiso para llevárselo de vuelta a Chile.

El padre de Teo, sin saberlo, hizo con las autoridades cubanas el mismo pacto que el padre del estudiante japonés había hecho con las autoridades francesas: que su hijo fuera transferido a un manicomio en Japón, en donde se suponía que iba a estar recluido de por vida; sin embargo, gracias nuevamente al poder que da el dinero, solo permaneció algunos meses: quince para ser exactos.

El Tira Gutiérrez llega al Café del Centro a las diez de la mañana. Sus ojeras, como siempre, denotan que ha dormido poco a causa de su carajo insomnio. Como siempre, pide un té con su respectiva tostada con mantequilla y, como siempre, se pone a hojear *El Mercurio de Antofagasta*, diario que el café dispone para sus parroquianos y al que él aprovecha de echar una ojeada. Él jamás lo ha comprado. Nada nuevo o importante ha ocurrido en la ciudad en los días que estuvo afuera. Excepto que seguían las protestas contra la contaminación del concentrado de cobre, contra los perros vagos y contra la basura en las playas (hace tiempo que las playas de Antofagasta vienen siendo catalogadas como las más sucias del país).

El Tira y la hermana habían llegado el día anterior, tarde en la noche. El tablazo de viento frío que los recibió en el aeropuerto fue el primer contraste con el lamido de calor de donde venían. A la hermana, por ser la primera vez que se ausentaba de su casa por tanto tiempo, y más encima habiendo estado en un país extranjero, la esperaban, en un taxi, su madre, dos tías y un sobrino. De modo que el Tira tuvo que contratar un taxi para él solo. Al separarse, acordaron encontrarse al día siguiente en el café.

—No hay necesidad de madrugar, hermana —dijo el Tira Gutiérrez—. A las once de la mañana está bien, y luego subimos a la oficina a finiquitar algunos asuntos que quedaron pendientes.

La hermana Tegalda llega al café en el momento en que Ale, luego de servirle otro té a su jefe, le pone una mano en el hombro, algo le dice al oído y ambos se largan a reír. La hermana se vuelve a poner celosa. Le molesta la familiaridad con que la mesera atiende y toca a su jefe. Sin poder aguantarse, luego de tomar asiento y pedir lo de siempre, se vuelve hacia el Tira y le dice por lo bajo:

—Definitivamente usted le gusta a ella, caballero. ¿Por qué no se le declara?

—No sea malpensada, hermana. Ale es una joven atenta. Eso es todo. Además, acabo de enterarme de que le gusta la poesía. Aunque no se sabe, de eso nos reíamos recién, si eso importa o no a la hora de servir a las mesas.

La hermana cambia de hombro su moña. Se queda un rato en silencio. Luego, como recordando algo, dice que en verdad tiene razón el caballero: que a veces los malos pensamientos llevan a juzgar erróneamente a las personas. Y agrega presta:

—Apuesto a que usted también, igual que yo, ha pensado mal de la señora abogada respecto de su oreja mocha.

—Y si no se la mordió Teo, ¿qué le pasó en realidad a la colorina? —dice intrigado el Tira.

La hermana confiesa que desde el primer día no había dejado de pensar en la oreja de la abogada y se puso a investigar y descubrió que lo de la señora era una malformación congénita.

—*Agencia de pabellón auricular* le llaman los médicos —dijo.

—Y yo que pensaba que había sido amante de Hannibal —dijo el Tira.

Faltan diez minutos para el mediodía cuando el Tira Gutiérrez pide la cuenta y una tostada con mantequilla para llevar. Se van a la oficina. En el ascensor, apretujados entre la gente, sus cuerpos quedan pegados cara a cara. Ninguno de los dos hace ademán de apartarse. Ninguno de los dos mira a los ojos del otro, pero ambos sienten su temblor; ambos tienen claro lo que viene, saben que lo que viene pudo haber ocurrido perfectamente en alguna de las habitaciones de hotel en La Habana, o en Varadero, tendidos en la arena blanca de sus playas, o sumergidos hasta la cintura en las aguas tibias, como vieron hacer sin pudor a algunas parejas de turistas. Pudieron incluso —como a ambos se les pasó por la mente—, hacerlo en el baño del avión de vuelta al país, en ese vuelo nocturno que a los dos se les hizo una eternidad. Pudieron haberlo hecho cualquier día en cualquiera de esos sitios, claro que sí, y aunque se morían de ganas, se abstuvieron, se hicieron los distraídos, y no por un asunto de profesionalidad, sino porque ambos sabían —inconscientemente lo sabían— que la mañana, o la tarde, o la noche que lo hicieran no podría ser en ninguna otra parte más que en la oficina, exactamente en el estropeado sofá de terciopelo verde, donde él cada día soñó con tumbarla y besarla y acariciarla hasta la locura, y ella cada día temió que él la tendiera y la hiciera suya sin miramiento alguno, como un perro a una perra; él lo imaginó desde que la vio aparecer por la puerta con su moño canuto, su falda por debajo de las rodillas y sus feos zapatones de hombre; ella, desde que entró por primera vez a la oficina y fue invadida por el olor a testosterona y vio sus ojos de insomne, su mechón como ensuciado por una paloma y oyó esos boleros llorones del tal Cuco. Sí, ambos tenían claro que tendría que ser ahí, en el espacio cerrado de la oficina, en el sillón de terciopelo arestinado. Y mejor si era a mediodía, mientras John y Yoko ejecutaban su danza de apareamiento en el pretil del balcón donde, ahora mismo, al abrir la puerta de la oficina, los ven inmersos, como siempre, en su interminable cortejo nupcial.

Apenas entran, el Tira Gutiérrez, como nunca lo hizo antes, cierra la puerta con llave. Doble giro. La cerradura suena como el percutor de un revólver. La hermana, de espaldas a él se da cuenta y se estremece. Deja caer su cartera en uno de los sillones y se vuelve. Lo mira a los ojos. Él sostiene su mirada, resopla su mechón blanco, deja caer las llaves sobre

el escritorio y se le acerca. «¿Y ese brillito concupiscente en sus ojos, oiga?», murmura ella apenas. «El mismo que veo en los suyos, hermana», dice él. Ella entonces se toma la moña con ambas manos. Él piensa que se la va a cambiar de hombro, como cuando se enoja. No. La hermana Tegalda, sin dejar de mirarlo, comienza a desanudar esa férrea trenza evangélica, a desarmarla, a destejerla lentamente, voluptuosamente, como si cada vuelta aflojada fuera un eslabón menos hacia la libertad, y ese acto le parece a él más insinuante y sugerente que si se estuviera desnudando.

Con su melena de leona suelta sobre los hombros, la hermana espera. En sus ojos hay como un velo de pudor que la hace más bella, más deseable. El Tira se quita su chaqueta negra, la deja caer al suelo y se acerca a ella hasta casi rozarla, le acaricia el pelo con las yemas de los dedos, posa los labios en su frente, en su nariz, en su boca. Se abrazan. Se besan. Sus lenguas, víboras viciosas, se buscan, se tocan, se envuelven en un combate dulce, ácido, quemante. El Tira procede entonces a hacer realidad lo que cien veces soñó: le quita la chalequina de color humo. Sin dejar de besarla, comienza a desabotonarle la blusa cerrada hasta el cuello. Cuando blusa y sostén caen en la alfombra, como partes de una coraza hasta ahora invencible, los pechos de la hermana saltan vivos y relumbrantes en el clima de la oficina. Encandilado por la belleza de esos senos jóvenes, y embriagado por el aroma que emana de ellos (No me diga hermana que se puso... Solo una gotita en el escote, oiga, y más fue lo que me costó hallarlo), el Tira los toca con unción, con temor, con miedo a quemarse; luego, los amasa y los besa y los muerde con fruición de niño hambriento.

Ya desnudos ambos, abrazados aún de pie, la hermana Tegalda se separa. Espere un poco, susurra. Y da unos pasos hacia los ventanales. Cierra las cortinas.

—¿Para qué —dice él—, si solo se ve el cielo?

—Por lo mismo —responde ella.

Y vuelven a abrazarse, a besarse, a estrujarse, y cuando ambos caen sobre el sofá, uno cubriendo a la otra, ya no hay nada más en el mundo que ese sofá de terciopelo verde, en donde ellos, envueltos en el olor oleaginoso del pachulí (olor *pecaminoso*, dice ella) se enlazan y entrelazan, y se articulan como un solo animal resollante.

Sintiendo sobre su cuerpo el peso del cuerpo del Tira, sus manos toscas acariciando sus pechos, su cintura, sus glúteos, la hermana siente que su corazón está a punto de desfallecer, y entre la niebla del deseo y la fiebre que la quema, le llegan a la mente, como a través de las ondas de radio Armonía, los versos del *Cantar de los Cantares* que el pastor que abusó de ella cuando niña le hacía recitar en coro en la escuela dominical: *¡Ven, mi amado! ¡Huyamos al campo! Dormiremos en las aldeas, temprano iremos a los viñedos para ver si florecieron [...] ¡Ahí me entregaré a ti!*

El Tira Gutiérrez recorre la suave geografía de su piel blanca con labios y lengua, deslizándose cuello abajo, pechos abajo, ombligo abajo (ahí sonríe con ternura al imaginarla depilándose especialmente para él), siente que lo que está viviendo en este momento no lo ha vivido, ni lo volverá a vivir nunca más en este mundo ni en ningún otro, y que para completar el cuadro solo le falta oír, como banda sonora, una de las canciones inigualables de Cuco Sánchez: *Cuándo habían visto en la vida, querer como estoy queriendo, llorar como estoy llorando, morir como estoy muriendo* .

La hermana Tegualda, los ojos cerrados y un vago sentimiento de pecado latiéndole en las sienes, siente los besos del Tira recorriendo su cuerpo, su lengua eléctrica quemándole cada centímetro de su piel, y entre ayes y supiros de concupiscencia se dice que ahora sí cobran sentido esos pasionales versos del cantar bíblico: *¡Bésame con los besos de tu boca! ¡Porque más embriagantes que el vino son tus amores!*

El Tira Gutiérrez detiene el recorrido por ese cuerpo blanco para posarse y jugar un momento con su lengua en el centro de esta mujer de fuego, de esta hembra que se retuerce como una posesa quemada por la inquisición; luego de un buen rato de lamer y absorber, trepa hasta la altura de su rostro —la expresión de arrebató de ella es sublime— y, de adrede, con toda la mala intención del mundo, le desliza obscenidades en el caracol de sus orejitas rosadas, palabras soeces que a ella la perturban hasta el desvarío. Ahora es ella la que baja besándole el pecho hirsuto, el vientre, la pelvis, hasta llegar a ese animal vivo que la espera enhiesto, y que ahora late en sus manos, en sus labios que lo besan, en la cavidad de su boca que lo succiona con toda esa dulzura de ángel inexperta. El Tira, loco de placer, ya no soporta más y la sube hasta su altura y la monta y empuja y entra en ella con todo su ser, entra convertido en quilla, en arado, entra y siente que nunca más saldrá de ella, que este amor es para toda la vida: *Toda una vida me estaría contigo, no me importa en qué forma, ni cómo, ni dónde, pero junto a ti* .

La hermana lo siente entrar como una espada candente, lo siente entrar a empujones, a barquinazos dulces, rítmicos, gozosos, lo siente cabalgar sobre ella, ahí, en la pradera de la alfombra áspera a la que han caído sin darse cuenta, y gime y grita y se retuerce de placer, al tiempo que va oyendo en su mente los ardientes versos del rey Salomón: *¡Es mío el amado que apacienta su rebaño entre azucenas! ¡Y yo soy de él!*

El Tira Gutiérrez, engarfiado a sus glúteos, sintiendo que agoniza, que ya no puede más, que va a morir desintegrado, prorrumpe en estertores enronquecidos: ¡hermana! ¡hermana! Y estalla, y es su vida entera la que se va en el estallido abisal de sus efluvios. Mientras ella, al mismo tiempo, rasguñando la gloria, sus fibras íntimas vibrándole como arpas celestiales, siente ocurrir en sus adentros una explosión de nardos ardientes, un cataclismo de soles líquidos, siente el mismísimo fuego de Pentecostés quemándole las entrañas. ¡Aleluya!

Tendidos de espaldas uno junto a la otra, resollando extenuados, cerrados los ojos, se quedan un rato saboreando el placer que acaban de vivir. Se quedan en silencio. Los dos saben que cualquier palabra quebraría el encanto. Solo se oye el resuello de sus respiraciones entrecortadas. Después, tras ese instante de sosiego, ambos vuelven la cabeza y se miran. Lo que ven los hace sonreír nerviosos. No por la expresión de arrobó que embellece los rostros de cada uno, sino porque sus labios muestran gotas de sangre, como si en medio de ese remolino de pasión del que acaban de salir hubiesen querido comerse vivos. Se quedan mirando, luego comienzan a lamerse, se lamen la sangre mutuamente, como dos bestias heridas, y entonces, enardecidos de nuevo, como si la oficina fuese una caverna y ellos tuvieran todo el tiempo de la Edad de Piedra para seguir apareándose, vuelven a la carga. Antes, él estira un brazo y hurga en el bolsillo de su chaqueta tirada en el piso, luego, solo con un gesto, le pide a la hermana que se vuelva boca abajo. Ella se lo queda mirando. Titubea. Comienza a volverse. Se vuelve. Al hacerlo recuerda ese versículo del *Cantar de los Cantares* que de niña la intrigaba: *A yegua de los carros de Faraón yo te comparo, amada mía* .

Empina la grupa.

El Tira Gutiérrez unta los dedos en su tostada con mantequilla.

